

La Esfera

Año II * Núm. 89

Precio: 50 cénts.



CITAYA - Ciudad de Dios Lince



LA PAPELERA ESPAÑOLA

Compañía Anónima.—BILBAO

Emisión de cuatro millones de pesetas de Cédulas amortizables, con interés mínimo de seis por ciento y veinte por ciento de prima de amortización

La Papelera Española, fundada en 1902 mediante la adquisición de las principales fábricas de papel de España, ha consagrado desde entonces cantidades importantes destinadas a la producción de pastas, a aumentar la de papel, a fabricar nuevas clases y a manipularlas, favoreciendo la venta por medio de sus grandes almacenes regionales.

Las instalaciones que para alcanzar estos resultados se montaron en las fábricas de la Compañía, se costearon con capital suministrado por los banqueros y con inversión de beneficios.

Considerando el Consejo que era llegado el momento de consolidar la situación financiera sustituyendo la deuda flotante exigible por otra amortizable a comodidad de la Compañía, acordó proponer a la Junta general extraordinaria de accionistas que se celebró el 20 del actual Agosto, en Bilbao, la creación de Cédulas amortizables por valor de cuatro millones de pesetas, en las condiciones que más adelante se indican, y cuya colocación quedaba asegurada por un grupo de Bancos y entidades particulares obligado a abrir suscripción pública para ofrecer los nuevos títulos al público en general, pero dando preferencia a los accionistas de la Compañía.

La garantía que ofrecen los nuevos títulos a sus poseedores queda patente con la lectura de los datos deducidos de las Memorias anuales de La Papelera Española, que exponemos a continuación:

	Producción de pasta Toneladas	Venta de papel Toneladas	Beneficios líquidos Pesetas	Precio medio de venta por 100 kilos
Año 1902	3.670	17.400	88.581	59,76
» 1908	5.700	24.000	564.945	50,46
» 1909	11.400	26.000	1.052.259	49,78
» 1910	12.400	27.000	1.270.429	49,08
» 1911	11.700	28.000	1.365.720	47,76
» 1912	12.100	32.600	1.562.982	47,89
» 1913	15.600	38.600	1.612.490	42,77
» 1 14	17.600	37.600	1.711.651	4,48

De aquí se deduce que a pesar de la constante reducción del precio de venta del papel, realizada a medida que lo permitía el precio de costo, los beneficios a causa de la mayor producción han sido cada vez más elevados.

Teniendo presente que los beneficios líquidos de que se hace mención se obtienen restando siempre del ingreso bruto todos los gastos sociales, incluso los intereses de las Obligaciones y de las cuentas de crédito, resulta que los intereses devengados por las Cédulas amortizables no mermarán en cantidad alguna aquellos beneficios, puesto que los nuevos títulos vienen a reemplazar con interés parecido o menor a la cuenta de crédito a que sustituyen.

Para que las Cédulas amortizables no cobraran su interés, sería, por tanto, preciso que La Papelera Española no sólo no obtuviese beneficio alguno y, por tanto, dejara de ganar el millón seiscientos mil y pico de pesetas que ganó el año pasado, sino que, además, se requiriera perdiera doscientas cuarenta mil pesetas en el año en que tal caso se produjese, lo cual significaría de todos modos un aplazamiento, pues que, como se verá luego, se trata de Cédulas acumulativas.

Esta perspectiva es poco probable, estando más cerca de la realidad la de que, continuando los beneficios en su forma actual, las Cédulas reciban un interés complementario, idéntico al exceso de dividendo que sobre el cinco por ciento disfruten las acciones de La Papelera Española, o esta Compañía las amortice con beneficio para el tenedor.

En resumen: en estas Cédulas, el interés de seis por ciento está asegurado en forma difícil de conseguir en las circunstancias actuales, ofreciendo, además, la probabilidad de un aumento de interés, o la seguridad de la devolución del capital con una prima de consideración.

CONDICIONES DE LOS TÍTULOS

1.^a Las Cédulas amortizables que se crean son ocho mil, correlativamente numeradas, al portador, de a quinientas pesetas cada una, que representan un valor de cuatro millones de pesetas.

2.^a Tales títulos producirán un interés anual mínimo del seis por ciento, pagadero por semestres naturales vencidos, o sea el 1.^o de Enero y el 1.^o de Julio de cada año. El primer cupón se pagará el 1.^o de Julio del año 1916.

3.^a El pago del interés mínimo del seis por ciento fijado a estas Cédulas amortizables será completamente libre de impuestos, de modo que cada Cédula percibirá líquidas quince pesetas semestrales.

4.^a Además de dicho interés recibirán otro complementario, idéntico al exceso de dividendo que sobre el cinco por ciento perciban las acciones de La Papelera Española, de modo que si a éstas se reparte un dividendo del siete por ciento, por ejemplo, percibirán las Cédulas amortizables un interés complementario del dos por ciento, que con el seis por ciento anteriormente dicho, resultará un interés total del ocho por ciento.

5.^a Si por extraordinarios contratiempos, que no son de esperar, no obtuviese algún año La Papelera Española beneficios, se acumulará el interés de las Cédulas al del año siguiente; es decir, que no podrá destinarse cantidad alguna al pago de dividendo a las acciones, sin haber satisfecho a las Cédulas amortizables todos los intereses que se les adeude, a razón de seis por ciento anual.

6.^a Dichas Cédulas serán amortizadas durante la vida social de La Papelera Española, pudiendo ésta realizar la amortización de la emisión de una sola vez o en varias, a voluntad de la misma, efectuándose en este último caso por sorteos celebrados ante Notario.

7.^a En caso de amortización deberá pagar La Papelera Española por cada título amortizado, además de su valor, una prima del veinte por ciento del mismo; es decir, que pagará seiscientos pesetas por cada Cédula, a pesar de ser tan sólo quinientas pesetas su valor nominal.

Esta obligación de amortización con la prima indicada contraída por La Papelera Española no impedirá a esta Sociedad comprar con sus beneficios dichos títulos en el mercado, al efecto de considerarlos como amortizados.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La suscripción, tanto para los accionistas de La Papelera Española como para el público en general, estará abierta desde el día 10 de Septiembre del corriente año hasta el día 25 inclusive del mismo mes, a la par, o sea al tipo de cinco por ciento, siendo, por tanto, quinientas pesetas el costo efectivo de cada título.

Se establece en favor de los accionistas de La Papelera Española el derecho preferente a la suscripción, de modo que si entre éstos fuese cubierta, no tendrán los demás suscriptores otro derecho que el de que les sean devueltas las cantidades por ellos desembolsadas, más el interés correspondiente al seis por ciento anual, desde la fecha en que las entregaron hasta aquella en que les sean puestas a su disposición.

Si se suscribiera mayor número de títulos que los ofrecidos, el grupo asegurador, que funciona bajo la dirección de los Sres. Urquijo y Compañía, hará el prorrateo despreciando las fracciones inferiores a medio título.

Contra entrega del importe del último dividendo pasivo de los que más adelante se determinan, se dará resguardo provisional o los títulos definitivos.

PLAZOS PARA EL PAGO.— Al hacer la suscripción deberá desembolsarse el diez por ciento del importe de los títulos suscriptos.

El segundo desembolso podrá hacerse hasta el 15 de Octubre próximo inclusive, y será del cuarenta por ciento.

El tercero y último dividendo pasivo se pagará hasta el día 20 de Noviembre próximo inclusive, y será del cincuenta por ciento restante del importe de los títulos suscriptos.

Todos los desembolsos hechos por los suscriptores dentro de los plazos marcados devengarán a favor de los mismos, desde el día siguiente al en que se realicen, hasta el día 31 de Diciembre del corriente año, el interés correspondiente al seis por ciento anual, que se pagará descontándolo del tercer plazo de suscripción, o sea del importe del último dividendo pasivo.

Si algún suscriptor deseara pagar de una sola vez el importe de los títulos por él suscriptos o anticipar alguno de los plazos fijados, podrá hacerlo, y estos anticipos devengarán en su favor igual interés del seis por ciento desde el día siguiente a aquel en que se efectúen hasta el día 31 de Diciembre próximo, deduciéndose dicho interés como antes se indica. Este derecho excluye, como es natural, para los suscriptores que anticipen el pago, los derechos comprendidos en el párrafo anterior, pues de otro modo resultaría que percibirían dobles intereses.

Por el contrario, a los suscriptores que no satisfagan en la fecha fijada alguno de los plazos, además de exigirles las responsabilidades en que incurran, se les cobrará intereses de demora, a razón del seis por ciento anual, desde la fecha en que debían haberlo efectuado.

GRUPO ASEGURADOR.— El grupo financiero asegurador de la operación está constituido por los Bancos y personalidades siguientes: Urquijo y Compañía, por 1.395.000 pesetas; Banco de Bilbao, por 800.000 pesetas; Sres. Rodríguez Acosta, por 500.000 pesetas; Excmo. Sr. Conde de Aresti, por 250.000 pesetas; Caja de Ahorros y Monte de Piedad Municipal de Bilbao, por 250.000 pesetas; Banco del Comercio, por 200.000 pesetas; Sres. Artech y Urgoiti, por 155.000 pesetas; Banco de San Sebastián, por 150.000 pesetas; D. Enrique Gosalvez, por 100.000 pesetas; D. Valentin Gorbeña, por 100.000 pesetas; D. Serapio Huici, por 100.000 pesetas.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN.— La suscripción podrá hacerse en cualquiera de los puntos siguientes:

Madrid	Casa de Banca de los Sres. Urquijo y Compañía.
Bilbao	En el Banco de Bilbao y en el Banco del Comercio.
San Sebastián	En el Banco Guipuzcoano y en el Banco de San Sebastian.
Pamplona	En la Vasconia.
Granada	Casa de Banca de los Sres. Hijos de Manuel Rodríguez Acosta.

Madrid, 30 de Agosto de 1915.

La Esfera

Año II.—Núm. 89

11 Septiembre 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



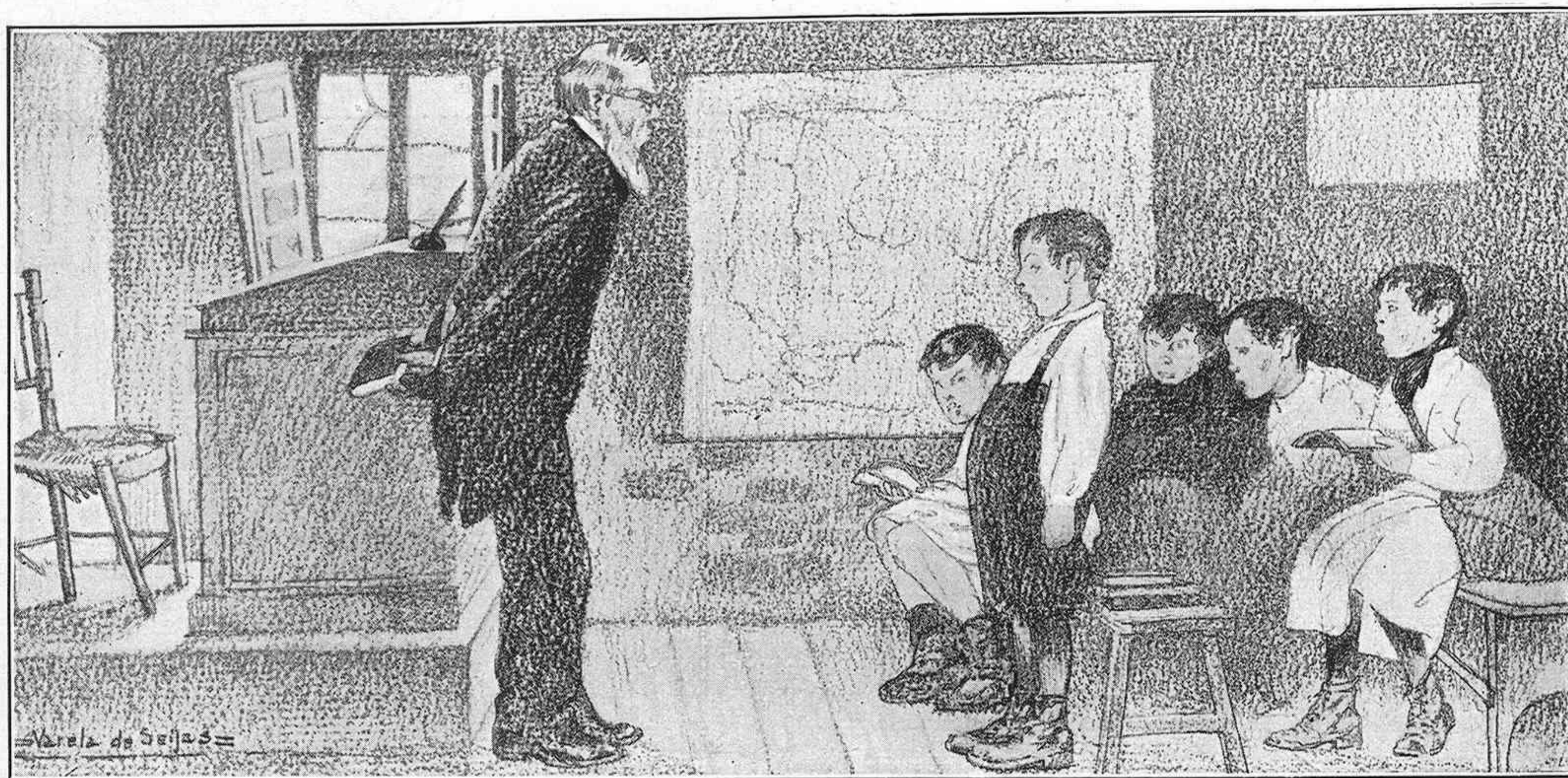
GENERAL VON MACKENSEN

DIBUJO DE GAMONAL

Jefe de las fuerzas alemanas que operaban entre el Vístula y el Bug, y á cuya táctica se debe, en gran parte, el reciente triunfo obtenido, por las armas germanas, sobre los rusos



DE LA VIDA QUE PASA



La escuela de un pueblo

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS

Las mil pesetas

Mil pesetas al año! Ya han logrado los maestros, por Real decreto, ese modestísimo ideal de que ninguno de ellos cobre al año menos de mil pesetas. No llega a 11 reales diarios y con todos los descuentos es posible que no pase de 10. Sin embargo, todos lo tenemos por un triunfo; y es verdad, porque las cosas no valen lo que valen, sino lo que cuestan.

Si el maestro de diez reales diarios se pone a comparar, encontrará cosas interesantes en cualquier cuadro de jornales. Ahora se ha publicado, con motivo de la eterna historia del pan caro, un resumen que comprende los contratos de trabajo de los obreros panaderos madrileños. Un oficial de pala gana al día 5,50 pesetas, 6,25 y hasta 6,75. Vale su trabajo mucho más del doble que el del maestro de instrucción primaria. Pero como ya se trata de todo un oficial de pala, es decir, del grado superior dentro de una jerarquía, quizás no sea oportuna la comparación. ¿Qué gana un aprendiz? 4,50, 4,75, hasta 5 pesetas. Y un maquinista *mete en su casa* 4 pesetas diarias. Y un simple obrero de cuadrilla baja gana, por lo menos, 3,75. ¿Dónde se queda el jornal del maestro de escuela junto al de un aprendiz de panadero?

Las comparaciones son odiosas; es verdad. El panadero trabaja rudamente. Pasa la vida en un infierno; sujeto a brutales alternativas de calor y frío; en local insalubre, a la hora en que el maestro duerme bien sosegado. Sus placeres y sus querellas son ásperos violentísimos. La tuberculosis les mina y todas las Casas de Socorro y los Hospitales de Madrid conocen esas terribles puñaladas en el vientre, que parecen complementarias de la técnica del oficio. No. No conviene exagerar. Yo, lector, me atendería a las mil pesetas de la escuela. No todo el mundo sirve para oficial de pala.

Puede argumentarse, también, con objeto de evitar vulgares exageraciones, que esos diez reales del maestro, si en Madrid no bastan para lo indispensable, son más que suficientes para vivir en una aldea. Yo le he oído a un pedagogo—nada sospechoso de parcialidad contra los maestros, sus compañeros—, la tesis de que es muy relativa la importancia del sueldo anual del instructor primario para el fomento de la enseñanza

en España. Quizá le asustara la idea de convertir el magisterio en una burocracia más, con carácter privilegiado. Quizá temiera que en esos miserables villorrios españoles un maestro pagado decorosamente destacase con relieve, en cierto modo, inmoral.—A pueblos ruines, maestros de diez reales diarios, ¡y gracias!—He oído también conceptos despectivos acerca de la clase tal como funciona hoy:—La mayoría de los maestros no sirven—. Y esta otra frase, tan española:—Habría que reorganizarlo todo.—¿Para qué mejorarlos, para qué gravar el presupuesto del Estado con nuevos aumentos, si la mayor parte no saben enseñar. Lo primero es hacer maestros.—Y ocurre entre nosotros el caso curioso de que aquí, donde nadie se entera de nada, nunca nos faltan datos para cerrar con saldo en contra el haber de los funcionarios más modestos:—Ve usted eso poco que cobra el maestro—dice cualquier crítico de casino—pues con ser tan poco, ni siquiera lo gana.

¡Crueldades, injusticias, infamias, sin responsabilidad y probablemente sin conciencia del daño que ocasionan! Ya sabemos que el maestro español, obligado por la necesidad, no estima que su única misión sobre la tierra consiste en enseñar a los niños del pueblo las nociones elementales, por diez reales diarios. Los padres se llevan sus muchachos al campo. Apenas conceden a las prácticas pedagógicas otro valor que el de las prácticas religiosas. Queda el maestro en la escuela vacía, a solas con sus penurias y sus desfallecimientos, y el más heroico ha de ver cómo va apagándose poco a poco su entusiasmo y cómo le obliga la realidad a convertirse en un lugareño más, a solicitar otros medios de vida, a buscar apoyos, auxilios, trabajos inferiores...

La personalidad del maestro de nuestras aldeas toma formas complejas. Acepta funciones y cargos que establecen entre él y el vecindario, relaciones de orden menos puro. ¡Quién sabe cuántas claudicaciones dolorosas evitaría esa mejora, que algunos califican de inútil, no ya en el café ó en el casino, sino en el Congreso, en el Senado y en el Consejo de Ministros! Bien es verdad que muchos políticos guardan al maestro un rencor obscuro, irracional y subconsciente. Son los que,

según la frase de Zahonero, claudican por falta de instrucción primaria.

Si las estrecheces y privaciones del maestro español consistieran sólo en la exigüidad de sus ingresos, aún podrían considerarse felices. Alguna vez hemos leído cifras comparativas de lo que él cobra y de lo que perciben sus colegas alemanes. La cifra aislada, escueta, es como una flecha que le atraviesa de parte a parte y le clava en la pobre pared de su escuela, bajo la oleografía del Rey D. Alfonso.—¿Por qué va a cobrar más un maestro español, si hay maestros alemanes que cobran menos?—Y al hablar así se olvida la enorme diferencia de estado social, las facilidades para la vida material de que aquí carecen, no ya nuestros pueblecillos sino nuestras capitales, la carestía de las subsistencias, y, sobre todo, la diversidad de ambiente. Para aceptar con alegría el sacrificio de consagrarse a la enseñanza, por mil pesetas al año; para reducir las ambiciones y cumplir cordialmente un deber que redundará en beneficio de la Patria; para ser, sin amargura, maestro de aldea, hace falta que el pueblo comprenda la belleza moral de esa consagración. Sí. Es muy hermoso comprender la propia limitación; aceptarla, no resignados, sino contentos; dedicarse de un modo perdurable a la tarea, que alguien ha de hacer, de roturar inteligencias; pero, ¡por Dios!, que acompañe a la labor del maestro la simpatía y el respeto de todos; que sea, en cada pueblo, como un grano de sal para sazonar el desabrido vivir del aldeano. Y, por encima de esto, que aquí, en Madrid, donde se centraliza el poder y la murmuración, no demos por toda recompensa a su esfuerzo el pago de cotizarlos por bajo de sus mil pesetas.

¿Cómo es la escuela? ¿Cómo es el hogar del maestro? ¿Qué compensaciones de la penuria de sus recursos tiene en la limpieza y comodidad del cuarto en que vive? Si su mesa es pobre, ¿piensa alguien, ni siquiera el mismo, que puede alegrarse con un ramo de flores? Si los ingresos no dejan margen para el ahorro, ¿se siente, al menos, rodeado de esa estimación, de ese cariño efusivo y comunicativo que para la salud del espíritu vale tanto como un tesoro?

Luis BELLO

LA PRINCESA DE ASTURIAS EN SU SEPULCRO DEFINITIVO

Los restos de la bella cuanto infortunada princesa de Asturias, cuyo recuerdo, como el de la también malograda infanta María Teresa, no ha podido borrarse de la memoria de todos los españoles, fueron trasladados el domingo pasado desde la sepultura provisional que ocupaban en el Real Monasterio de El Escorial, al sarcófago del Panteón de Infantes, que ha de guardarlos perpetuamente.

La tumba de la princesa Mercedes se halla en una de las capillas que se abren á la derecha de la galería que une los Panteones de Reyes y los de Infantes. En las otras dos capillas se encuentran, como es sabido, el sepulcro de D. Juan de Austria y la tumba de mármol negro destinada al cadáver de la infanta Doña María Teresa.

La de la princesa Mercedes es de mármol blanco. Sobre ella aparece la estatua yacente de S. A. con la de un angelito que recuerda al infantito D. Fernando, hijo segundo de la princesa, fallecido después que su madre, y cuyos restos serán también enterrados en la misma tumba.

El proyecto del sepulcro es obra del arquitecto Sr. Landeche, y la ejecución del Sr. Nicoli, constituyendo un monumento muy artístico y de positivo mérito.



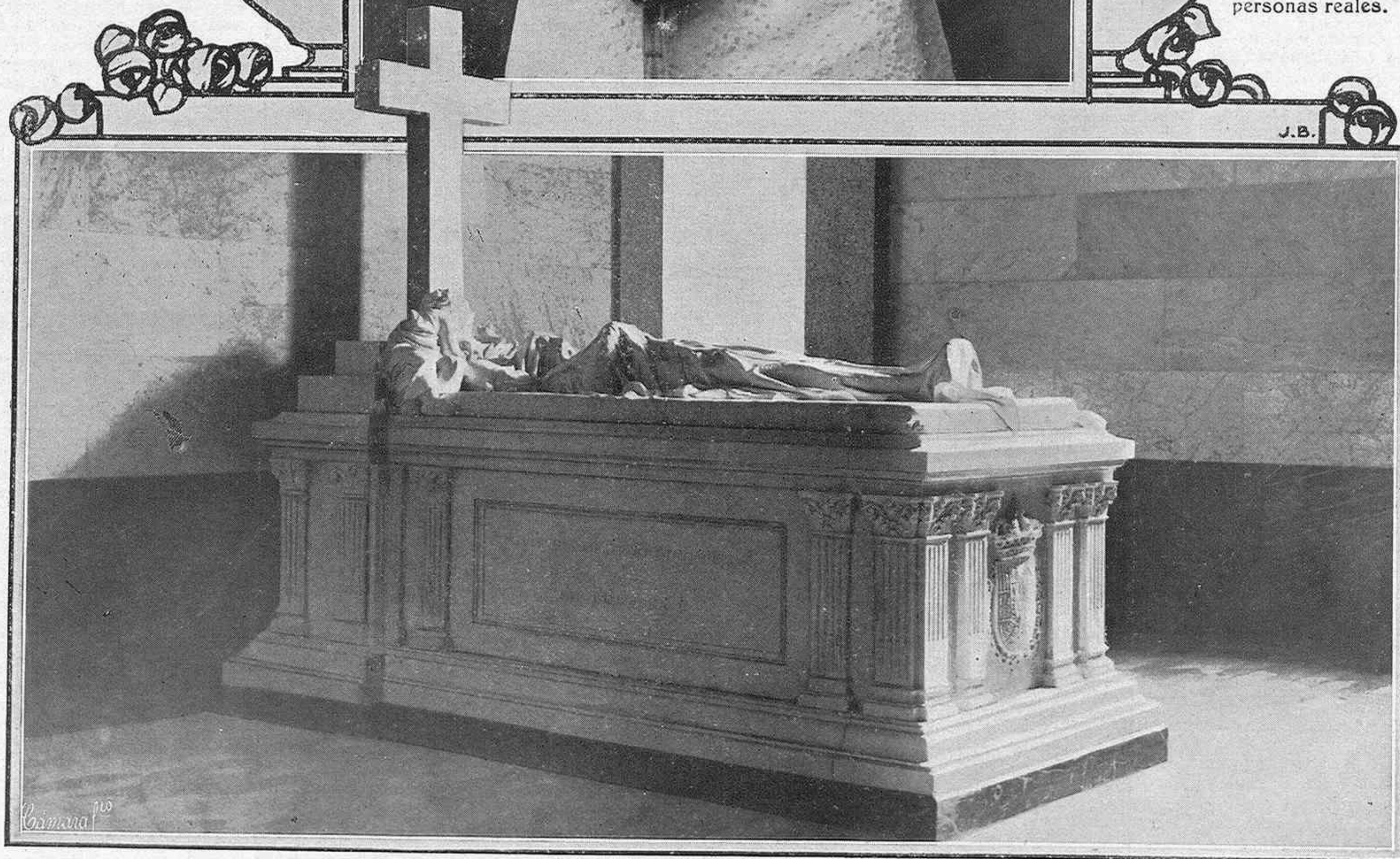
En la misma capilla se hallan las sepulturas que guardan los restos de los duques de Montpensier y sus hijos.

A las siete y cuarto de la mañana del lunes llegaron á Villalba, en el correo de Santander, S. M. el Rey, los infantes D. Carlos y Doña Luisa y el infantito D. Alfonso de Borbón. En varios automóviles, acompañados del marqués de Viana, el conde de la Unión y el comandante Jurado, profesor del infantito, se dirigieron á El Escorial, no sin ser antes objeto de ostensibles demostraciones de cariño por parte de las personas que presenciaron su llegada en el tren.

Las augustas personas, con su acompañamiento, entraron en el Monasterio, donde fueron recibidas por el intendente de la Real Casa, marqués de Borja, el administrador del Real Patrimonio y la Comunidad de padres Agustinos.

Todos descendieron al panteón, donde oyeron una misa que celebró ante el altar principal un religioso agustino.

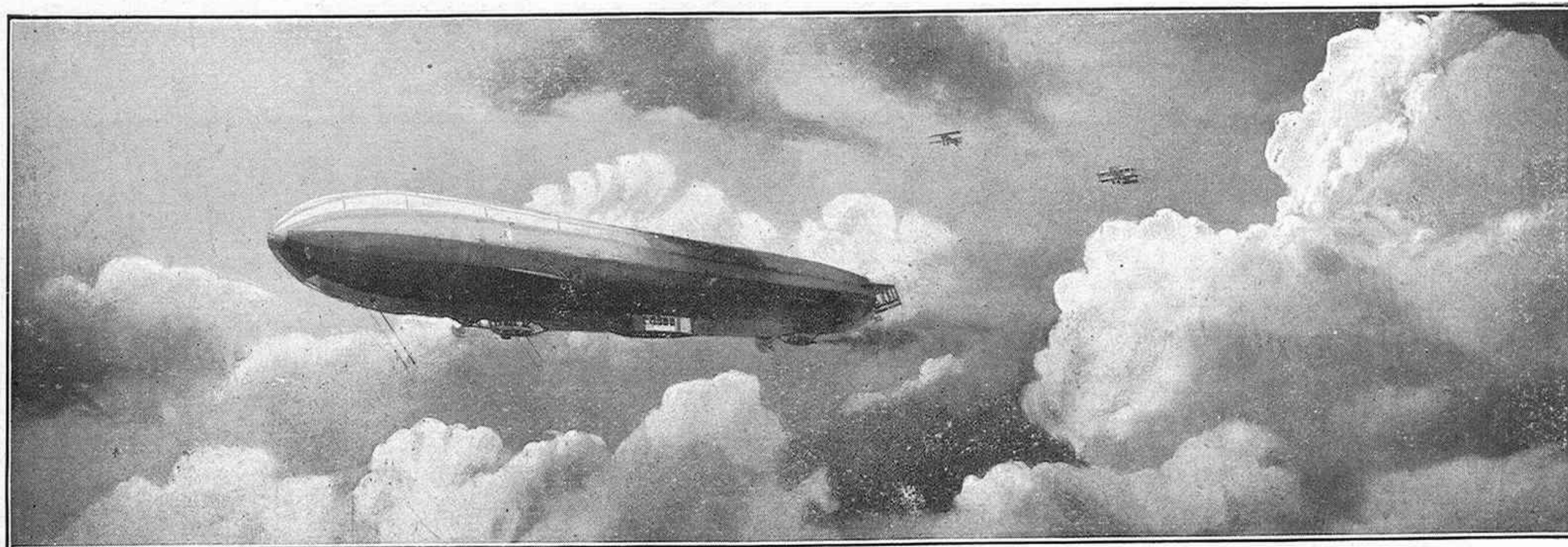
Después, ante la tumba á donde se habían trasladado la víspera los restos de la augusta princesa, se rezó un responso. Su Majestad, SS. AA. y sus acompañantes, oraron después largo rato al pie del sepulcro. Cerca de las nueve salieron para Madrid las personas reales.



Uno de los últimos retratos de la malograda princesa Doña María de las Mercedes.—Sepulcro en que han sido depositados los restos mortales de la princesa, en el panteón de El Escorial

FOTS. FRANZEN Y ALPONSO

EN LA TIERRA Y EN EL AIRE



Persecución de un dirigible alemán por dos aeroplanos ingleses

LA CIENCIA AL SERVICIO DE LA GUERRA

RÁPIDO fué el progreso marcial en los comienzos del siglo, y esta lucha es la piedra de toque donde probaron su valía las complicadas aplicaciones del humano ingenio al arte de destruirse y aniquilarse los hombres, en sangrienta pelea.

Automóviles, dirigibles, aeroplanos y tantas otras máquinas, reveladoras de las maravillas de la ciencia, son hoy leales afines de la Estrategia y de la Táctica, y coadyuvan, con su intromisión en la contienda, á la consecución del triunfo.

Los automóviles son transportadores de grandes pesos, y entonces no se apartan de las carreteras. Los alemanes han llegado á emplear en esta tracción, por buenos caminos, hasta locomóviles de vapor, del tipo Fowler, de 40 caballos, capaces de abordar con éxito pendientes de un 1 por 10 y de remolcar 15 toneladas, con la velocidad de 4 ó 5 kilómetros por hora, efectuando recorridos hasta de 50 kilómetros diarios.

Los automóviles para el transporte de soldados, son á la vez órganos de transporte y enlace, y son auxiliares eficaces de los Estados Mayores, en la transmisión de órdenes; establecen la unión de la caballería exploradora con el grueso de las columnas, y aseguran la vigilancia de las líneas telegráficas y telefónicas.

El ilustre general Von Bernhardt, dice que no es preciso exagerar las propiedades de los automóviles, porque siempre están ligados á las carreteras, en las que un alambre ó un tronco de árbol pueden ser causa de su inutilización. En general, sólo pueden utilizarse sobre caminos muy seguros, en la zona ocupada por las tropas.

El mismo tratadista militar negaba la importancia de los automóviles blindados, por su pesadez.

La aeronáutica forma hoy una rama importantí-

sima de la técnica militar; la 5.ª arma, como muchos le llaman.

El globo cautivo va quedando relegado al olvido, y surgen potentes y briosos el dirigible rígido (tipo zeppelin), semirígido (globo militar Gross), y flexible (tipo Parseval) y los aeroplanos.

En el estado actual de la ciencia aeronáutica

los dirigibles son capaces, en una cierta medida, de servir para la exploración; pero no son suficientes como útiles de combate, trabajándose mucho, sobre todo en Alemania, por su mejoramiento técnico y por el más perfecto rendimiento de sus cualidades militares.

Francia cuidó sus aeroplanos en misión deportiva, Alemania los adoptó á complementar las

necesidades marciales. Los aeroplanos son todavía más delicados que los dirigibles, y no serán de un empleo seguro hasta que no se haya asegurado la conservación automática de su equilibrio. Algunos llegan á predecir que el aeroplano ha llegado al límite de perfección, mientras que el dirigible está en la infancia de su desarrollo.

Con estas poderosas armas de tierra y aire, la lucha toma, á veces, un aspecto de ensueño, una tonalidad fantástica.

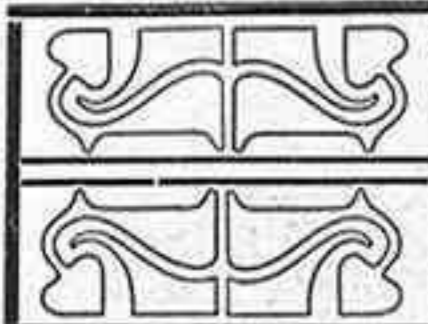
El general Von Bernhardt, dice á este propósito: «Habrá, sin duda alguna, violentos combates en el aire. El bando que resulte vencedor se encontrará en una posición muy ventajosa para la prosecución de las operaciones. El que domine el aire, podrá vigilar los grandes movimientos del ejército enemigo, y, en ciertos casos, forzar á éste á marchar de noche para sustraerse en una cierta medida á esta vigilancia.»

Y como complemento de esa lucha en la atmósfera, hay otra terrible, sangrienta, momentánea: la del automóvil blindado y el aeroplano, que, á ras del suelo, persigue con su fuego y sus explosivos al carruaje, armado para combatir contra enemigos terrestres, pero impotente contra los audaces pájaros de guerra, que, como aves de rapiña, avizoran desde lo alto la codiciada presa para caer sobre ella en pelea mortal. ¡Guerra moderna! ¡Ciencia y destreza!



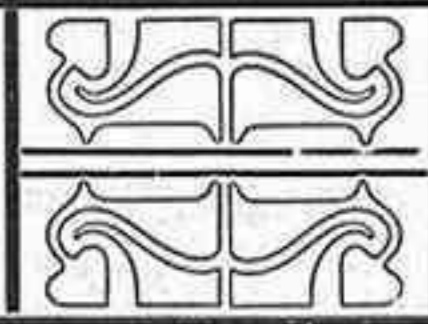
Un aeroplano inglés descendiendo para atacar á un automóvil alemán, portador de órdenes

CAPITÁN FONTIBRE



LO QUE FUÉ EL CENTENARIO DE CALDERÓN

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)



D. MANUEL MARÍA JOSÉ DE GALDO

EN prueba de que no son justos quienes declaran á Madrid incapaz para ofrecer á los forasteros fiestas admirables, baste recordar las organizadas en la primavera de 1881, conmemorando el segundo centenario de D. Pedro Calderón de la Barca.

Durante quince días fué la corte de España albergue de las más lucidas representaciones intelectuales de la Nación. A ella, á la corte, acudieron también hombres insignes del extranjero: catedráticos, escritores, periodistas europeos y americanos; hubo festejos populares, sesiones solemnes, desfiles vistosos, banquetes magníficos, grandeza, alegría, entusiasmo.

Salieron á la calle en manifestación las entidades escolares y el acto produjo hondo efecto en cuantos le presenciaron. Fué aquel cortejo alarde conmovedor de las nobles aspiraciones de la cultura española. Otra procesión se celebró después, como tributo al autor inmortal de *La vida es sueño*, y no se recuerda espectáculo más hermoso. Las ciencias y las artes, la industria y el comercio, los periodistas y los estudiantes, la aristocracia y el pueblo, las entidades oficiales y las corporaciones de carácter particular, asistieron en comisiones, ostentando estandartes creados para la ceremonia. Se exhibieron carrozas alegóricas, se adornaron las calles por donde había de pasar la comitiva, y aunque el desfile duró varias horas, pareció breve y fué por todos acogido con vítores. Era que todo aquello coincidía con un ansia nacional de nuevas expansiones, de grandes y halagadoras esperanzas, y como los espectáculos son siempre malos cuando no los colorea el optimismo de los espectadores, el Madrid de 1881, con la auténtica representación de la patria, exteriorizaba, en su ofrenda á un gran poeta, el ansia infinita de recorrer horizontes luminosos, que percibía allá á lo lejos, en un despertar vehemente de sus ilusiones. Fué incalculable el número de forasteros que acogió Madrid en aquellos días. Se consintió que los no favorecidos con albergue convirtieran las plazas públicas en dormitorios. En todas las casas hubo huéspedes, y participaron de la excepcional animación grandes y humildes, próceres é insignificantes. Celebráronse, además, festejos para todos los gustos y emoción para todas las ambiciones. Iluminaciones suntuosas, paradas brillantes, fuegos artificiales, funciones gratuitas, sin contar fiestas intelectuales, de las que no se olvidarán jamás quienes las presenciaron.

El Ateneo celebró una velada en el Real y hablaron Moreno Nieto, Moret y Echegaray. Moreno Nieto, con verbo prodigioso, produjo un efecto indescriptible. Moret estuvo más poético, más inspirado que nunca, y D. José, que hallábase en toda la pujanza de su talento colosal, fué objeto de ovaciones delirantes. ¡Qué sesión, aquella sesión á la que asistieron los más significados personajes y entre ellos los representantes extranjeros, maravillados por el fausto de la elocuencia hispana!

Una sociedad titulada *Liga contra la ig-*

norancia, corporación entonces muy autorizada, y que no sé por cuáles causas se ha disuelto, también tuvo su correspondiente solemnidad, y en ella hablaron un catedrático francés, Mr. Magrabal, quien leyó un discurso escrito en castellano acerca de la difusión de la literatura española en Francia. Labra dió muestras de su elocuencia, Echegaray, como siempre, produjo entusiasmo, lo mismo que el ministro D. José Luis Albareda. También fué muy celebrado lo dicho por D. Manuel María José de Galdo, principal organizador del homenaje al inmortal poeta dramático.

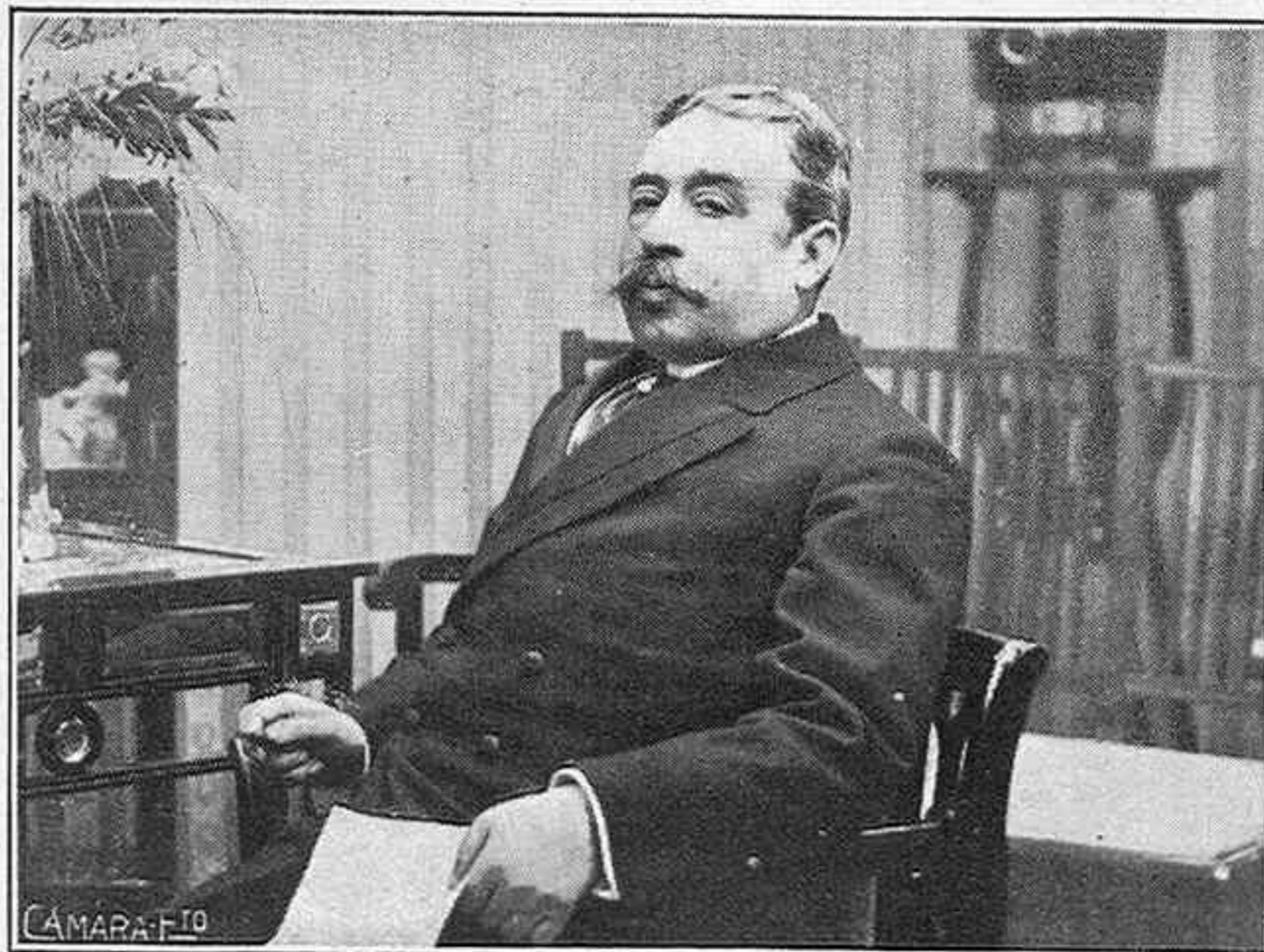
Representó Galdo una de las figuras más populares de Madrid, desde la Revolución de 1868 hasta que la muerte puso término á su inagotable actividad. Era catedrático, médico, abogado y político. Como alcalde, hizo mucho beneficio á la corte; como político, fué un progresista de los más eficaces; como maestro, educó á bastantes generaciones de escolares, iniciándoles en las maravillas de la Naturaleza. Presidía Academias y Sociedades de todo género; escribía en periódicos y revistas de todas clases. Cualquier necesidad le encontraba siempre propicio para buscar remedios y toda noble empresa apercibido para contribuir á su realización. Galdo era indispensable en todo movimiento madrileño y su nombre se pronunciaba siempre con cariñoso respeto.

En aquellas fiestas del centenario de Calderón tomó parte muy activa la prensa. En una jira celebrada en Aranjuez, los portugueses dieron vivas muestras de cariño á España, así como los representantes de publicaciones francesas, inglesas y alemanas. En otro banquete, donde por cierto hablaron D. Andrés Borrego, Mellado, Rancés y Valero de Torno, que ya no existen, y Solsona, Vigil, Mencheta y Castillo Soriano, que viven, y ojalá sea por muchos años, D. Andrés Mellado, director de *El Imparcial*, propuso que se prepararan poco á poco las cosas para que al llegar el día, entonces lejano, de conmemorar el centenario de Cervantes, se hiciese algo digno del más grande de los españoles.

Y, en efecto, los años han ido pasando, está encima el esperado, y ya saben ustedes en qué consisten los preparativos que se aperciben. ¡Oh, dulce imprevisión, que constantemente acompaña en su vida á nuestro país!

Claro que los festejos calderonianos tuvieron también críticas despiadadas; porque eso de celebrar algo en Madrid sin que echen su granito de acíbar los maese Reparos de la corte, es totalmente imposible. En cualquier capital de España ya se librará el cronista descontentadizo de corromper las oraciones á los de la localidad. Aquí, entre los de Madrid, que á veces viven por estar en Madrid, suele haber personas á toda hora complacidas en exagerar los defectos y ocultar las buenas cualidades del lealísimo pueblo que no tiene hijos propios, por considerar como tales á todos los de España.

Entre los homenajes á Calderón, hubo uno que arrancó grandes burlas. En el sitio donde ahora está la Cibeles, y que era entonces mucho menos espacioso, alzábase un monte Helicón, que partía los corazones; pero, después de todo, en el mundo entero suele ofrecerse con motivo



D. ANDRÉS MELLADO



D. MANUEL CURROS ENRÍQUEZ

de fiestas populares, adornos ridículos. No se me olvidará que en Londres, cuando nuestro Rey Don Alfonso XIII visitó la gran ciudad, pusieron en algunas calles unos leoncitos de cartón piedra que provocaban risa. Viéndolos, pensaba yo: Si estos *chuchos* estuvieran instalados en la calle de Alcalá, menuda algazara hubiesen promovido. Nosotros, los madrileños, somos así. Todo lo nuestro es motivo para chanzas y desdenes. En cambio, ¡qué aplauso tan ardoroso con la insignificancia ajena!

La primavera á que me refiero fué de una gran actividad en la corte, pues, además del centenario, hubo otras muchas manifestaciones. Se celebró Exposición de Bellas Artes. En ella presentaron, Casado del Alisal, *La campana de Huesca*, el terrible lienzo que ahora está en el Museo Moderno; D. Alejo Vera, *El último día de Numancia*; Moreno Carbonero, su *Príncipe de Viana*; Martínez Cubells, *La vuelta del torneo*; Jover, una tela enorme que representaba á *Colón ante los Reyes Católicos*; Muñoz Degrain, *Desdémona y Ojelo*; Virgilio Mattoni, *Las termas de Caracalla*... Como se ve, aún sufrían nuestros pintores la pesadilla de lo histórico.

Había algún artista que apuntaba en aquella Exposición hacia la realidad (recuerdo á Joaquín Araujo, que murió en plena juventud); pero por lo general, todo fué en aquel certamen de lo amañado, de lo falso, de lo que no produce honda emoción artística. El mar corría en aquella época á cargo de Monleón, y la Naturaleza al de Horacio Lengó, que frecuentemente reproducía en sus lienzos las figurillas ágiles y simpáticas de los pichones.

La medalla de honor de aquella Exposición —no había más que una— se dió á un arquitecto, difunto á la sazón, D. Juan Madrazo, por el andamio, realmente soberbio, con que se hizo el apeo de la Catedral de León, para restaurarla tal y como ahora la vemos con deleite y asombro.

¡La que se armó con lo de dar medalla á un andamio!

El principio del verano, después de pasado el ruido de los festejos, fué movidillo. En Madrid menudeaban los petardos y algunos ocasionaron desgracias. En los jardines del Retiro, donde hubo también Exposición de plantas y flores, se comentaban los preparativos electorales y el resultado absolutorio en el proceso instruído contra un poeta. Al publicarse *Aires d'a miña terra*, su insigne autor, Curros Enríquez, que murió luego lejos de España, fué encausado por ataques contra el dogma, pero el Tribunal Supremo le declaró exento de culpa. En las tertulias veraniegas se habló también de las atrocidades cometidas en Saida por Bu Amema, que asesinó á muchos compatriotas nuestros emigrados á Orán; pero en todos percibíase una gran animación. Fué aquel periodo de evidente bienestar, de consoladora esperanza para España.

Por la transcripc'ón,

J. FRANCOS RODRÍGUEZ

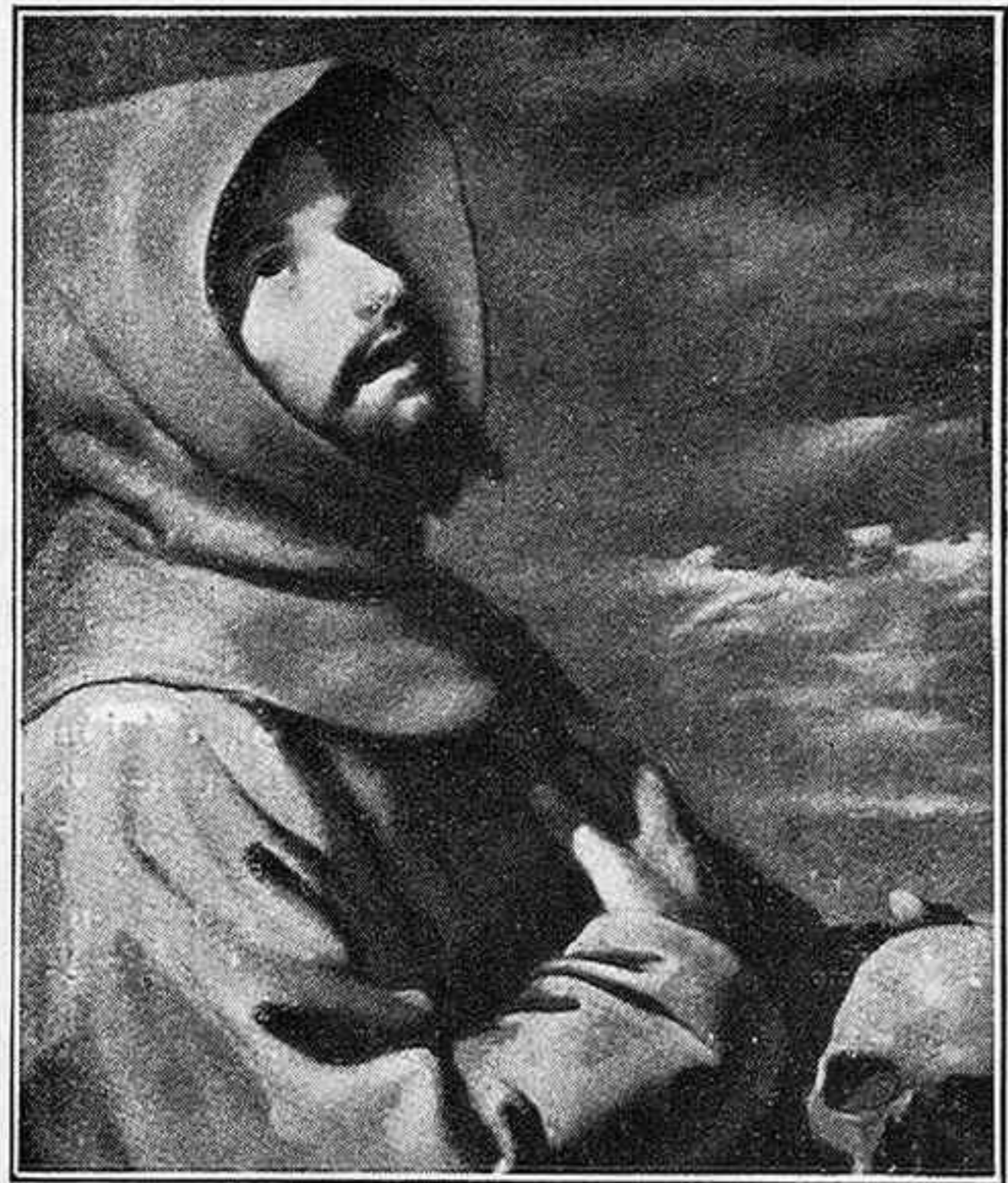
CUADROS ESPAÑOLES EN EL EXTRANJERO
EN LA PINACOTECA DE MUNICH

La antigua Pinacoteca, de Munich, es uno de los más hermosos y mejor organizados museos del mundo. Aparte el Louvre, esta Pinacoteca, como el Museo del Eremitorio, de San Petersburgo y el de Arte antiguo, de Madrid, son los únicos donde puede estudiarse enteramente la historia de la pintura en todas sus escuelas.

Claro es que abundan más en aquel Museo los frutos de las Escuelas germana, flamenca y holandesa, que han estado en mayor número al alcance de los primitivos organizadores de aquella Pinacoteca, pero allí tienen también lucida representación las escuelas italiana, especialmente, y española.

No hace mucho daba á conocer LA ESFERA cuatro hermosos cuadros de Murillo, existentes en la Galería de Munich. Representan unos encantadores chiquillos, en los que el pintor de las idealidades celestes se muestra un admirable realista. Además de esos cuadros, hay uno titulado *El milagro de Santo Tomás*, muy interesante, porque, en su composición, se parece poco á las demás obras de Bartolomé Esteban. Pero el encanto de las salas españolas de la Pinacoteca, de Munich, es el cuadro de Murillo catalogado con el título *Una vieja*, aunque, sin duda, debiera titularse *La abuela*.

El chicuelo, comiendo pan y jugando con el perro, mientras la abuela le desliendra, tiene una picaresca gracia, genuinamente española. No se puede llegar á más intensa realidad que la que Murillo alcanza en este cuadro. Es cierto que

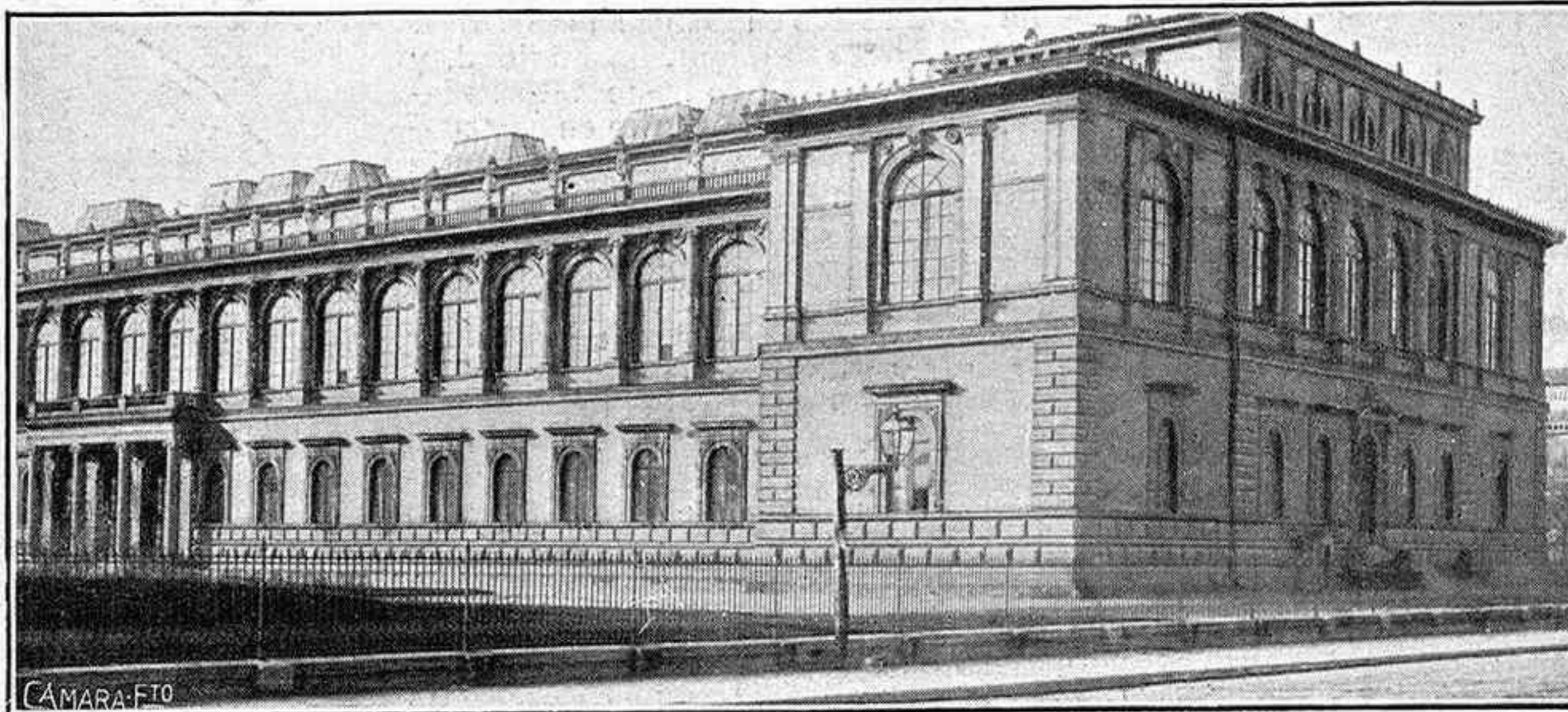


"San Francisco", hermoso cuadro de Zurbarán

á esa vieja y á ese niño los conocemos, porque los hemos visto en otros cuadros del mismo pintor. La abuela es la misma mendiga, dolorida, que espera de Santa Isabel el momento de su cura, y, sin embargo, su carácter es completamente distinto.

Velázquez tiene también buena representación en esta Pinacoteca. Hay en ella cuatro retratos: el del Cardenal Rospigliosi y el de tres personajes desconocidos. Entre éstos es admirable, de la mejor época de Velázquez, el retrato de un hombre joven. Hay, además, un autorretrato del pintor y una figura de mendigo.

Ribera tiene dos cuadros. Un San Bartolomé, muy característico, muy semejante á otros de los varios Apostolados que conocemos del maestro



La antigua Pinacoteca de Munich

Sobre la cofia y el peto blancos, apenas destaca el rostro inexpresivo de la desdentada vieja. Los detalles del traje, de la cesta, de la gallina, no se pierden en la masa de fondos negros, sino que están prolijamente detallados.

De lo más hermoso de Zurbarán, muy superior á cuanto posee el Museo del Prado, es el San Francisco que hay en la Pinacoteca, de Munich. Es imponderable de dibujo y de color; el fondo, un cielo tempestuoso, contrasta de un modo admirable con la expresión de iluminado del Santo.

No hay que hablar de la admirable verdad con

que está reproducida la estameña del hábito franciscano, porque en eso llegó Zurbarán á un prodigioso perfeccionamiento, pero sí puede afirmarse, que es en este cuadro donde ha llegado á más alto grado la habilidad del artista.

Francisco Ribalta tiene en la Pinacoteca, de Munich, un buen ejemplar de su escuela. María y San Juan, caminan, en este cuadro, hacia el Calvario. Las dos figuras, sin fondo apenas, sin paisaje, sin nada que distraiga la vista, son de una grandiosa austeridad. Es este cuadro de lo más característico de la escuela valenciana.

He aquí una dúplica, una repetición casi exacta del Expolio de la Catedral de Toledo. El Greco ha trazado este cuadro de Munich, casi al mismo tiempo que el colocado sobre el altar de la Sacristía toledana. En el dibujo hay diferencias escasísimas; el color es el mismo; el procedimiento absolutamente igual. Los retratos que

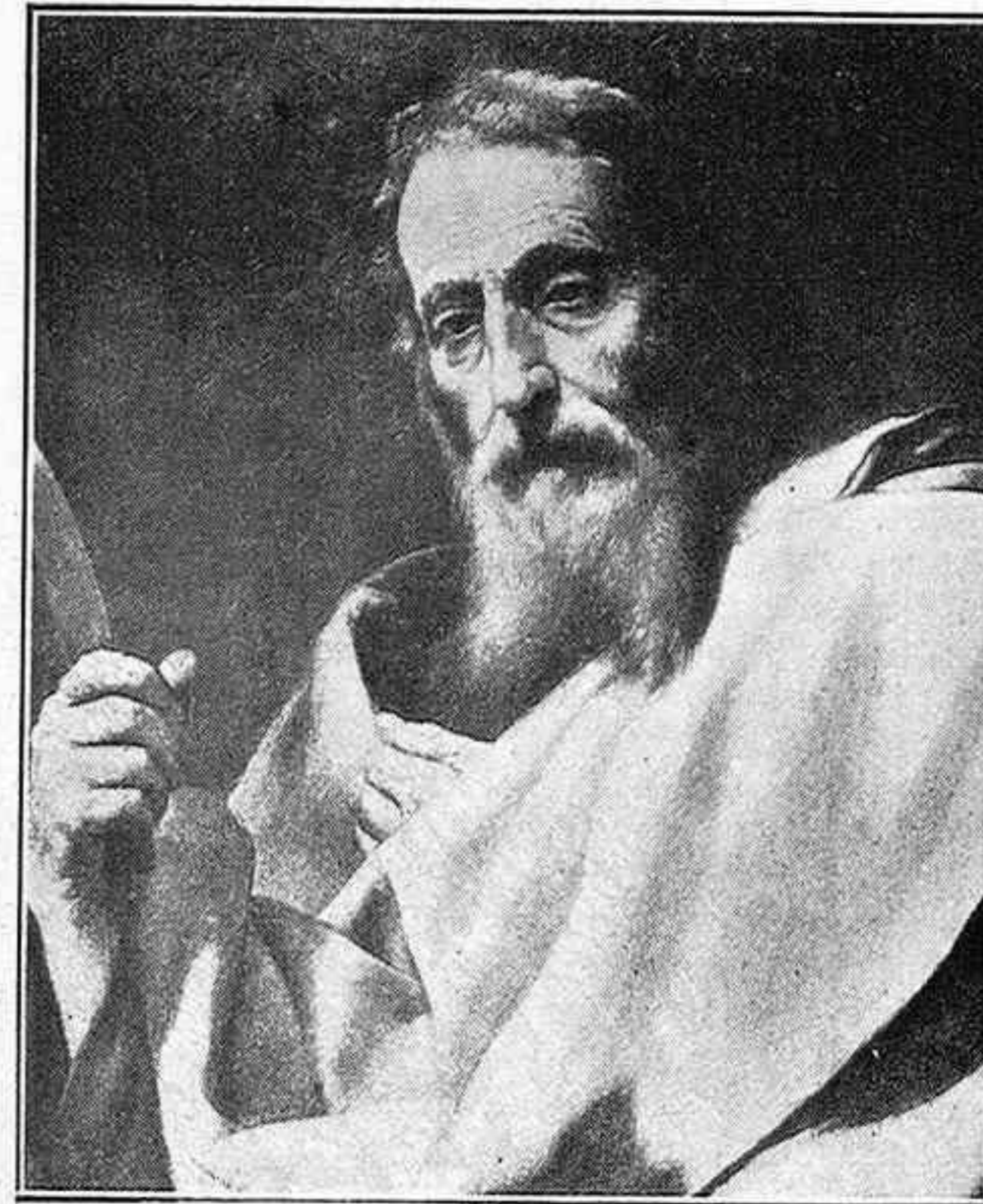


"El gran pintor Diego Velázquez", autorretrato

valenciano, y una vieja, que es muy original. Es una vendedora de recoba, que enseña su mercancía; una gallina y una cesta de huevos. No se parece este cuadro á ningún otro de Ribera, no sólo por el asunto, sino por la factura misma.



"La abuela", hermoso cuadro de Murillo



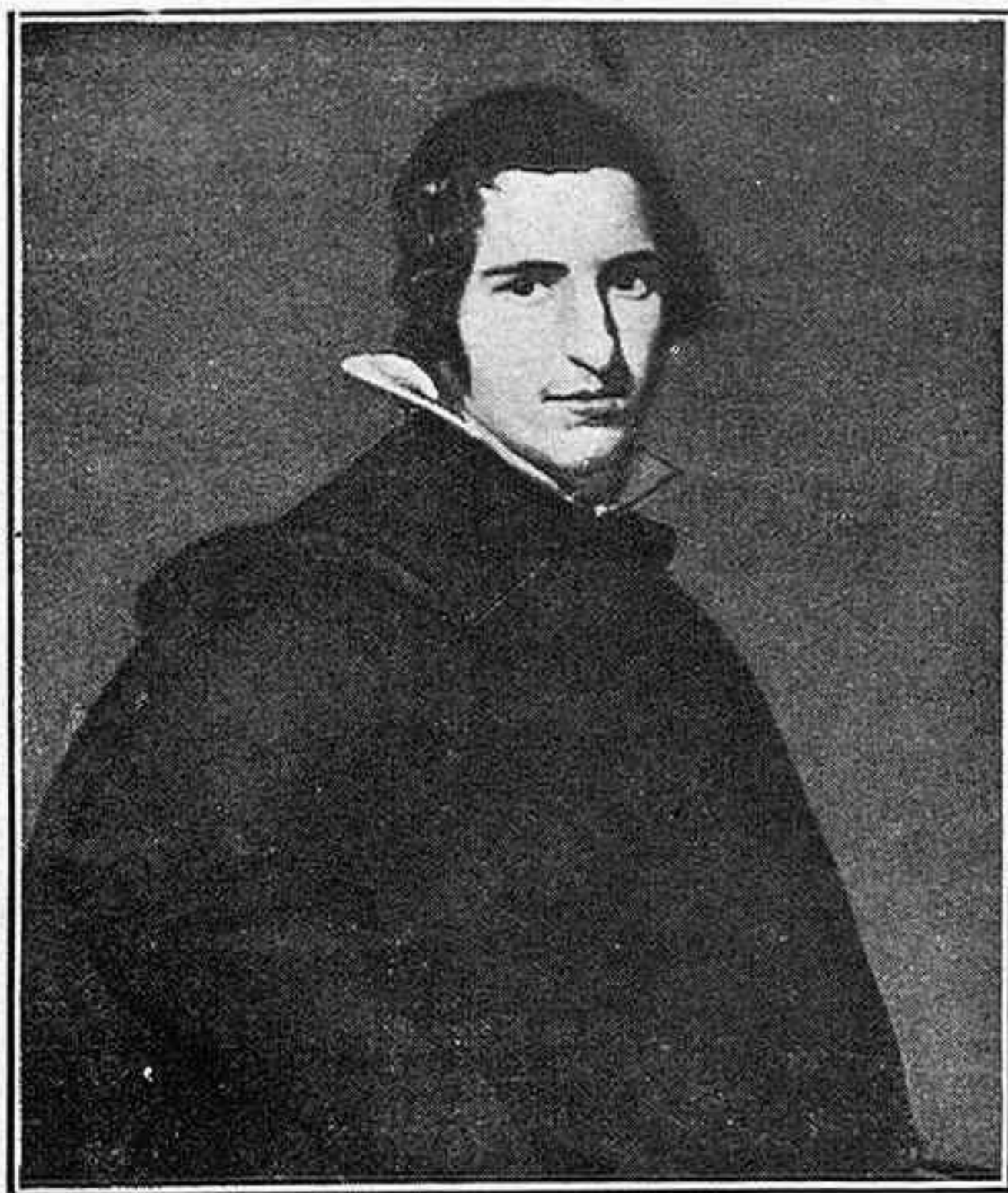
"San Bartolomé", hermoso cuadro de Ribera

hay entre el grupo de la soldadesca, que despoja á Cristo de sus vestiduras, parecen más acabados, más detallados en el cuadro de Munich, que en el de Toledo.

De Pantoja de la Cruz hay dos admirables retratos: el de la Infanta Isabel, hija de Felipe II, y el de su esposo, el Archiduque Alberto de Austria. De Juan de Pareja, un cuadro muy típico, muy característico: *Los jugadores de cartas*.

De Herrera, el mozo, hay un *Mercurio apareciéndose á dos viejos*, y de Francisco Collantes, un paisaje.

De Antolinez hay un hermoso cuadro, acaso lo mejor y más personal de este pintor. Representa á San Jerónimo en el Desierto. De Pereda hay un retrato y varios cuadros de género.

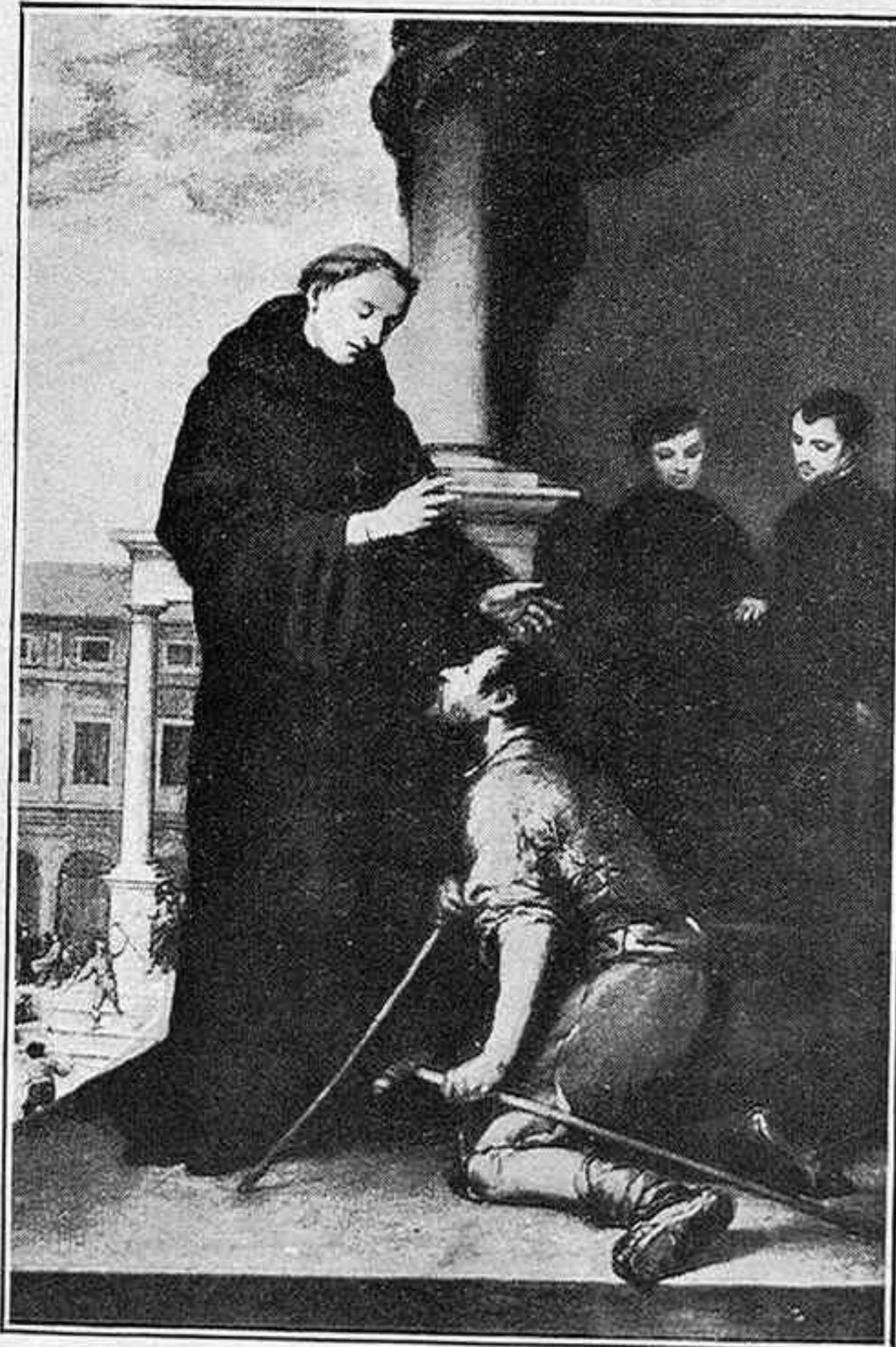


"Retrato de un joven", por Velázquez

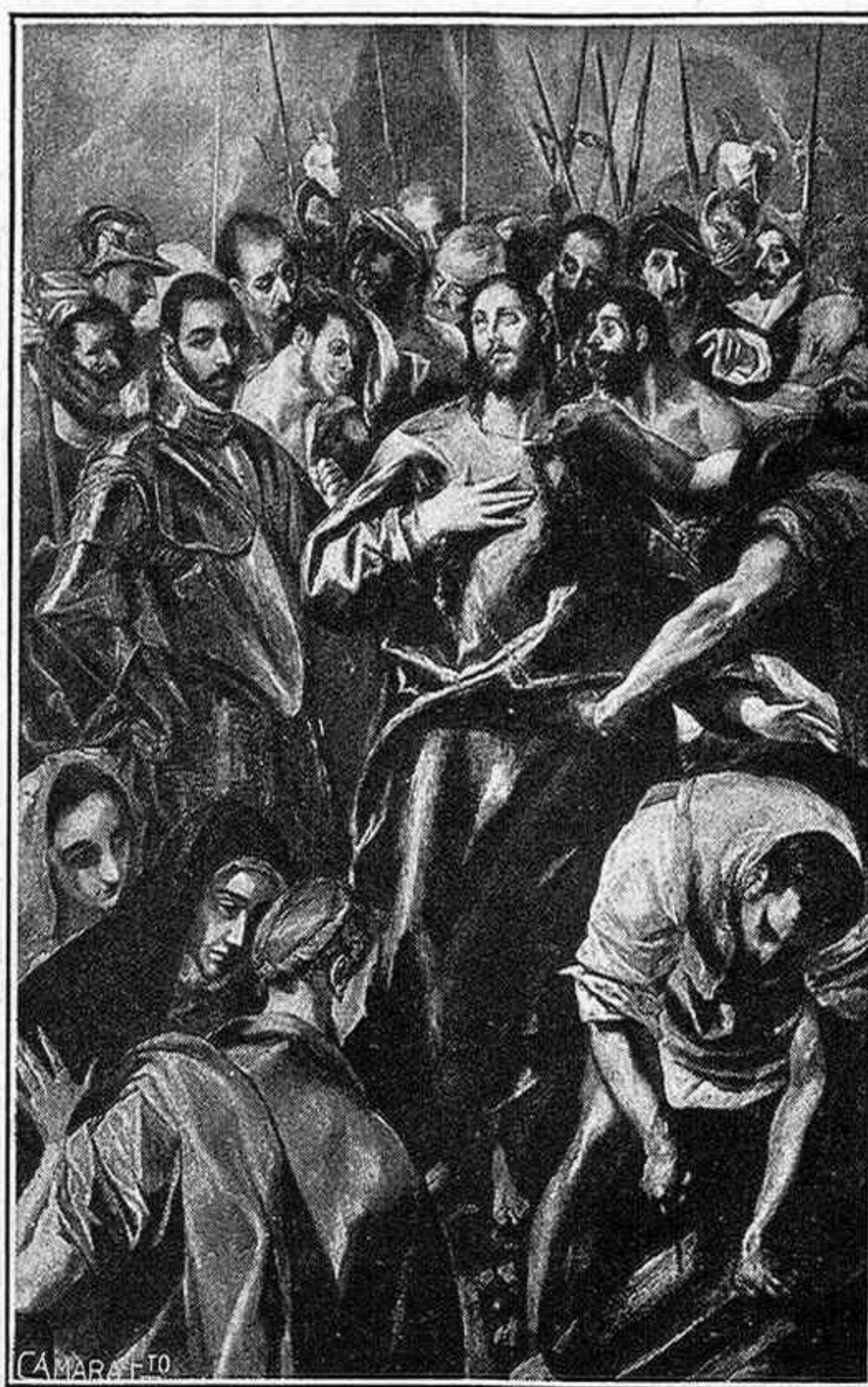
Con algunos otros se completa esta galería española, donde hay muestras valiosas de todas nuestras escuelas. Munich aspira á ser un poco ateniense. No le basta con haber dado nombre á una clase de cerveza. Sus escuelas, sus liceos, sus casas de estudiantes son de lo más moderno en adelantos pedagógicos, pero esta afición á las Bellas Artes no es una improvisación ni una postura gallarda de industriales enriquecidos. La antigua Pinacoteca se construyó y organizó á principios del siglo XIX. La nueva Pinacoteca, donde están los pintores de la última centuria, se edificó hace ya cuarenta años. La Gliptoteca, donde hay admirables ejemplares de esculturas egipcias, griegas y romanas, se hizo también á mediados del siglo pasado.

Los niños de las escuelas primarias, visitan frecuentemente estos museos y en los ejercicios de composición, que constituyen la base de la pedagogía alemana, uno de los temas que con más asiduidad se mantiene en los cuadernos de los escolares es el juicio crítico, la impresión personal de cada niño sobre los pintores españoles é italianos. No hay un niño en Munich que no sepa quienes fueron Velázquez y Tiziano, Murillo y Rafael, el Greco y Miguel Angel, Ribalta y Guido Reni, Ribera y Tintoretto... ¡Y de esas generaciones han salido los Feuerbach, los Lembar y otros modernos pintores, que en España no conocemos!

No es de extrañar que esta riqueza de cuadros españoles esté esparcida por los Museos y aun por muchas Galerías particulares de Europa.



"Santo Tomás", magnífico cuadro de Murillo



"El expolio", hermoso cuadro de El Greco

Téngase en cuenta, que no es el mismo caso de los pintores holandeses é italianos, que están representados en los Museos españoles con verdadera prodigalidad.

Estos, los Rubens y los Teniers, los Van Dyck y los Tizianos, como tantos otros, vinieron á España atraídos por el esplendor y riqueza de la corte de Carlos V y de sus sucesores. La mayor parte de los cuadros de pintores extranjeros que hay en España, fueron pintados en España y para dueños españoles. Pocos han sido importados.

En cambio, los pintores españoles hicieron sólo al extranjero cortas expediciones de estudio.

Los Velázquez, los Murillos, los Ribera, los Goya, que hay por esos mundos, fueron pintados para España y de España salieron, robados ó mal vendidos.

No hablemos de los Zurbarán, en que los Museos franceses son mucho más ricos que el Museo del Prado, ni de los Ribalta y menos aún de los Herrera y de otros, de quienes apenas quedan obras en nuestro país.

Hasta mediados del siglo pasado, tuvo el Museo del Louvre, de París, unas Salas españolas, que eran propiedad particular de la Casa Real de Orleans. En 1855 estos cuadros fueron restituidos á sus dueños; se embalaron y se enviaron á Londres, donde se celebró con ellos pública almoneda.

Hay allí muchas obras de pintores españoles de segundo orden, pero que representan jalones muy importantes en la historia de nuestra pintura; colinas á las que hay que ascender, si se quieren divisar bien estas altas cumbres que se llaman Greco, Velázquez, Ribera, Murillo.

Muchos de estos cuadros, de los que no hay similares en nuestro Museo del Prado, se vendieron en aquella subasta á cuatro libras, á seis, á diez, á veinte. El Gobierno español no se preocupó de adquirir nada en esta venta, que fué á enriquecer los Museos alemanes é ingleses, especialmente.

Por aquella misma época se celebró también la venta, en pública subasta, de los cuadros españoles que formaban la Galería del Mariscal Soult y en la que el Gobierno español debió haber intervenido, pidiendo que se le restituyera la propiedad de aquellos cuadros, que habían sido robados en España, durante la guerra de la Independencia. En esta subasta, que luego se repitió años después, adquirió el Museo del Louvre una de las Concepciones que posee y que es, sin duda, la más bella que pintó Murillo. La adquirió en la suma espléndida de 615.000 francos. En esa venta abundaban los Zurbarán, los Ribera,



"Una anciana", por Ribera

los Murillo é infinidad de cuadros muy interesantes, de pintores clásicos poco conocidos.

Otra colección española espléndida, fué la que poseía el Sr. Aguado, que se vendió en París, también en subasta pública.

A ninguna de estas ventas acudió el Gobierno español, mientras los Museos extranjeros se disputaban encarnizadamente sus cuadros.

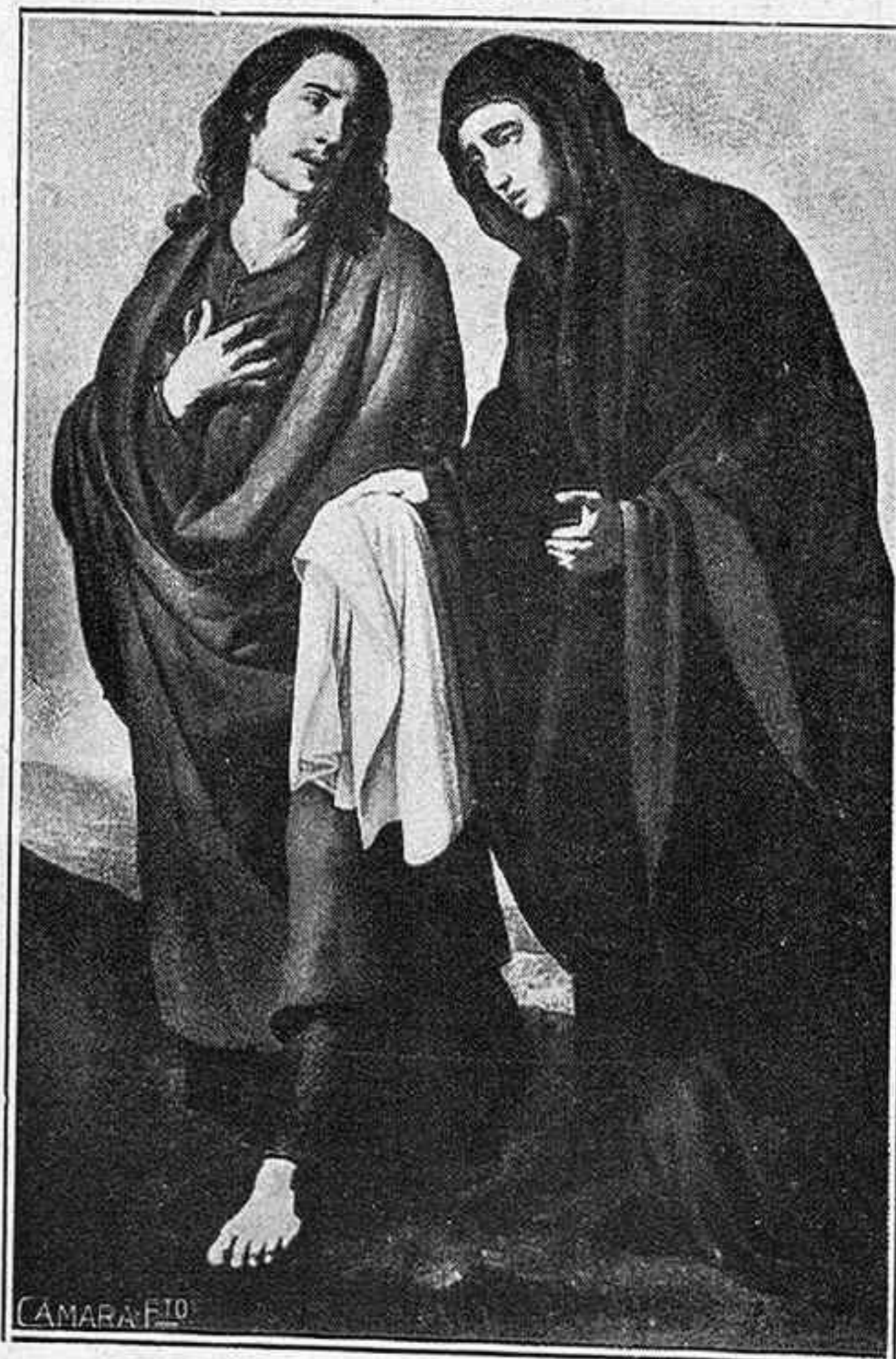
¿Cómo, si no, podían llegar al Museo del Ermitorio, de San Petersburgo, las hermosas pinturas españolas que posee y que no habían salido de manos españolas cuando Cean Bermúdez trazaba su *Diccionario*? Este es, sin duda, el mismo caso de la Pinacoteca antigua, de Munich.

Claro es que, además, en España ha habido una constante exportación de obras de arte. Aprovechando las perturbaciones políticas de 1820 á 1855, el Museo del Louvre envió á España comisionados que compraron infinidad de cuadros, entre ellos casi todos los Zurbarán que allí existen y que pagaron á bajo precio, en los Conventos de las provincias de Extremadura y de Sevilla.

Luego, en distintas ocasiones y coincidiendo siempre con guerras y alteraciones de orden público, ha vuelto el Louvre á enviar comisionados muchas veces.

Asombra el hecho de que apenas hay un Museo provincial en Francia, donde no se encuentren ejemplares de Murillo, Ribera y Goya, especialmente.

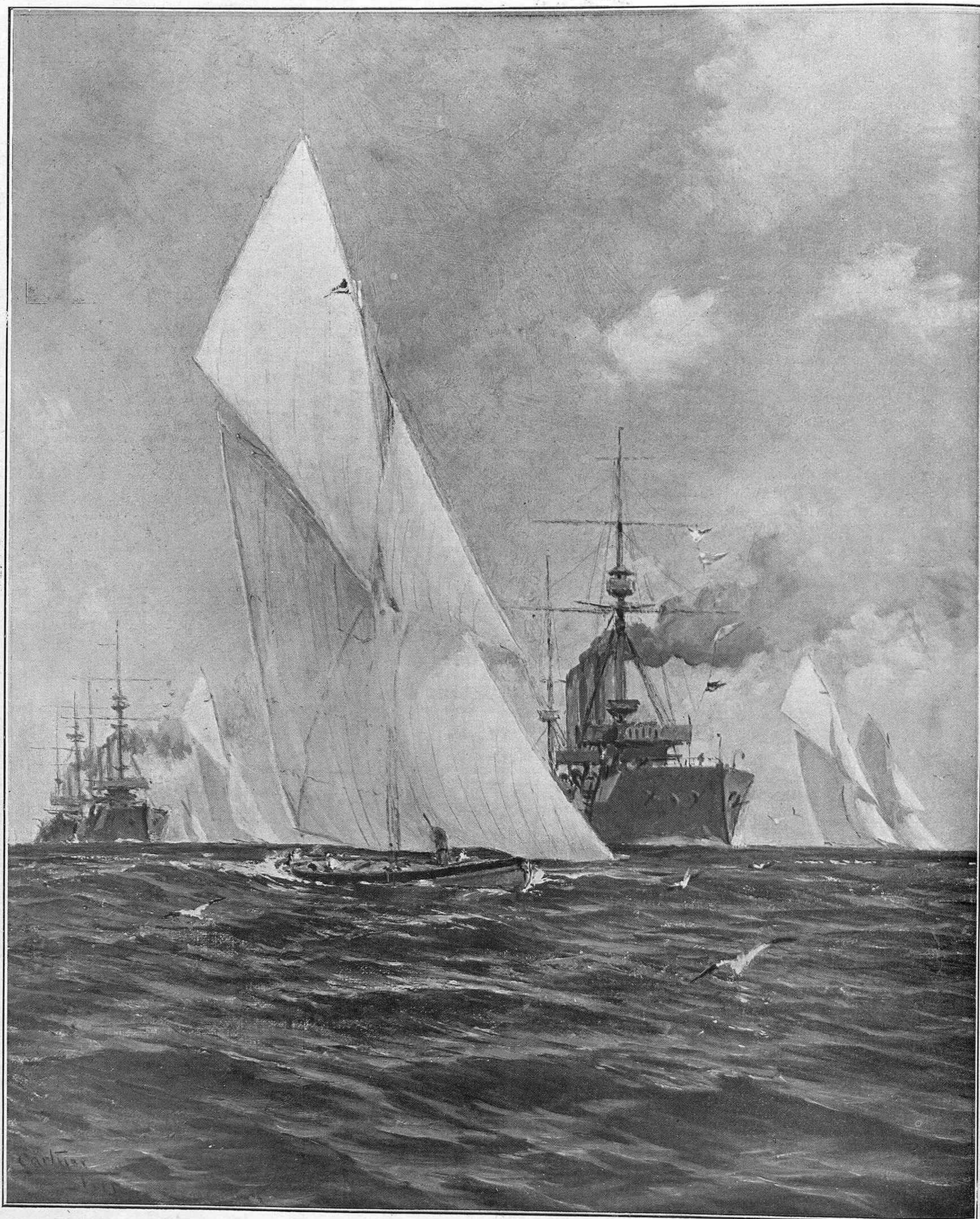
MÍNIMO ESPAÑOL



"La Virgen María y San Juan", cuadro de Ribalta

LA ESFERA

NOTAS MARÍTIMAS



LOS VENCEDORES, por Gartner



PAISAJES DE ESPAÑA



Comana 190

FOT. L. CEPERO

La oración del Ebro

VIENE el Ebro de luengas tierras y bravíos peñascales; viene fatigado de trafaguar sus aguas y sentir las desgarradas en los picachos y declives, por donde desciende hasta la tierra llana; descansa y acorta su andar y hasta parece que se detiene cuando llega hasta los muros del Pilar y baña callado y suave sus cimientos.

Luego allá se va, para tocar tierra catalana y perderse en el mar latino, que fué el mar de las ambiciones aragonesas, abandonadas en mal hora para todos, y cambiadas por las ambiciones en el Océano atlántico. Dijérase que los ríos de España, tienen, como creían los antiguos, un alma que en ellos canta y ríe y gime y se torna airada y vengadora; dijérase, entonces, con razón, que el alma del Ebro es el alma misma de Aragón, forjada en el yunque de voluntades como de roca y enternecida luego en sentimentalismos como de corazones femeninos.

Así el Ebro, al descender de sus montañas y llegar al valle y pasar por Zaragoza y detenerse ante el Pilar, murmura su oración. Le vistéis esta noche, plateado por los reflejos de la luna, deslizándose bajo el puente de piedra, contrastando su blancor con las sombras en que se envuelven las altas torres y los cimborrios, mientras la ciudad dormía y las campanas callaban, y si le vistéis con ojos de artista, si la belleza suprema del panorama se os entró en el alma, escuchásteis, sin duda, las palabras que rezaba el Ebro, como oración de una fe eterna.

Porque la oración del Ebro es la oración de la patria y de la raza, que allí, en Aragón, se sienten con vigor más extremado, porque tocan á las lindes materiales de su terrazgo y de su corazón los mal fundidos anhelos de catalanes y castellanos, de vascos y levantinos, como si la uni-

dad patria fuera ensueño que acabara en el testamento de Isabel la Católica y en los cañones que Cisneros enseñara á los alborotados nobles.

Estas aguas que en la callada noche se deslizan hasta el mar, con murmullo imperecedero, tienen, sin duda, un espíritu que vivió las pasadas grandezas, como fueron vividas también por las gotas de sangre que corren por nuestras venas. Los hombres, como estas aguas vivas, podrán desconocer la historia, y por olvidarla ó por no aprenderla, soportar con indiferencia situaciones de decaimiento, pero en el fondo, en los ignorados móviles que empujan la voluntad de los hombres, como en el instinto de conservación de las razas, vive la fuerza que ha de alentarlos y que, un día, sabe Dios por qué azares fortuitos, ha de encender en sus almas el deseo de conquistar nuevas grandezas.

A esas nuevas grandezas canta y reza el Ebro en las misteriosas noches de luna, cuando viste sus ondas de plata y se estremecen temblorosas sobre ellas las sombras de las torres y los cimborrios. Estas grandezas, ¿por qué han de vestir cotas de malla? ¿Por qué han de ser forzosamente glorias militares, conquistas de territorios...? Pudiera mañana otro Ximénez de Cisneros, que gobernara á España, mostrar á los nobles revueltos, en lugar de cañones que dieran razón de su fuerza, aquel mismo arado ante el que Enrique IV hiciera desfilar sus soldados deseosos de entrar vencedores en París. Y fuera esa la mayor grandeza que pudiera recobrar España, todo el llano roturado, los peñascales bravíos domados por los árboles que los envuelven con sus raíces, como garras... Y una abundancia feliz llevando á cada hogar sustento y dichas.

En las orillas del Ebro el espíritu de una raza fuerte, sana de corazón y noble de pensamiento, va alzando fábricas, cuyas altas chimeneas, como las torres de la iglesia, se alzan al cielo pidiendo amparo para los que tienen fe y tienen voluntad. Si Velázquez retornara á estas orillas y contemplara á Zaragoza desde el Arrabal, no podría pintar, con el antiguo puente donde el agua trabajaba en los molinos, los grupos de nobles vagos caballeros que seesteaban en las apacibles umbrías mientras la nación se descoyuntaba, corría el espíritu de revuelta por Cataluña, Portugal acababa de romper la unidad de la península y la corte se entregaba á banales mascaradas en los Jardines del Buen Retiro.

Y eso reza el Ebro cuando llega fatigado á los muros del Pilar y se detiene un instante, para que en sus ondas se reflejen las altas torres que saben bien cuánto fué el heroísmo de la raza.

Lo saben bien las ondas del Ebro, y estas generaciones y las futuras tienen de sobra en historias y en atlas lugares donde comprobarlo. No se nos pidan á los españoles nuevas andanzas cuando ya recorrimos el mundo y gastamos en ello toda la flor de la raza. Ahora nuestro heroísmo estará en reconstruir el solar patrio, reconstruir nuestro espíritu dándole los alientos de nueva fe, en volver á ser fuertes para esperar un día que llegará, sin duda, en que la raza hispana vuelva á imponer su pensamiento en las orientaciones del mundo...

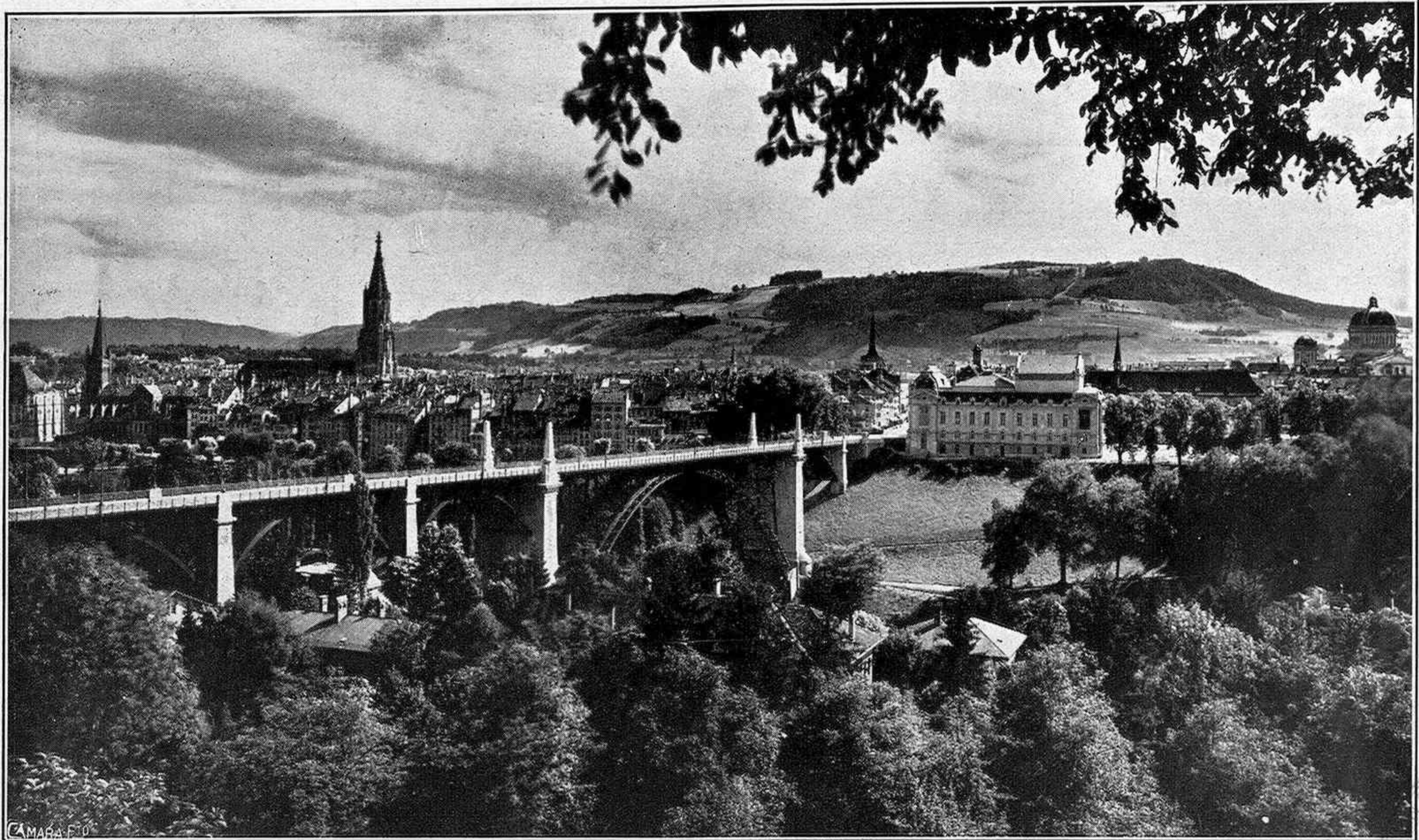
Esas palabras reza el Ebro. Las ha aprendido atravesando peñascales bravíos... ¡Aquella cruel desesperanza que convertía á Joaquín Costa en Isafas clamador de la fecundidad que bajaba de los Pirineos, atravesaba las tierras sedientas é iba á perderse al mar!...

DIONISIO PÉREZ



DESDE SUIZA

BERNA, LA CIUDAD BELLA Y TRISTE



Berna, vista desde la terraza de Schänzli

Cautiva la diversidad de matices que, dentro de su rústica sencillez, ofrece el alma suiza. Cada ciudad muestra una expresión, un temperamento, un espíritu. Ginebra, contagiada del buen humor francés, oreada por las brisas del Léman y llena de luz meridional, tiene la alegría de los amores que empiezan. Ginebra es Abril. Lucerna, su hermana menor, silenciosa, inactiva, otoñal, sumida en el ensueño azul de su lago y de sus montes, es melancólica y dulce como una lágrima que no acaba de caer. La pasión que en Ginebra fué aurora, será en Lucerna desenlace y crepúsculo. Las manos que en Ginebra se buscaron, en Lucerna, lánguidamente, se dirán adiós. Lucerna es Octubre.

Berna tiene otro carácter; con sus casas de aleros amplísimos y sus innumerables soportales, callada, ordenada, recogida, ecuaníme, cual envuelta en una soñolienta tranquilidad de domingo, Berna no ríe ni llora; ni promete ni falta a lo prometido. Berna es bella y triste, como esas vidas apacibles en las que nunca mordió el pecado.

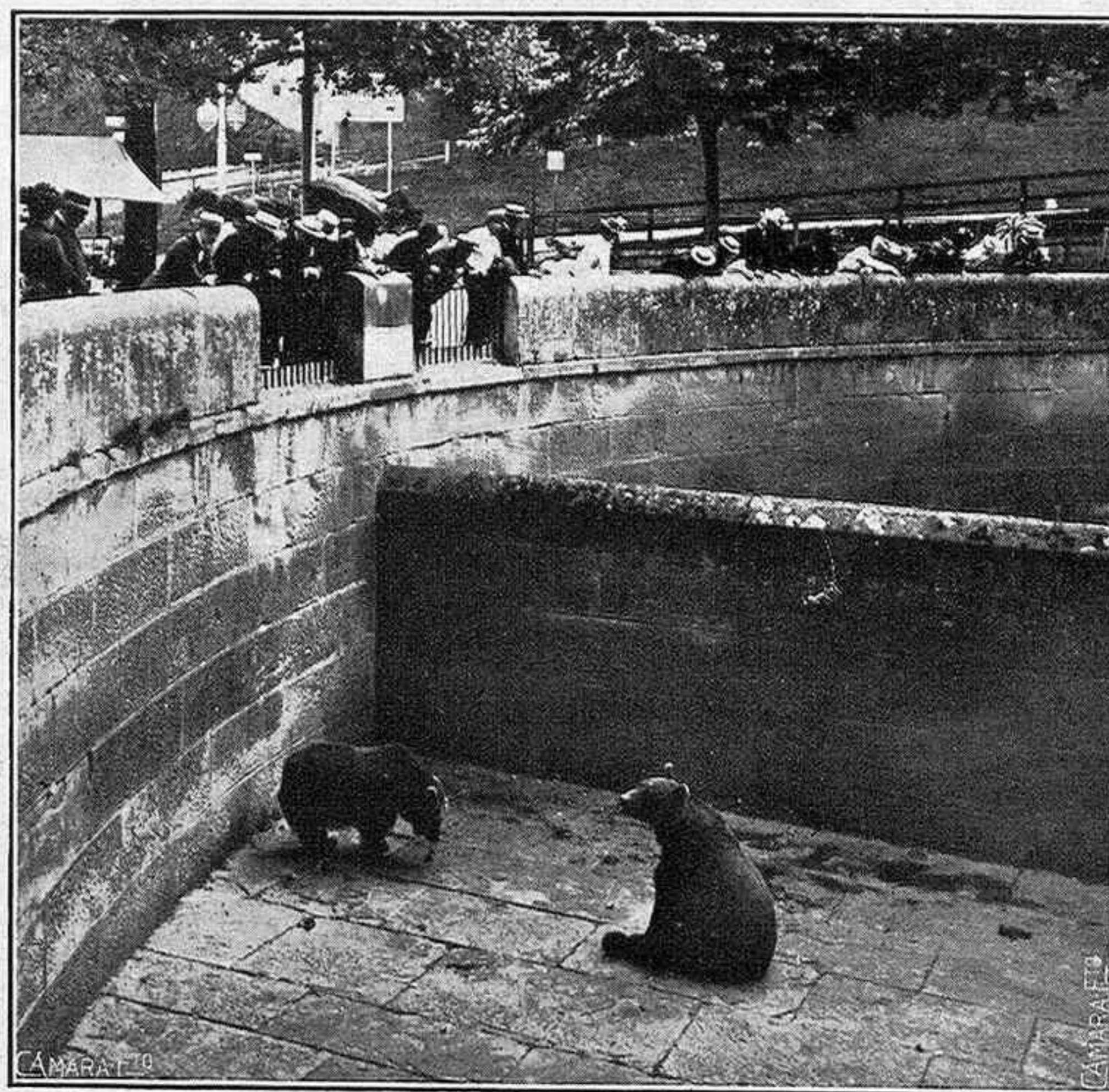
LOS OSOS

La historia de Berna no es muy larga, puesto que comienza en las postrimerías del siglo xi. Su fundador, el duque Bertoldo V de Zœhringen—según refiere el minucioso cronista Conrado Justinger—, recorriendo los alrededores del Aare, fué sorprendido por un oso, al que mató, luchando con él brazo a brazo, y de aquí el nombre pintoresco de la ciudad: Berna; corrupción de «bar» ó de «baren», que en alemán significa oso.

Esta leyenda podrá ser falsa, pero es lo cierto que la imagen del oso alpino, color castaño obscuro, hállase inexorablemente ligada a la vida de la capital. Es una obsesión, una tortura, una manía. En los bajorrelieves de muchos viejos sarcófagos, en los cristales policromos y en las pinturas murales del Palacio de la Confede-

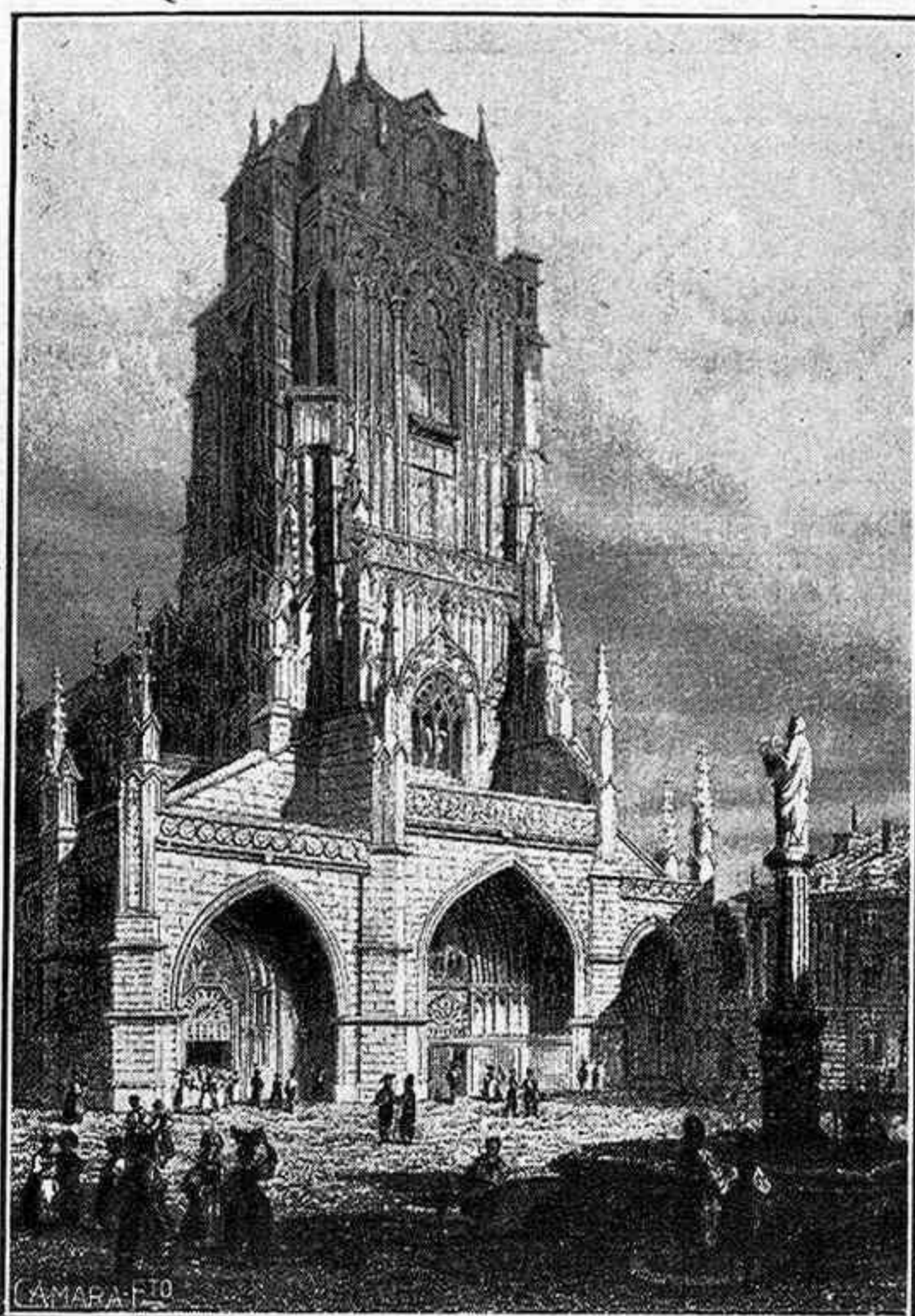
ración, en los museos y bibliotecas, en las fuentes y en cuantos edificios dependen del Estado, habrá un oso. Esta preocupación gubernativa ha arraigado profundamente en la conciencia pública y constituye una especie de herencia. El bernés parece verlo todo, comprenderlo todo y expresarlo todo, á través de la silueta de su animal favorito. Las muestras de las tiendas, las contraseñas manufactureras, los anuncios, las postales, perpetúan el corpachón blando y hercúleo de la fiera familiar. Reproduciéndolo los artistas, inconscientemente, dieron al hocico y á los ojuelos del plantígrado las compresiones más diversas del rostro humano: hay osos terribles, que dirigen hacia el transeunte sus garras abiertas; hay osos filósofos, que leen en un libro, y ositos alegres, disfrazados de hombres, que juegan al ajedrez, beben cerveza y abrazan á una moza; las plegaderas, los pisapapeles, los tinteros, los tapones, los bastones, los dijes con que las cadenas de reloj y las pulseras se adornan, los innumerables caprichos, en fin, de la bisutería, de la orfebrería y de la cerámica, reproducen incansablemente la misma figura grotesca, ¡Y véase por qué singular tergiversación de ideas, el duque Bertoldo de Zœhringen dió al oso, que quiso devorarlo, la inmortalidad!

No satisfechos con ésto, los berneses tienen al otro lado del Aare, junto al histórico puente de Nydeck, el «foso de los osos»—baren graben—, donde guardan seis ó siete ejemplares excelentes. Viven los animales al aire libre, y el público se asoma á verlos, acodándose en el repecho que guarnece la honda excavación circular, revestida de piedra.



El foso de los osos, en Berna





La Catedral católica, de Berna

«Baren Graben» constituye la sonrisa mejor de la ciudad, su distracción más dulce. ¿Por qué esta devoción?

Quizás porque el suizo reconoce concomitancias singulares entre su temperamento y el carácter del oso. El suizo, bonachón, fuerte, astuto y pacífico, se parece al oso, y como él adora la soledad, la nieve y las montañas. Ante su conciencia, el oso tiene la magestad y la gracia de un símbolo.

LA TORRE DEL RELOJ

Siete centurias han pasado sobre este monumento que primitivamente sirvió de mirador y defensa á una de las puertas más antiguas de la ciudad, y luego fué convertido en cárcel de mujeres; la fábrica, toda de maciza piedra, se mantiene intacta y á plomo, y emociona considerar que bajo su arco granfíto los pasos graves del fundador, Bertoldo V, resonaron como los nuestros.

El reloj que dió á la torre renombre mundial, data de principios del siglo xvi, y es obra de un cerrajero de Nuremberg llamado Gaspar Brunner. Su mecanismo, de proporciones colosales, ocupa casi todo el edificio; es su alma; su esfera gigantesca gesticula en el frontis como un semblante, y sus cadenas y engranajes vibran cual nervios en el espesor de los muros; gracias á ella el viejo torreón late, nos interesa, nos acompaña, vive, en suma; porque alternativamente la máquina de Brunner es voz y alerta en la cúpula del monumento, y corazón en la estructura palpitante de sus engranajes, y rocío de mística y agorera elocuencia en la esfera que, semejante á un profeta, nos habla tristemente de cuanto fué y ha de ser, de lo que no vimos, de lo que no veremos...

De media en media hora, todas las partes de tan maravilloso aparato se ponen en actividad. Esta comienza en las figuras que habitan una especie de hornacina ó capillita, situada

en la parte media de la torre, junto á un círculo que explica las estaciones y las fases de la luna. Primero, un gallo sacude las alas y canta; un oso después abre los brazos. Estas son las señales que preceden á la especie de aquelarre que inmediatamente comenzarán á bailar los demás personajes; una manada de osos enmascarados y joviales giran, danzando la marcha solemne de las horas; es como una risa mezclada al dolor de irse; un polichinela hace gestos bufos y el padre Cronos agita en su diestra fatal un reloj de arena. Algo ha muerto, algo que era ya no es; y seguidamente, en el fastigio de la torre, bajo la cúpula puntiaguda y angosta como un ciprés; un gigante de bronce, golpeando con su maza sobre una campana, le dice «adiós» al tiempo.

Ese gallo, símbolo de la vigilancia, cuyo canto en las horas del amanecer saluda el advenimiento del sol y de noche parece conjurar los malos espíritus; ese cortejo de osos bailarines, ese polichinela clownesco y ese dios Cronos de barbas nevadas, compendian toda la emoción de la vida, que llora y ríe á la vez. De la torre descende sobre el turista curioso un frío brujo, una sombra de aquella terrible Edad Media que, para consolarse, inventó el sabát.

El reloj habla:

—Remember...—parece decir.

LAS TARDES EN SCHÄNZLI

Para sentir bien el alma dulce y triste de Berna, es indispensable haber visto apagarse el sol una tarde de Agosto, desde la *terrasse* del Kursaal Schänzli. Es una atalaya magnífica. Detrás de nosotros una orquesta ejecuta melodías de Millöcker y páginas hieráticas de Beethoven; á nuestro alrededor, el suelo, cubierto de arena, tiene, bajo los pies ágiles de las camareras, rumores de playa. Estamos á la sombra de los árboles y esta obscuridad acrecienta, por el contraste, la duración de la agonía vespéral.

En primer término, delante de la *terrasse*, y ya en la pendiente que conduce al río, grandes masas de fronda—álamos, acacias, castaños—; después, recortándose blanco y elegante del cauce oscuro del Aare, el puente Kornhausbrücke, y más allá el apretadísimo enjambre de techumbres de la ciudad, sobre el que descuellan, á intervalos largos, la cúpula esférica del Palacio de la Confederación; la torre del reloj, aguda y negra como una vieja lanza; la torre de la Catedral, y más lejos, ya en el límite de la población, el torreón de Nydeck. Finalmente, cerrando el cuadro, ondulan los montes soberbiamente arbolados y pintorescos de Kirchenfeld y Schosshalden, y á la izquierda, ya en el horizonte, el monte Jüngfrau—la Joven Virgen—, en cuya cúspide, todas las noches, una mano misteriosa enciende una luz.

El gozo espiritual con que asistimos al estertor azul de la tarde, nos arranca un suspiro. La dulzura del crepúsculo y las melancolías de Beethoven y de Chopin, riman extraña y deliciosamente. Poco á poco, una recóndita ansiedad nos posee; una ansiedad sin nombre, una sed de alma que no es la mujer, ni deseo de gloria, ni ambición de riquezas ó de mando, sino



La Torre del Reloj, del siglo XI

la angustia de vivir la inefable belleza que está muriendo ante nuestros ojos. Todo es azulino: el cielo, las montañas, la bruma que sube del río; lentamente las estrellas van encendiéndose y la neblina sutil se aljofara de plata; las notas de los violoncellos languidecen como lirios; á lo lejos, el silbido de un tren lanza al espacio un grito de «adiós»... y dentro de nosotros una voz cruel murmura:

—Tú te irás también, y millares de años pasarán sobre tus ojos cerrados...

La orquesta ha comenzado la *Danza Macabra*, de Saint-Saëns, y los versos de Caralis, que inspiraron al músico, vuelven á la memoria:

«Zig et zig et zig, la Mort en cadence frappant une tombe avec son talon, la Mort à minuit jone un air de danse, zig et zig et zag, sur son violon»...

Nuestras miradas se hunden en el caserío tranquilo y pequeño, donde fantas existencias y tantas esperanzas y tantos dolores se apagaron sin ruido, y á nuestros pensamientos se asocian la inspiración del músico y las palabras del poeta:

«Le vent d'hiver souffle, et la nuit est sombre; des gémissements sortent des tilleuls; les squelets blancs vont á travers l'ombre, courant et sautant sous leurs grands linceuls...»

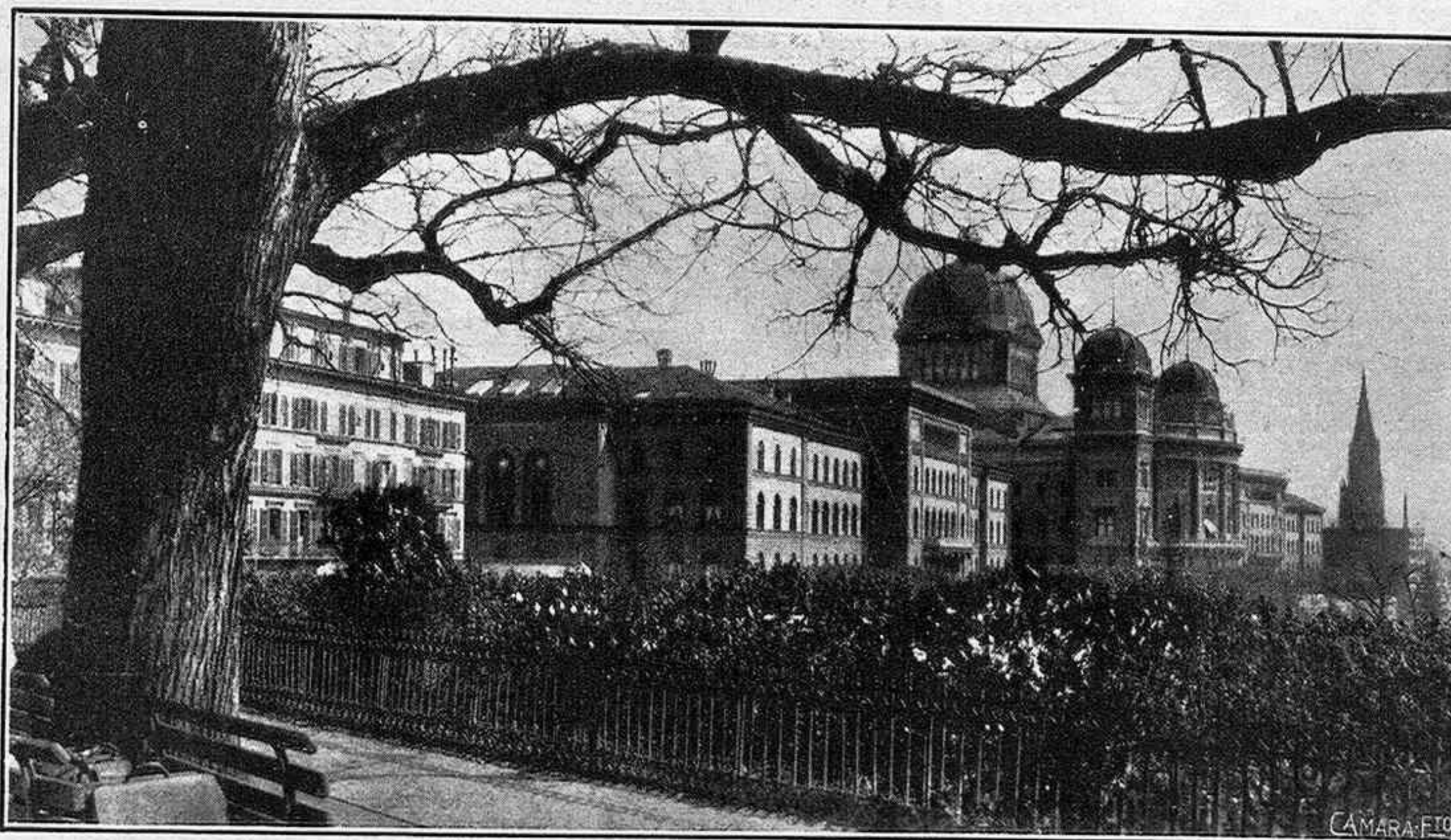
La terrible fantasía sabática prosigue: rechinar y castañetear de dientes, chocar de fémures, en la locura del aquelarre.

«¡Mais pritt! tout à coup on [quitte la ronde, ou se pousse, ou fuit; le [cop á chanté»...

Calla la orquesta y la realidad plácida vuelve. La noche ha cerrado espléndidamente; la brisa es cálida; todo expresa olvido, recogimiento; la luna empapa el espacio límpido en un sudor de plata; sobre Berna, la ciudad limpia y triste que se acuesta temprano y habrá de dejar en nuestra alma un aroma de convento, la torre esbelta y blanca de la Catedral se yergue y parece desvanecerse en el aire como un humo de incienso.

Eduardo ZAMACOIS

Lucerna, Agosto.



Palacio de la Confederación, en Berna



APOSTOL Y MARTIR

SABÍA de sobra Enriqueta que Diego la amaba con profundo y leal amor; pero ¿qué le iba á hacer? Su cariño pertenecía á otro hombre. Por él abandonó el hogar de sus padres, dando un bravo empujón á todos los sociales prejuicios. Para llegar á tamaño arresto una mujer como ella, preciso fué que la impulsara una de esas pasiones á las cuales sólo la muerte, ó un desengaño, más mortal que la muerte misma, destruyen.

Bien lo sabía Diego. A más de saberlo, trataba y quería como á un hermano á Eduardo, el compañero de Enriqueta.

Respetando esta fraternidad, no trujo nunca su afecto con palabras ó actos ostensibles. Enriqueta lo adivinó en las miradas que él la dirigía á hurtadillas, en los temblamientos de su voz, en las súbitas palideces y en los rubores súbitos que empurpuraban ó enlividecían el rostro de Diego, cuando dialogaban á solas.

Por lo demás, ni el mecánico presumía que su amor pudiera ser alguna vez correspondido, ni la maestra se daba por enterada de él.

No impedía esto que le tratase con íntima fraternidad y que compartiera sus ideales, sus an-

helos, por una honda renovación humana, por el advenimiento de un mundo nuevo, libre de explotaciones, de desigualdades, de miserias y de injusticias. Este mundo futuro era el que predicaba Eduardo en artículos y discursos, que le dieron entre los proletarios fama y aureola de apóstol.

No influyeron poco la elocuencia y la valentía de estas predicaciones, en el enamoramiento de Enriqueta y en el sólido afecto que sentía hacia el periodista, el mecánico. Hijos del pueblo el uno y la otra, poseedores de una cultura, superior á la que pueden adquirir la gente de su clase, soñaron desde los albores del mocerío con la redención del obrero. Pronto fué el horizonte de sus sueños más amplio y abarcó la total redención humana.

Por ella trabajaban, la maestra, en su escuela, procurando moldear generaciones conscientes y libres; el mecánico, entre sus compañeros de taller y de oficio, tratando de inculcar en ellos las enseñanzas que su cultura le brindaba y el convencimiento firmísimo en la justicia de sus aspiraciones, acompañado de una inquebrantable decisión para lograr el triunfo.

Pero el campo de propaganda que se ofrecía á los dos creyentes era muy estrecho. Para sacudir á las multitudes, para apresurar la obra redentora, era precisa una voz enérgica y autorizada que hiriendo, á un tiempo, todos los corazones, les diera valor en la lucha y estoicismo en el sacrificio.

Esta voz fué la voz de Eduardo, de aquel meridional impetuoso y arrogante, que al presentarse en la tribuna era admiración de los públicos por su belleza varonil, por sus ademanes resueltos, por sus frases de poética rebeldía, que mostraba el futuro como presente, sacudiendo las médulas con escalofríos de entusiasmo, convirtiendo el tablado oratorio en un Sinaí, donde el Moisés de los explotados proclamaba la verdadera ley entre fulgores de tempestuosa elocuencia.

En uno de tales momentos conoció Enriqueta al apóstol; á la terminación del acto tuvieron ocasión de hablarse y pronto la simpatía que uno hacia otro sintieron, trocóse en amor y el amor en libre consorcio bajo el techo de un mismo hogar.

Cuando eso ocurrió, llevaban tres años de convivencia Diego y el periodista.

Al arribar éste á Madrid lo hizo sin más bagaje que sus esperanzas y unas pocas pesetas, muy pocas, las precisas para vivir malamente un mes. Ya probó sus armas oratorias y periodísticas en la población donde viera la luz. Tuvo que abandonar aquélla, parte por decretos de su ambición, parte por las persecuciones de potentados y caciques.

Más de una vez finaron en la cárcel estas persecuciones. A los objetos de evitarlas, el rebelde, muerta su madre, que le ayudaba á sostenerse, con los productos de una modestísima pensión, hizo viaje á la corte, recomendado eficazmente por sus correligionarios de la capital provincial á sus pares de la capital española.

Entre los últimos se contaba el mecánico, hombre de carácter retraído, poco asequible al trato íntimo con sus prójimos, pero capaz, si alguno de ellos merecía su confianza, de todo sacrificio y arresto.

El periodista fué metiéndosele poco á poco en el corazón. Aquel joven, hijo de burgueses, que renegaba de su casta, exponiéndose á vejaciones y miserias por defender los derechos y anhelos de otra casta, á la cual no pertenecía, parecióle digno de acendrados amistad y respeto. Por entero le concedió los suyos y llegado el instante en que, concluídos los recursos de Eduardo, no tuvo este hogar que le acogiera, ni pan que llevar á la boca, sentóle el obrero á su mesa y abriéndole las puertas de su casa, le dijo:

—De hoy para en adelante lo que aquí tengo es de los dos; mi oficio me permite vivir con perfecto desahogo; dispón de todo, hasta que tus circunstancias varíe y á pelear juntos por la causa! Tú, en apóstol que propagues la buena nueva, en caudillo que nos lleve al combate, cuando suene la hora de combatir; yo, en hombre dispuesto á la acción y al martirio, si ellos son menester.

Desde entonces convivieron los dos amigos y de igual suerte que no pensaron separarse cuando las ganancias de Eduardo le permitían establecerse por su cuenta, juntos continuaron viendo al unirse con Enriqueta aquél.

La figura política de Eduardo fué adquiriendo relieve, no ya entre los suyos, que—contrasentidos de nuestra humana condición—experimentaban hacia él idolatría; entre los adversarios y entre los jefes de los partidos que gobernaban el país. Al fin y á la postre aquel revolucionario era hombre que podía arrastrar donde y cuando le conviniese á millares de obreros, y producir serios quebrantos de orden público, á poco que en ello se empeñara.

Convenía entenderse con él, si no para hacerle renegar de su credo, cosa á que nunca se prestaría, fuera por firmeza de convicciones, fuera por conveniencia propia, para que, siendo una rueda más en el engranaje de la vida pública española, marchase con las otras ruedas, sin paralizar el movimiento total de la máquina.

Así resultó que, cuando poderosos elementos obreros de una gran ciudad, aliándose con otros elementos afines, presentaron en las elecciones para diputados á Cortes la candidatura de Eduardo, el Gobierno, no sólo no hizo oposición, sino que ayudó, bajo mano, el triunfo de su contrincante. En el terciopelo que decora los salones parlamentarios, se han limado garras pujan-tes de león. Acaso representen un símbolo los dos carniceros inofensivos, que, vaciados en bronce, decoran la fachada principal de nuestro Congreso.

—Recelos abrigaría con motivo de tu elección—le dijo el mecánico á Eduardo

—si tú no fueras tú. ¡He visto tantos rebeldes, doblarse como hojillas de hojadelata, contra esos escaños!... Nunca fuí amigo de la lucha parlamentaria. En fin, hecho está lo hecho. Sigue siendo el que siempre fuiste y favorece desde la nueva tribuna que te regala la voluntad del pueblo, su pronta redención.

—Sospechar que no lo haré así, es ofenderme, Diego. No he ido á la elección por mi gusto; los compañeros me obligaron.

—Lo sé.

—Estate seguro de que en el Congreso, como en todas partes, mi entendimiento, mi voluntad, mi palabra y mi vida, son de mis compañeros; mejor que de ellos, de los sacrosantos ideales que á todos nos unen bajo una misma y sublime bandera.

—¡Lo sabemos, Eduardo!—interrumpió, con voz entusiasta, Enriqueta—. ¿Quién podía dudar de ti, si un noble pasado abona tu futuro? Nadie. De mí, ¿para qué hablar? Si es tuyo mi amor, si mi existencia entera se halla consagrada á ese amor, es porque en mi alma viven, formando una sola, dos fes: la fe segura en el amante y la inquebrantable fe en el apóstol.

Hablaba con sinceridad. Su amor no establecía separaciones entre el hombre y entre el caudillo. De perdonar infidelidades, acaso perdonara las del varón; las del apóstol nunca.

ooo

Los obreros, resueltos á disminuir la explotación de que les hacían víctimas sus patronos, acordaron la huelga.

Declaróse ésta en la gran ciudad que eligió á Eduardo por su representante en Cortes.

El diputado, que veraneaba con Enriqueta en la marítima población, luego de asentir á las pretensiones de los trabajadores, no sin exhortarles á la prudencia y al respeto á la legalidad, celebró varias conferencias con los patronos á fin de que accediendo, ya que no á todas, á alguna de las reclamaciones, pusieran término á la huelga.

Los patronos, seguros de rendir por hambre á los huelguistas, desatendieron las indicaciones de su apóstol. Este fué á Madrid para entrevistarse con el Gobierno. De Madrid retornó con vagas promesas, que no podían satisfacer á los obreros. Diego le acompañaba en nombre del Comité central á fin de ponerse de acuerdo con sus compañeros, para decisiones futuras.

—Han hecho mal, muy mal, acordando la huelga en las circunstancias presentes—exclamaba Eduardo, paseándose por el comedor de su casa. Cuando no hay certeza de triunfar, lo mejor es tener paciencia y aguardar una ocasión propicia.

—Si la lucha que sostenemos todos fuese

para un triunfo, para una conquista momentánea que sólo beneficiara á una generación, estaría acorde contigo—le replicó el mecánico—. Nosotros peleamos por el triunfo del porvenir. Para la victoria del futuro, son precisos mártires del presente.

—¡Verdad, Diego, verdad!—interrumpió Enriqueta, estrechando la diestra del obrero. —Eduardo también está conforme con nosotros.

—¡Qué duda hay! Iremos, iré á todo lo que sea preciso. Me duele que, dispuestos como se encuentran los patronos á recurrir á los esquirols, sobrevenga un sangriento choque que autorice la intervención de los elementos armados y tenga por final la absoluta pérdida de la huelga, proclamada á toque de clarín, sobre montones de cadáveres.

—¿Qué remedio, si tal ocurre? Otros vendrán que venguen á los muertos.

—Bien, bien. Allá con vuestra locura vosotros.

—¿Y tú?—preguntó con ansiedad Enriqueta.

—Yo, seguiré á los míos. Eso no se pregunta.

Diego miró fijamente á Eduardo y salió de la habitación sin proferir palabra.

ooo

El choque entre obreros y esquirols sobrevino.

El gobernador de la provincia, viendo que la Guardia Civil y los agentes de Orden Público no podían resolver el conflicto, resignó el mando en el Capitán general, y éste echó las tropas á la calle.

No se intimidaron los obreros por la presencia de la tropa. Estaban resueltos á llegar hasta el fin, costárale lo que les costara.

—¡La lucha va á empeñarse!—gritó un obrero entrando en el despacho del diputado á Cortes.

Un gesto de contrariedad se pintó en el rostro de Eduardo, y Enriqueta, que estaba junto á él, le oyó decir, bajo, muy bajo, sin darse cuenta de que las decía, estas palabras:

—¡Tardan!

—¿Vamos?—preguntó Diego, apenas el obrero abandonó el despacho.

—Sí, aguarda; sólo unos momentos; aguarda—respondió titubeante Eduardo.

—¡Aguardar!—exclamó el mecánico—¡Aguardar, cuando mis hermanos van á jugar su vida! Aguarda tú si quieres. Yo no sé hablar; pero sé morir.

Y Diego, dirigiendo á Enriqueta una dolorosa mirada, abandonó la estancia, encogiendo despectivamente los hombros.

—¿A qué esperas?—preguntó Enriqueta, después de una larga y terrible pausa—. Mejor dicho aún, ¿á quién esperas?

—¡Ah!—gritó, viendo entrar en el despacho á unos agentes de Orden Público—. ¡A éstos aguardabas!... ¡Qué cobardía y qué asco!...

ooo

Las balas de los soldados abren huecos enormes en las filas de los obreros.

Estos contestan con el fuego desigual de sus escopetas, pistolas y revólveres, dando muerte por muerte.

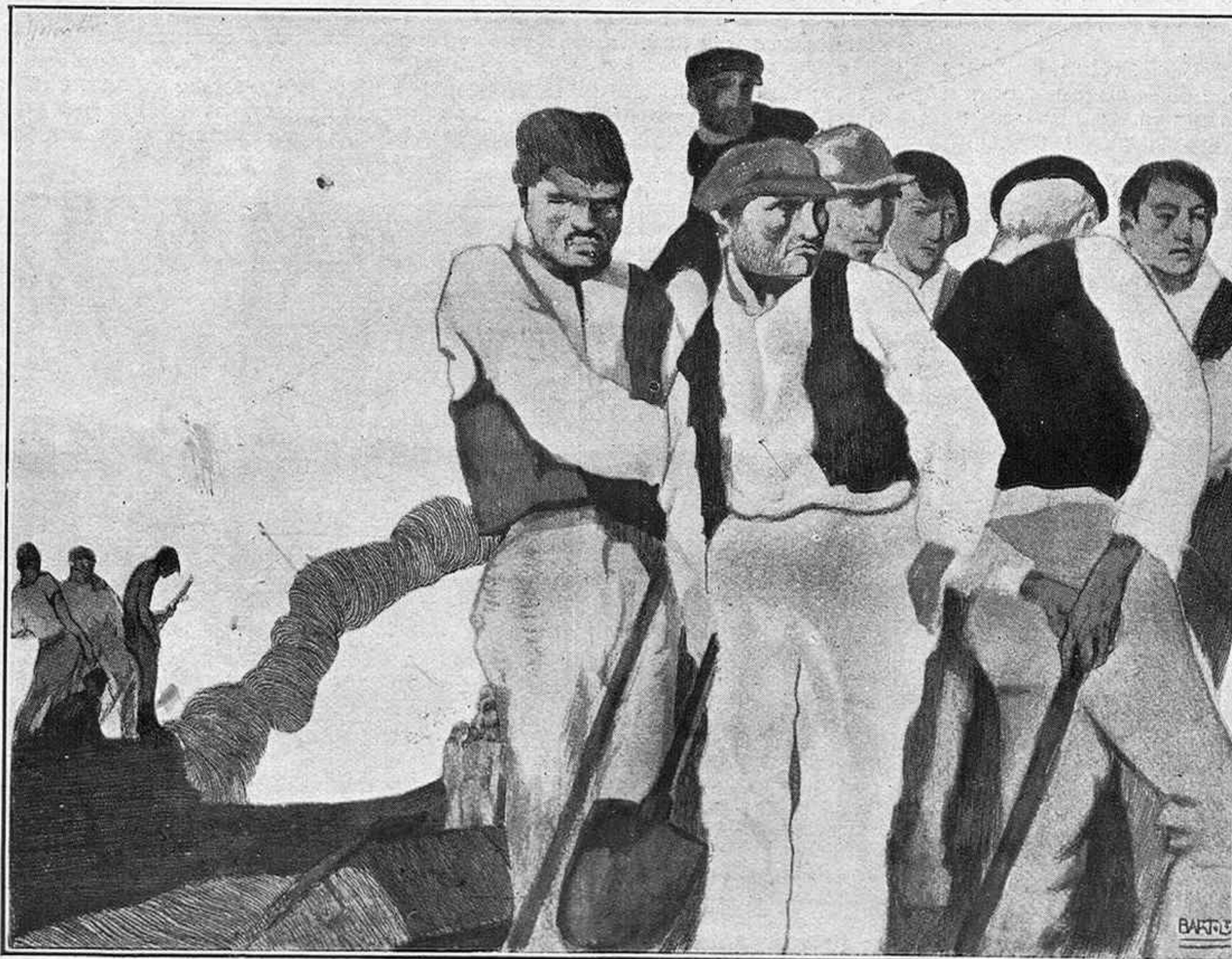
Al frente de un grupo combate con heroísmo Diego.

Rompiendo, con el empuje de su cuerpo, el humo de la pólvora, Enriqueta llega junto al mecánico.

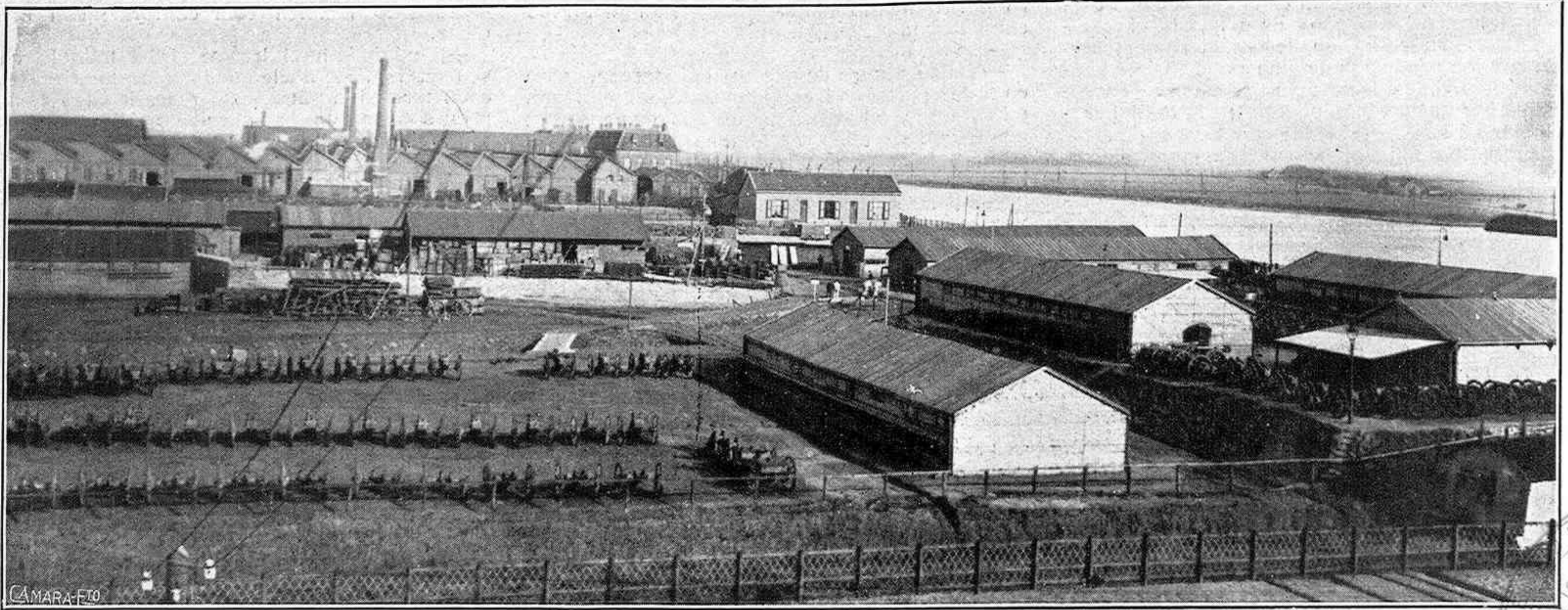
—¡Usted!

—¡Yo! ¡Vengo á morir contigo!...

JOAQUÍN DICENTA
DIBUJOS DE BARTOLOZZI



AL MARGEN DE LA GUERRA
CREAR PARA DESTRUIR



Vista de una fábrica de proyectiles de artillería, de las inmediaciones de Amsterdam

HUBO un momento en que se tembló por la suerte de Holanda, cuando los comienzos de la guerra. Incluso se habló del posible heroísmo de la bella nación, anegando sus territorios para resistir la invasión germánica, que parecía inevitable. Luego volvió la inquietud cambiados su origen y motivo. Como una extraña imposibilidad que se hiciera posible, se habló de la intervención armada. ¡Cómo debieron sonreír socarrones los flemáticos fumadores de la sotabarba, de los zuecos, de los gorros de piel, tan característicos, viendo la inquietud de las mujeres de trenzas rubias, ojos azules y cofias de encaje!

No. Holanda no intervenía, como tampoco fué invadida. En la plácida somnolencia de sus canales y de sus campos de tulipanes; desde sus paisajes, donde voltean lentos los molinos y cruzan los caballos, arrastrando las pesadas barcazas; desde sus interiores, que conservan todo el encanto de los cuadros de los viejos maestros, Holanda sonreía tranquila.

Todo en torno de este pequeño reino, que para ser más de cuento brujo, tiene una mujer bonita en el trono y un palacio para hablar solamente de paz, todo en torno de este reino es desolación, barbarie y exterminio.

Al otro lado del horizonte vibra el aire de tantos cañonazos y lo infesta tanta podredumbre y lo enturbian humaredas de ciudades incendiadas.

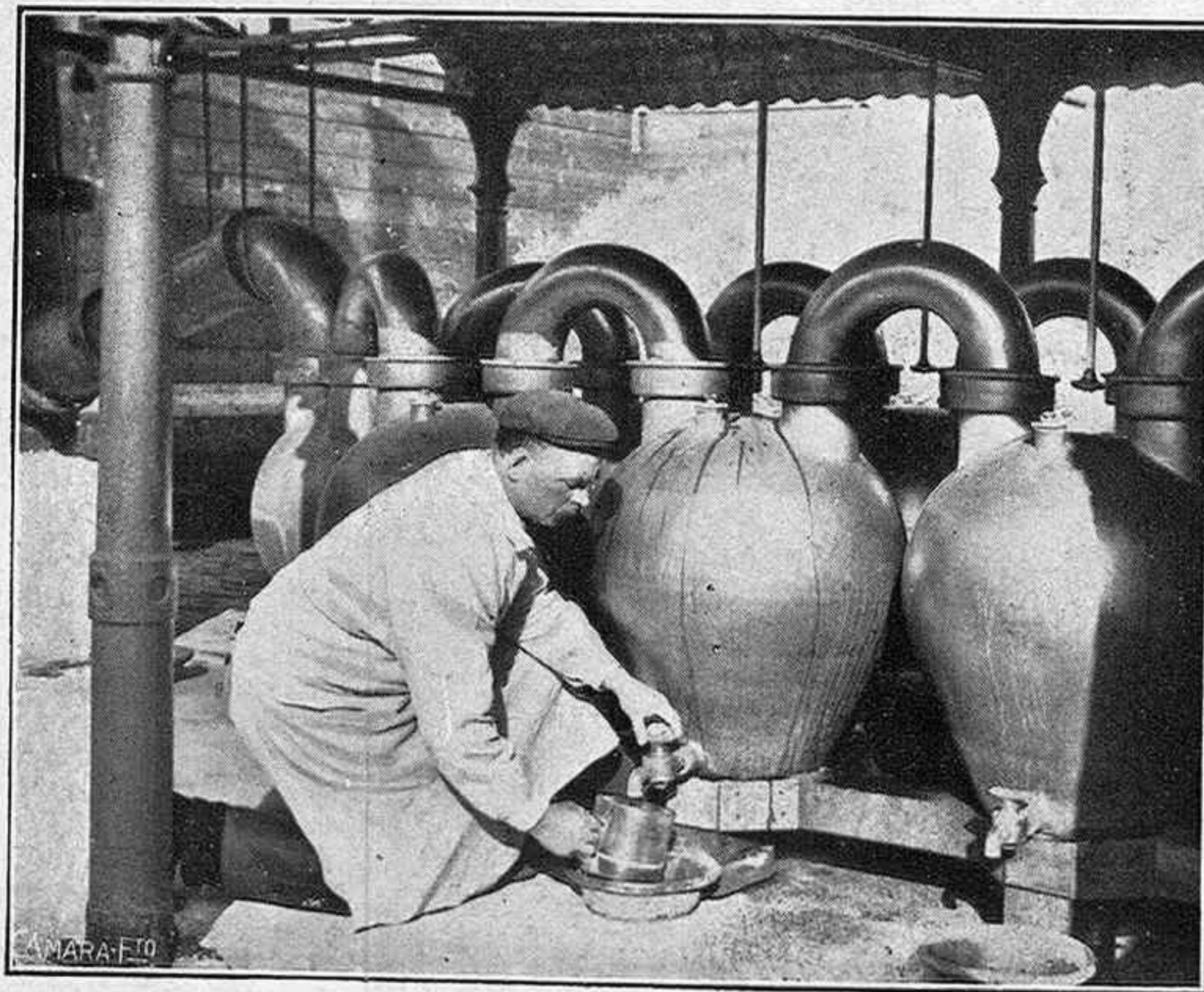
De todas partes del mundo acudieron al suelo de la hermana Bélgica los hombres, como faldas enamoradas de los trágicos resplandores. Se hunden los hogares y van por los caminos negros rosarios de huérfanos y desde el fondo de la tierra, donde mueren y enferman millares de soldados, sube la muerte dividida en circular humaredas y altos estampidos.

Y mientras tanto, en las casitas como de juguete, á la orilla de los canales, sobre cuyas aguas van las nubes con la misma serena majestuosidad que sobre el cielo, juegan los niños y cantan las mujeres y los hombres fuman silenciosos sus pipas, pensando en la felicidad que no desconocen...

Sin embargo, no todo es idealismo en estos descendientes de aquellos que quedaron inmortalizados por una de las escuelas pictóricas más grandes y maravillosas de todos los siglos. En el fondo de los espíritus de estos hombres pausados, flemáticos y como acorazados contra las asechanzas contemporáneas, por su grasa que les forran los músculos, hay un sentido práctico

que no podemos comprender bien los latinos, vocingleros, camorristas y fanfarrones.

Comparada Holanda con España, por ejemplo, no puede ser más curioso el contraste. Holanda, cercada por la guerra, se conserva neutral. España, alejada de la guerra, bulle en bélicas filias. Nada falta para que juguemos acá á la guerra los germanófilos y los francófilos. Negamos los partidarios de uno y otro bando el pan y el agua á los del bando contrario y se han llegado á decir cosas tan absurdas, como la de «yo soy más alemán que el Kaiser», y que estaban muy bien echados á pique, por submarinos alemanes, buques españoles, como el *Isidoro* y el *Peña Castillo*. Hemos elegido la peor de las neutralidades, la que más peligrosas consecuencias podrá acarrear después de terminada la guerra. En cambio, no hemos sabido aprovechar ventajas como la del valor actual de nuestra moneda, las bellezas indiscutibles de nuestras playas, de nuestras ciudades históricas, de nuestra sierra, de nuestras ciudades del Mediodía, excelentes para estaciones invernales; no hemos sabido conseguir que fuera prosperidad nacional lo que sólo es negocio y rapacería de unos cuantos contratistas desaprensivos. Y, sobre todo, dejar hablar antes á nuestro cerebro



Depósitos de mercurio para los proyectiles

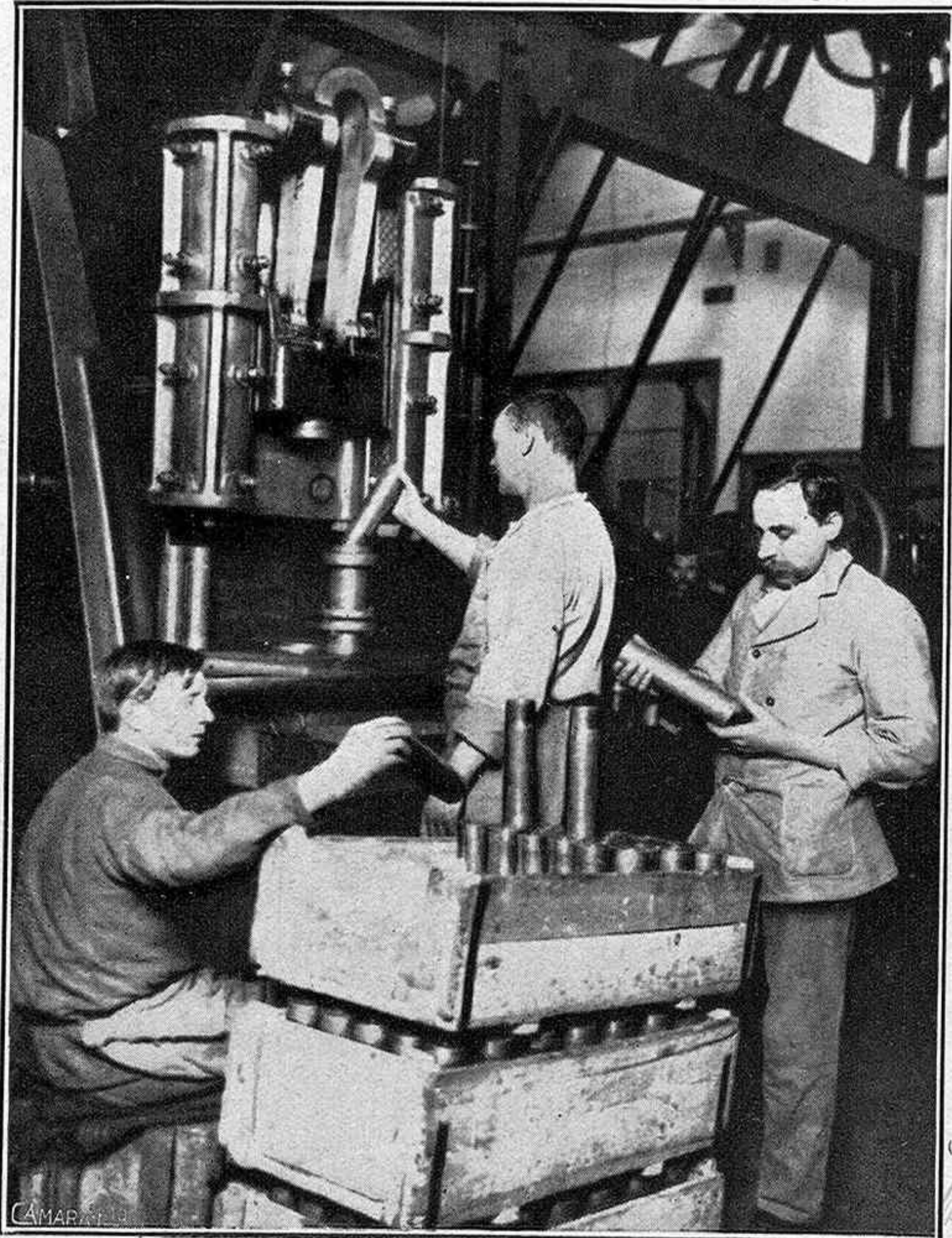


Fabricación de balines de plomo

BIBLIOTECA DE MADRID



Taller de moldeado y torneado de proyectiles



Máquina para prensar los tubos de los proyectiles

que á nuestro corazón y emplear las manos en algo más útil que escribir diatribas contra el que no piensa como nosotros y acordarnos más que somos españoles y no desear tanto ser alemanes, ó franceses, ó ingleses, ó turcos, que también esto parecen desearlo algunos caballeros.

Mientras tanto, Holanda sabe aprovechar su neutralidad. Y no precisamente para abrir sus brazos evangélicamente á los que se matan, sino para darles nuevos elementos mortíferos.

Si en La Haya espera un Palacio para las Conferencias de la paz, en las cercanías de Amsterdam existe una fábrica de proyectiles, donde se trabaja día y noche. Bueno será que, llegado el momento, se abran las puertas á los diplomáticos que vendrán — como en una caricatura de Caran d'Ache — á comerse la paloma simbólica guisada con la no menos simbólica rama de laurel; pero en tanto que llega ese episodio, allá van proyectiles de cañones y morteros y cajas que parecen contener regalos de Pascua y llevan dentro de sí, encanutada, la muerte.

Pero no creáis que Holanda rompe por eso su neutralidad. De ningún modo. Sirve por igual al ejército austro-húngaro-turco-alemán, que al franco-anglo-italiano. Allí no se engaña á nadie. Si se envían 10.000 cajas al ejército alemán, irán también 10.000 al ejército de los aliados.

¡Y con qué escrupuloso cuidado, con qué tranquila indiferencia también se realizan estas operaciones de la fábrica de Amsterdam.

Siempre nos causaron escalofríos de inquietud y de vergüenza las fábricas de armas; pero imaginad ahora, cuando sabemos hasta qué punto son de terribles esas enormes edificaciones, donde se crea para destruir.

Podríamos concebir la serenidad impasible de los operarios de una fábrica de armas durante la paz.

No concebimos, por lo tanto, cómo estos hombres que véis manejando á los futuros men-

sajeros de la muerte, pueden permanecer indiferentes á lo trágico de su tarea.

¿No parece que esos balines de plomo son cigarrillos; que ese hombre ante el grifo de un depósito de mercurio está llenando un jarro de «bon vino» en la bodega; que esas granadas alineadas son termos donde conservar, fríos ó calientes, con un placer sibarítico, los líquidos; que ese empaquetamiento de balas de cañón, son de juguetes inofensivos?

No. Todo eso sería un bello sueño. La realidad es muy otra y se encañuta con la fiebre de una «pesadilla sin fin», como ha dicho el primero de los escritores españoles en estas mismas páginas.

Pero Holanda satisfecha de su neutralidad, adopta el gesto de una bella solicitada que sabe mantener la paz de su corazón, y sonríe tranquila, expidiendo más allá de sus fronteras las cajas de proyectiles.

Acaso algunos de estos proyectiles, nacidos del mismo metal y rellenos por las mismas manos se encontrarán en el aire, empujados por distintas ansias homicidas...

«¿Y para esto fuimos creados?», podrían preguntarse al sentirse húmedos de sangre caliente ó manchados de algo que un segundo antes era el pensamiento de un cráneo.

Para eso y para enriquecer á la nación que supo ser neutral, verdaderamente neutral...

Para eso y para enriquecer á la nación que supo ser neutral, verdaderamente neutral...

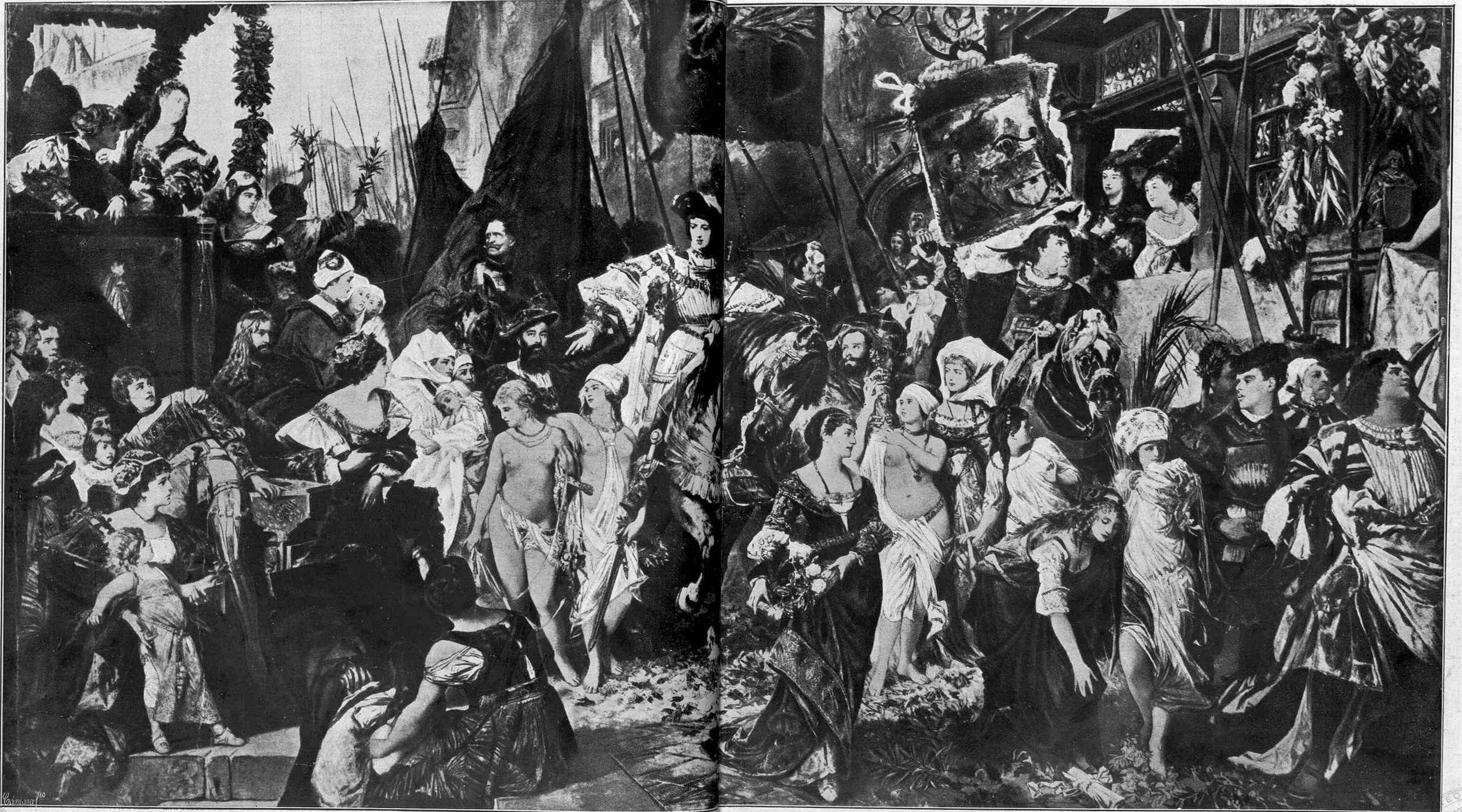


Proyectiles fabricados, dispuestos para recibir la carga

FOTS. PARRONDO

Luis F. HEREDIA

BIEN DE MADRID



ENTRADA DE CARLOS V EN AMBERES, célebre cuadro de Hans Makart

La guerra actual, la contemporánea invasión de Flandes, que, fuerza es confesarlo, carece de la grandeza que tuvieron las conquistas de España en el siglo XVI, da carácter de actualidad á este magnífico cuadro, que, como se ve, está lleno de sueltos y de jugosidades venecianas y los romanticismos de concepto caballeresco, que influyen sobre el arte y la literatura de la raza germánica) hay algo que decidió afirmativamente el éxito: los desnudos admirabilísimos que Hans Makart colocó basándose en el relato de Cornelio Grafeus y en el "Diario de un viaje en los Países Bajos", de Alberto Dürero. Sobre todo este último, que figuró en el cortejo y figuró el cuadro, con su rostro de Cristo rubio, habla de "las diosas que siendo pintor contempló sin escrúpulo, y que iban casi desnudas, pues tan sólo las cubría una muy ligera gasa de muchísima transparencia"

BIENHECHOS

E.O.D. BIBLIOTECA MADRID

EL AGUA, LOS DIOS Y LOS HOMBRES



“Moisés sacado de las aguas del Nilo”, cuadro de la escuela italiana, por Tintoretto

La rutina quiere que se hable de baños solamente en estío.

Esta rutina hállese tan arraigada, no ya en el vulgo, pero también en clases de alguna cultura y de algún aseo corporal, que yo recuerdo haber oído al director de una revista, cuando le propusieron un artículo acerca del baño, en pleno invierno, contestar: «Hombre, ahora no me parece oportuno. Es un tema que en invierno da frío.» Y eso que él se bañaba en la época del calor, lo mismo que en la invernal.

Por odio á esa rutina, pensé titular artículo de verano, esta crónica, que debía ser de todo tiempo, de perenne actualidad. El baño debía ser, no una necesidad estival para muchos españoles y un lujo para la inmensa mayoría, sino una necesidad de diaria é imprescindible satisfacción.

Cuando el genio portentoso de Joaquín Costa señaló la salvación de España en la despena y en la escuela, se quedó corto: debió añadir el baño. Con sólo la despena no puede adquirir perfecto vigor el cuerpo y en un cuerpo endeble, poco vigoroso puede ser el espíritu. Cursi es repetirlo por viejo, pero hay que recordar el antiguo aforismo *mens sana in corpore sano*.

Ya los griegos, maestros en el arte de crear divinidades, porque las hacían más humanas que divinas, como si supieran que para ser perfecto algo debe tener hasta imperfecciones, y que viéndolas en lo alto había de serlas más fácil comprenderlas aquí abajo y comprendiéndolas tolerarlas — que la tolerancia fué siempre patrimonio de los

espíritus de selección y sinónimo de elegante y á elegancia nadie ha ganado á Grecia—y así se ha llamado Humanidades al estudio de aquellos clásicos; ya los griegos, repito, atribuyeron al baño grandes virtudes y les pusieron sus dioses benéficos.

Así se atribuyó á Hércules la invención de los baños calientes, y le consagraron, en muchos

lugares de la antigua Grecia, los edificios en que los baños se instalaban. Y véase el símbolo, Hércules representa el vigor físico. En las monedas de Thermo ó Therma, estación fundada por los cartagineses en Sicilia, se ve en el anverso la cabeza de Hércules, en el reverso, las ninfas, que por complacer á Minerva, hicieron brotar el manantial destinado á reparar las fuerzas del héroe por ella protegido. De las leyendas que atribuyen á Minerva, según Ateneo, y á Vulcano, según otros poetas, el haber hecho correr en las Thermopilas, á orillas del mar, los manantiales sulfurosos en que el dios del vigor físico reparó sus fuerzas, viene el llamar á muchas aguas termales baños de Hércules.

Ovidio ha presentado á Diana, de regreso de sus largas cacerías, invitando á sus ninfas á bañarse con ella. El baño era para ella una voluptuosidad; no temía el enfriamiento, que algunos creen aún tan funesto y tan seguro, cuando el baño frío se toma después de un ejercicio violento.

Bajo el velo de ingeniosas ficciones encubría, al par que consagraba, Grecia la utilidad de los baños; el toro de Europa, el cisne de Leda, revelan á los hombres que el agua es la madre de la fecundidad. Venus, lanzándose al seno del mar y mandando á las olas ó librándose bajo la forma de pez, de los atentados de Typhon, enseñan á las mujeres que deben sumergirse con frecuencia en el agua, si aspiran al cetro de la belleza.

En todas las épocas, por muy lejos que pueda remontarse la investigación de lo pasado, se ve que los hombres supieron



“El baño de Diana”, cuadro de la escuela flamenga, por Jacob Jordaens

siempre que el cuidado del cuerpo proporcionaba bienestar y salud.

Dos episodios bíblicos atestiguan también estas prácticas: Viendo David desde una ventana á Bethsabé tomar el baño, se enamoró de ella. En el baño fué sorprendida Susana, por los viejos libidinosos.

De todos los pueblos de la antigüedad, los egipcios parecen haber sido los más cuidadosos de la higiene. Entre ellos eran obligatorias las abluciones. Los sacerdotes debían lavarse tres veces al día y dos por la noche. Después de los babilonios, los egipcios fueron los hombres más sanos. El baño era para ellos una práctica habitual.

En todo Asia se hallaron los vestigios de los primeros establecimientos públicos de baños. El lujo estaba muy desarrollado. Plutarco recuerda que Alejandro Magno, después de derrotar á Dario, entró en los baños del rey de los persas y examinó, asombrado, la conducción de las aguas, los vasos, los perfumes y los metales preciosos.

Los naturales de Etiopía se bañaban en ciertas fuentes, de cuyas aguas esperaban larga vida y exenta de enfermedades.

Otra leyenda quiere que fuera bañándose, cuando la hija de Faraón descubrió en las aguas del Nilo, el niño que había de hacer célebre el nombre de Moisés.

Moisés, que no sólo fué un gran legislador, pero también un gran higienista, se sirvió de la religión al prescribir reglas higiénicas, para que fuesen acatadas sin resistencia. Las convirtió en prácticas religiosas.

La costumbre del baño mensual femenino, en el séptimo día de los que menos pulcra va la mujer, perdura todavía en el bajo pueblo judío; hoy, pero degenerado en una repugnante ceremonia, una cuestión de forma, pues el agua de la piscina está corrompida y es nauseabunda.

Bajo la dominación romana, los judíos, á imitación de sus contemporáneos, construyeron termas en sus ciudades. Las de Tiberiades eran las más frecuentadas; la Fuente de Bethesda (casa de Beneficencia), pasaba por curar toda clase de enfermedades. Era algo así como actualmente Lourdes. Ciegos, cojos, paralíticos, acudían allí con la esperanza de librarse de sus males, pero era condición esencial sumergirse en el líquido elemento cuando hirviese «porque un ángel del Señor descendía en aquellos momentos á la piscina y removía el agua».

Se ve en esto el carácter sagrado que se daba á las abluciones por todos los pueblos orientales, los hebreos como los egipcios y los indos.

Manú, al igual que Zoroastro, Moisés y Mahoma, apoya todo su sistema religioso en la purificación por el agua. Al Brahman que se apresta á franquear el primer grado de ascetismo, Manú le exige, entre otras cosas, bañarse dos veces por día. En ningún sitio como en la India se ha hecho tan gran uso de los baños.

Las leyes de Manú prescriben el enjuagatorio



“El rapto de Europa”, cuadro de la escuela holandesa, por Erasmus Quellin

frecuente de la boca, asperjear con agua la cara, el pecho y la cabeza. Un novicio «debe bañarse cada día antes de ofrecer las libaciones á los dioses, á los sabios y á los manes.» El Dvidja novicio que ha tenido un sueño erótico, debe bañarse, adorar el sol, etc. El brahman no debe bañarse desnudo, ni antes de las comidas, ni estando enfermo, ni en medio de la noche, ni con sus vestiduras, ni en un estanque desconocido.

Prohíbe bañarse en el estanque donde se halla bañado otro, porque, de bañarse, se corre peligro de contaminarse de los pecados del anterior bañista que cruzó por aquellas aguas.

Hasta los Scitas tenían sus baños de vapor, que á tanto equivalían sus fumigaciones.

Mahoma prescribe á sus fieles muchas abluciones por día antes de entrar en el templo, como lo hacían los romanos, á quienes tampoco les era permitido penetrar en el templo sin antes haberse bañado, aunque hubiesen hecho las abluciones ordinarias. Es verdad que los romanos llevaban su pulcritud á tal extremo que hasta había esclavos llamados *aquarioli*, los cuales, entre otras

obligaciones, tenían las de lavar á las mujeres públicas, después de ejercer su comercio, y á los que en sus placeres contravenían los mandatos de la Naturaleza.

Las tres abluciones recomendadas por el Profeta, eran la grande, que alcanzaba á todo el cuerpo y era en realidad un baño; la pequeña, sólo para las extremidades y la cara y que debía hacerse cinco veces, ó sea antes de las cinco oraciones diarias del Islam, y la tercera, de arena ó de tierra, en viaje, cuando se careciera de agua.

Mahoma fué el precursor de la hidroterapia. El Profeta prefería sobre todas las aguas la de lluvia; después, á la que corría hacia el Este y al aire libre; en seguida á la que corre hacia el Norte, si bien la creía inferior en potabilidad á las precedentes.

El agua que corre sobre el *limón* es superior á la que corre sobre gujarros, y es tanto mejor cuanto de cumbres más elevadas descienda, y sea límpida, ligera, inodora é insípida, que esté lejos de su manantial y que corra en abundancia.

No bebía sino agua. Aconsejaba el agua fría para calmar la fiebre, «ese fuego del infierno». Cuando se veía atacado por ella se hacía verter en la cabeza y en las espaldas, hasta siete odres de agua, aquellas grandes odres que en su tiempo no medían menos de medio hectolitro. A veces le añadía vinagre ó hielo.

La desaparición progresiva de la lepra entre los musulmanes, no reconoció otra causa que las abluciones y las nociones.

Los preceptos higiénicos de Mahoma ejercieron una beneficiosa influencia indiscutible entre los musulmanes. Y si éstos pararon en lo que son hoy, fué por haberlos descuidado; porque tras el desaseo vinieron vicios que Jehová ya había castigado en el valle de Pentápolis...

¿Y el cristianismo?... Por falta de espacio, no obstante ser muy poco lo que había de decir, hago aquí punto...

¿Y en España hoy? Asusta leer el Avance del Inventario de Aguas potables, publicado por la Dirección general de Agricultura, Minas y Montes.

Según el informe de la Inspección de Sanidad del Campo, 1.599 pueblos, es decir, más de la novena parte de los de España, tienen insuficiente cantidad de agua; 49 carecen de ella, y de los que la tienen, es de salubridad dudosa en 4.932, y francamente insalubre en 2.872.

No hay que preguntar si en estos pueblos se bañará la gente.

Esto representa para España un perjuicio anual de 38.608.000 pesetas...

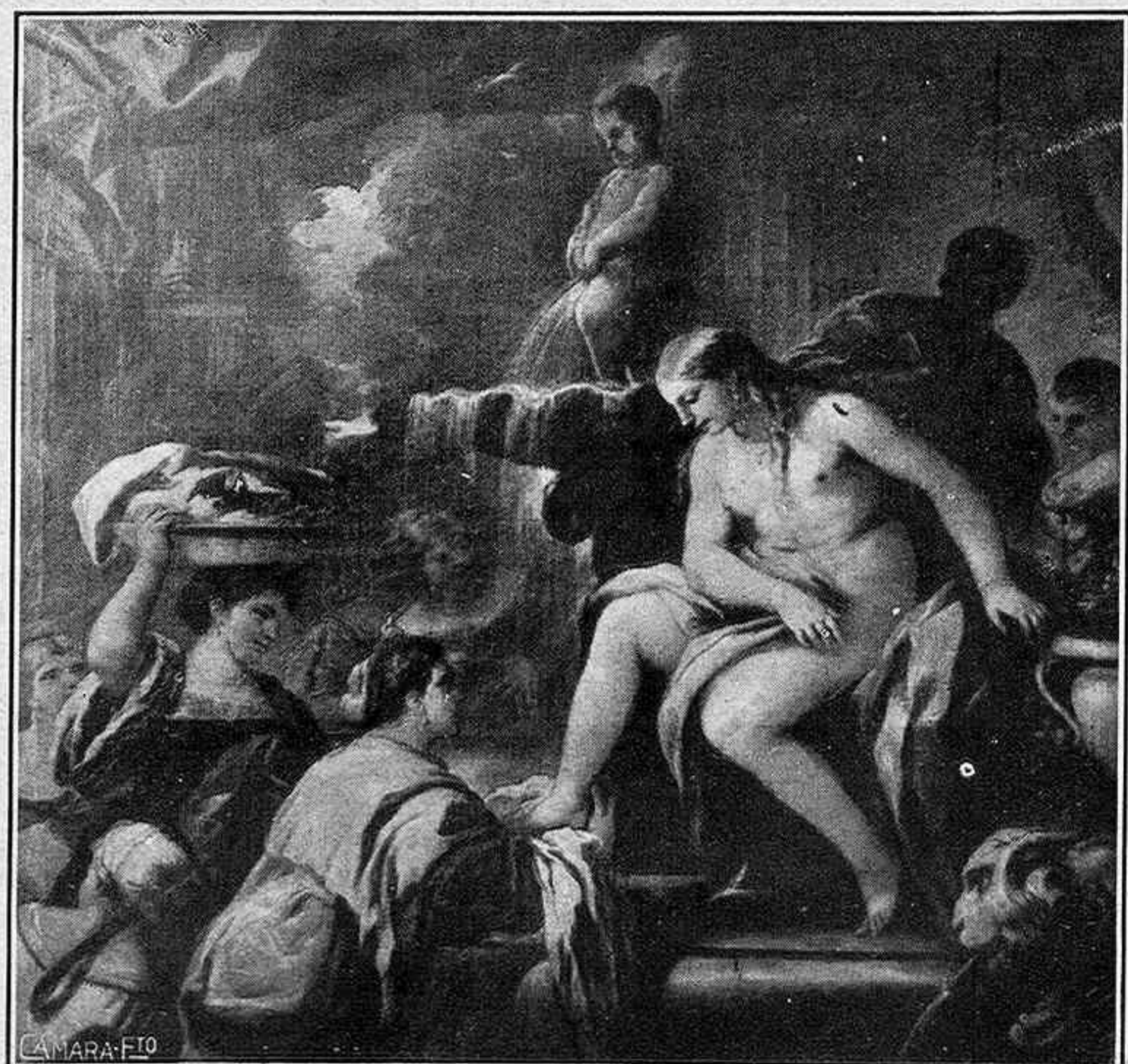
Hermana agua, decía el buen Francisco de Asís. Hay que llamarla más amorosamente: madre agua, como en la jerga siciliana se dice padre al sol, el padre de los desnudos... Y enseñar en todas las escuelas españolas esta oración:

¡Padre sol! ¡Madre agua! ¡Benditos seáis; que sois la salud!..

E. GONZÁLEZ FIOLE



“Susana y los jueces”, cuadro de la escuela italiana, por Veronés



“Bethsabé en el baño”, cuadro de la escuela italiana, por Luca Giordano

Todas estas hermosas pinturas se conservan en el Museo del Prado



DE LA PRUSIA PINTORESCA



LA CASA AYUNTAMIENTO DE SARREBRUCK



DIBUJO DE BRUNET

LA ESFERA
PÁGINAS POÉTICAS



TITIRITERO...

¿Dónde vamos, alma mía,
siempre andando?
¿Dónde vamos caminando
noche y día?

Si yo cruzo la existencia
tristemente, tristemente,
la duda bajo mi frente,
sin una fe en la conciencia.

Si no comprendo este mundo
tan pequeño,
sí, cual la de Segismundo,
también mi vida es un sueño...

Soñando siempre, soñando
con cosas que nunca vivo,
sin saber por qué motivo
siempre vivo caminando...

Dime cuando
podré detenerme y dónde...
—Y mi alma sólo responde:
«¡Sigue andando! ¡Sigue andando!»

«No detengas tu camino,
marcha por ese sendero
que te marcó tu destino...
¡Tú eres sólo un peregrino
titiritero!»

Estoy sediento de amor,
aunque, en no lejanos años,
mataron los desengaños
mis ilusiones en flor.

De amores estoy sediento,
no sé si son añoranzas
ó es que aún quedan esperanzas
en mi triste pensamiento.

Deseo curar mi mal
y el amor quiero beber...
Los labios de una mujer
me ofrecen su maná:ial.

¡Alma mía, la alegría
llena mi pecho anhelante!
—Y, al detenerme un instante
gritar oigo al alma mía

mientras me arrastra al camino:
«¡Sigue andando en el sendero!
¡Sigue siempre, peregrino
titiritero!»

Aquella senda que arranca
de esta otra senda que piso
porque el destino lo quiso...
Aquella senda tan blanca,

lleva á espléndidos vergeles
donde las palmas dan sombra,
donde se extiende una alfombra
de mirtos y de laureles

y de flores que deslfn
perfumes de maravilla...
¿No ves un rubí que brilla?
Son dos labios que sonríen.

Es una diosa ilusoria,
que mi ambición busca y ama...
¿No escuchas cómo me llama?
Pues esa diosa es la gloria.

Deja que llegue hasta donde
su bello cuerpo aparece
mientras sus besos me ofrece...
—Y, el alma mía, responde
desde mi eterno camino:
«¡Sigue andando en tu sendero!
¡Sigue siempre, peregrino
titiritero!»

Pues déjame descansar
que ya no puede seguir,
déjame un poco dormir,
ya volveré á despertar...

Ya seguiré andando luego,
¿dónde conducirme intentas?
¡Que voy caminando á tientas
como si estuviese ciego!

¿Dónde vamos, alma mía?
¿Dónde vamos?
Dime, ¿por qué caminamos
noche y día?

Dime, ¿dónde estás dispuesta
á que se acabe el camino?
—Y mi alma sólo contesta:
«Sigue andando en el sendero...»
¡Sigue siempre, peregrino
titiritero!»

Que es muy doloroso advierte
tan inútil caminar...
Déjame, pues, descansar
en los brazos de la muerte...

¿Ves esa zanja sombría,
solitaria y pavorosa?
Esa zanja es una fosa,
que bien puede ser la mía.

Junto á ella me está mirando
la diosa, pálida y hucca...
¿No ves que su mano seca
la fosa está señalando?

¿No oyes que un acero araña,
mientras su ojo sin pupila
en mí se clava? Es que afila
cruelmente su guadaña.

Mi existencia es un infierno,
caminar no me divierte...
¡En los brazos de la muerte
me espera el descanso eterno!

—Ahora me grita el destino,
señalando mi sendero:
«Sigue siempre tu camino...
¡Sigue siempre, peregrino
titiritero!»

Y yo sigo caminando,
caminando sin saber
donde voy;
sigo eternamente andando
y es el camino de ayer
el de hoy.

Van quedando
detrás de mí, en el camino,
la hembra de rostro divino,
la bella diosa ilusoria
que me pareció la gloria
y el rostro pálido, inerte
de la muerte.

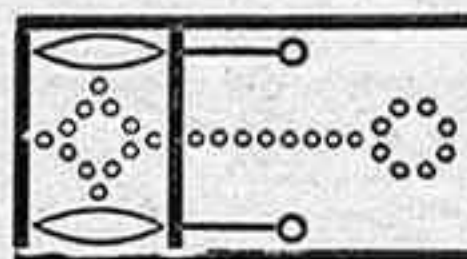
Las tres me están contemplando,
como ven que voy llorando,
que de andar me desespero,
las tres rien exclamando:
«¡Titiritero...!»

Y el eco que me persigue
de mí rie en el sendero
y, á gritos, diciendo sigue:
«¡Titiritero!... ¡Titiritero!... ¡Titiritero!»

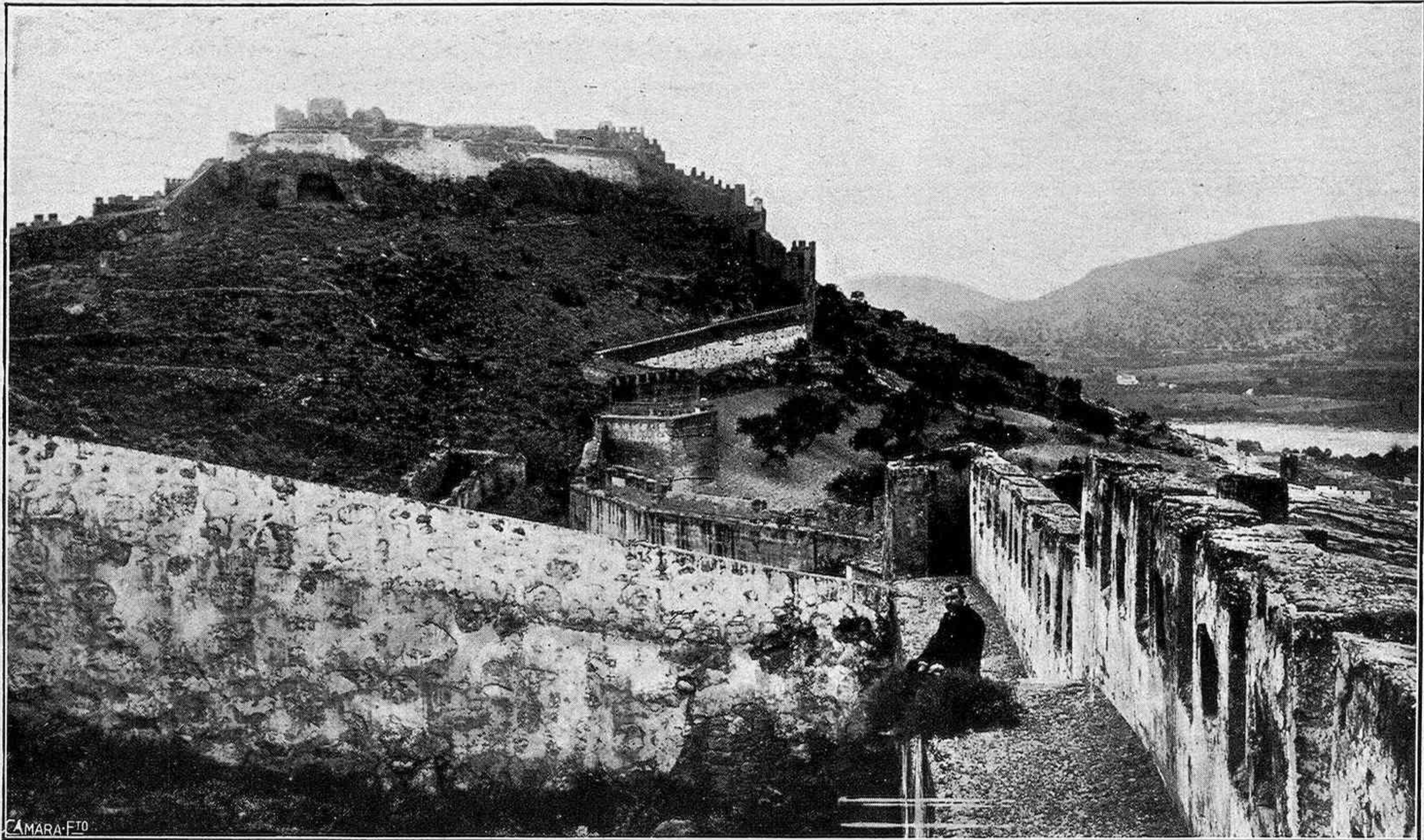
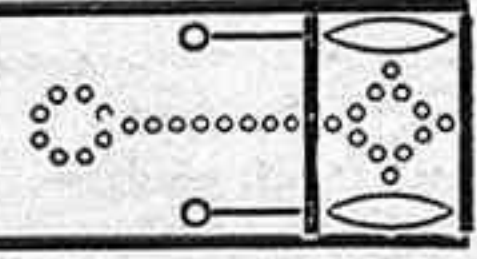
JOAQUÍN DICENTA (HIJO)

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS

=Varela de Seijas=



LA EPOPEYA DE SAGUNTO



Vista del castillo de Sagunto

La leyenda y la historia se confunden para formar la epopeya de Sagunto, de estirpe tan preclara que mereció en la antigüedad, por su sitio heroico, figurar como la más famosa, después de Troya.

La página escrita por los saguntinos, doscientos diecinueve años antes de la Era cristiana, ha venido perdurando milenariamente como ejemplo de abnegación sublime, de admirable amor á la patria.

Sagunto goza los honores de la inmortalidad, y si el gran Homero pulsó su lira para cantar las desdichas de Troya, Tito Livio, padre y maestro de los historiadores romanos, cinceloó con su pluma de oro las de la ciudad saguntina.

Ante los restos, aún de pie, de las construcciones ciclópeas de Sagunto, evocamos el asedio y destrucción de aquel gran pueblo.

Cuando Tito Livio y Polihio—á quienes, siguiendo la huella de cuantos se han ocupado del sitio de Sagunto, habremos de acompañar en este ligero trabajo—comienzan la historia de esta hazaña perdurable, nos describen lo que era y representaba Sagunto en aquellos tiempos.

La ciudad que fundara Hércules con el nombre de su compañero Zacinto, perdido en aquel mismo punto al atravesar España, y queriendo, con su consagración, personificar á las razas viajeras, era á la sazón una colonia floreciente, á la que habían impreso su genio y su cultura fenicios, griegos y latinos, navegantes, portadores de las civilizaciones que florecieron en Egipto y en Fenicia, primero, y en Grecia y Roma, más tarde.

Rica y dichosa, la república saguntina extendía, desde el

montículo en que asentaba su sede, su radio territorial por un llano de algunos kilómetros, y en su puerto, rival de Ampurias y de Marsella, formado por tres lagos que se comunicaban por un canal, balanceábanse las naves de las colonias mediterráneas con quienes sostenía el intercambio de productos.

Mercaderes asiáticos y africanos pululaban por su recinto para expender el marfil, las plumas de avestruz, las especias, los perfumes y los joyeles que los senadores y demás acaudalados saguntinos adquirían.

Sus fábricas de cerámica gozaban de fama universal, y sus vasijas de arcilla, de elegante y exquisita elaboración, eran consideradas como adorno indispensable en las moradas de los fastuosos patricios romanos. Los poetas de Lacio, en sus cantos, loaron los vasos saguntinos.

Y si sus productos industriales, su espíritu comercial, su riqueza y su fastuosidad, merecieron los honores del poema, también los lograron sus vergeles, de variados tonos de verdor, perfumados por naranjos y limoneros en eflorrescencia, embellecidos por jugosas higueras de Asia y orgullosos por sus palmeras de delgado mastil y espléndido penacho.

ooo

Eran los tiempos del viejo romance castellano.

«Libre España, feliz é independiente.
Se abrió al cartaginés incautamente.»

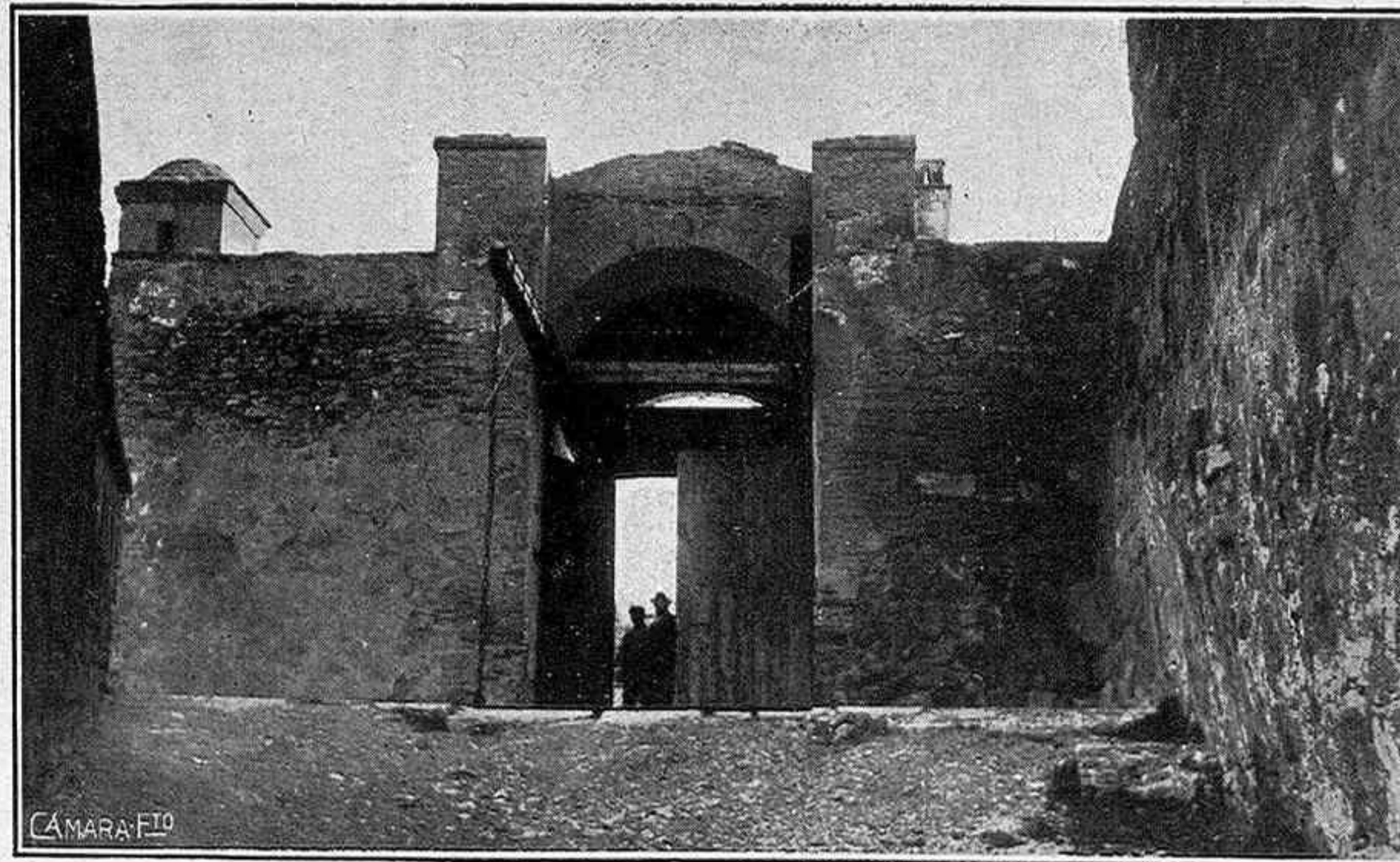
Los antagonismos entre Roma y Cartago, repúblicas ambas prepotentes y que aspiraban al dominio del mar Mediterráneo, que las bañaba, habíanse acentuado, y en recientes combates los romanos habían derrotado á los cartagineses, naciéndoles perder Sicilia.

Cartago acalló su odio, disimuló su intención y preparó sus armas contra Roma, escogiendo á España como punto de partida para el ataque á su rival.

El Senado cartaginés envió á España á Amílcar con un fuerte ejército, y dicho general conquistó buena parte de la península, en nueve años de lucha, sin otra derrota que la acaecida en Illici (Elche), donde pereció, con lo más florido de sus huestes.

Amílcar respetó á Sagunto, aliada de Roma, é igual proceder observó Asdrúbal, su sucesor, también muerto prematuramente, después de fundar Cartagena como asiento y gobierno de las provincias españolas sometidas.

El Senado y el Ejército dieron luego el mando supremo de las tropas de Cartago á Aníbal, arrogante, esforzado



Puerta de entrada al castillo





Una de las calles de Sagunto, que da acceso al castiño



Ruinas del anfiteatro, lápidas conmemorativas y estatua de Diana

y hábil general. Era Aníbal ambicioso, y el afán de conquistar laureles no se detenía ante la santidad de los juramentos, ni frente a la fe de los convenios.

Odiaba á Roma y soñaba con abatir su orgullo y poderío, y así quiso adueñarse de toda la España interior, y, una vez logrado su intento, arrojó la máscara del disimulo y llevó sus tropas frente á Sagunto, para herir á Roma con el ataque á su gran aliada.

Un fútil motivo de fronteras le sirvió de pretexto para declarar la guerra, y, desoyendo las reclamaciones de Sagunto, por tierra y por mar llevó frente á sus muros 150.000 soldados, ejército de los más formidables en aquellos tiempos y el mejor dotado en máquinas é ingenios de guerra.

Pidieron los saguntinos auxilio á Roma, su aliada, pero en vez de soldados recibieron embajadores cerca de Aníbal, que no les hizo caso alguno.

Apretó el cerco el cartaginés; arietes y catapultas hicieron caer unas murallas y abrieron brechas en otras, mas los saguntinos levantaron nuevas murallas y opusieron, en los abiertos huecos, sus pechos como broquel.

Frecuentes salidas de los sitiados causaban grandes estragos en el ejército cartaginés, y una de las veces, el propio Aníbal hubo de caer herido en el campo de batalla.

Este accidente impulsó una tregua que los saguntinos aprovecharon para apremiar á Roma en su demanda de socorro. El Senado Romano envió á Aníbal legados que no fueron recibidos y se reanudó con mayor furor el cerco.

Duró ocho meses el asedio, y los días y las horas fueron testigos del valor heroico de los saguntinos, que, reducidos en sus recintos, fueron poco á poco refugiándose en sus más altos baluartes.

Consumidos todos sus víveres, llegaron hasta comer el cuero de sus adargas, y ya al fin pidieron al cartaginés condiciones para entregar la plaza.

Loco de furor Aníbal, les impuso tan dura ley de capitulación, que los saguntinos, indignados, prefirieron, los aún fuertes, morir matando, y los débiles, perecer en la hoguera ó por su propia mano.

La noche última hicieron, los que estaban vigorosos, una salida desesperada, y perecieron todos matando cartagineses.

Los que en la plaza quedaron, encendieron frente al foro hogueras, y, después de arrojar á ellas sus joyas y tesoros, se lanzaron ellos mismos á las llamas; las mujeres dieron muerte á sus hijos y se atravesaron el pecho con los aceros parricidas.

Cuando el vencedor Aníbal entró en Sagunto, sólo halló, al paso de su caballo, cadáveres, escombros y cenizas.

Este—dice Lafuente—fué el primer ejemplo de

aquella fiera indomable que habrá de distinguir al pueblo español.

ooo

Más tarde, los hermanos Scipión arrojaron á los cartagineses de Sagunto, devolviendo la ciudad á sus dueños.

Entonces comienza el Sagunto romano, del que quedan breves y esparcidos vestigios; sólo el teatro ha resistido al tiempo y á los hombres. Obra, mitad de la naturaleza y del arte, ofrece aún muros colosales, arcos encorvados y rotos, y, en medio, vése el amplio hemiciclo, cuyas gradas forman la escalinata y suben hasta las galerías superiores del pórtico.

Allí, los actores, cubierta la faz con las máscaras que ahuecaban la voz, y calzados con el coturno que aumentaba su estatura, representaban las comedias de Plauto y Terencio y las tragedias de Sófocles y Esquilo.

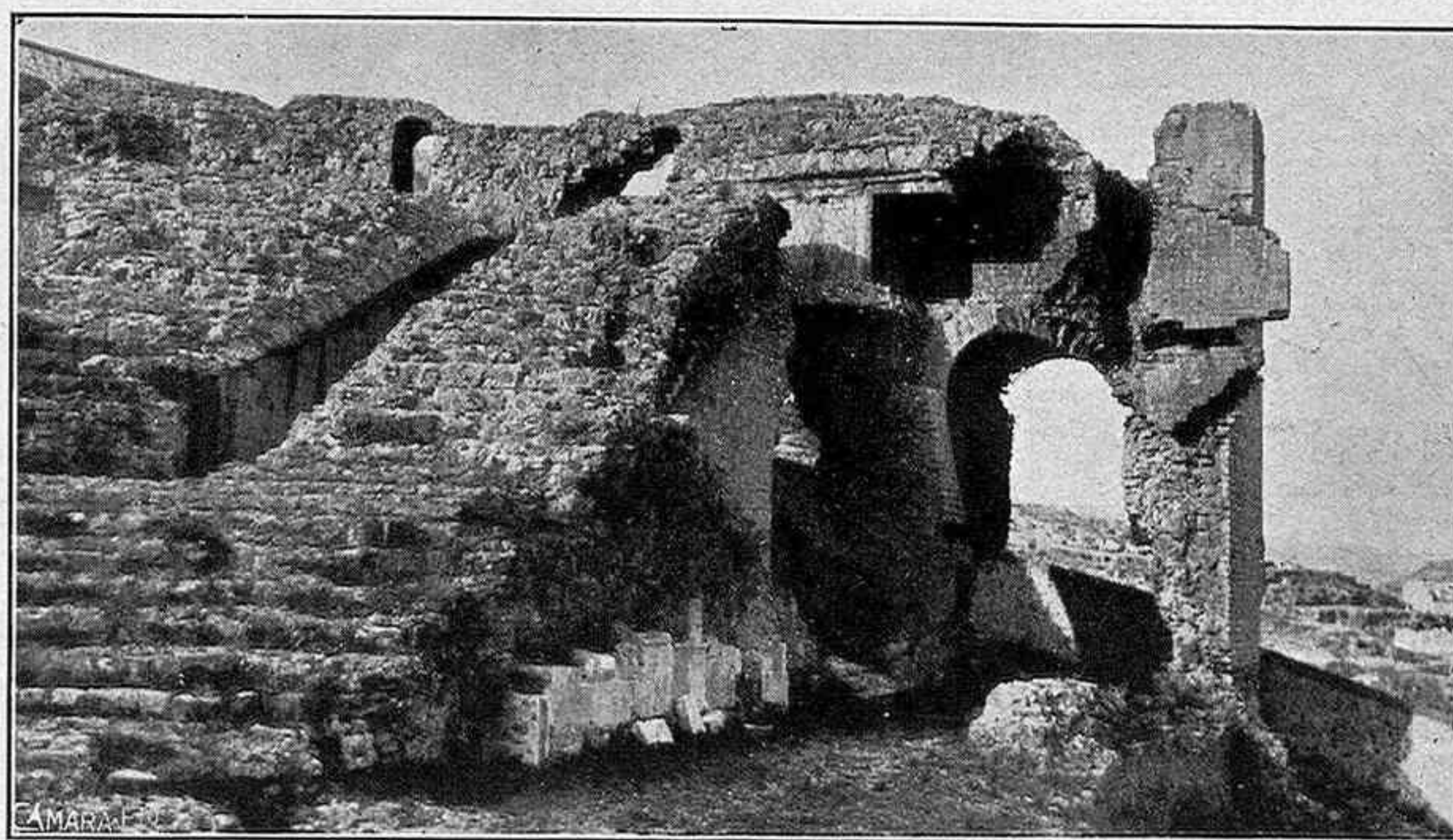
Aquellas construcciones ofrecen hoy aspecto desolado; no existen allí estatuas, inscripciones,

columnas ni bajorelieves. Únicamente han sido adosadas á los muros algunas lápidas de carácter ibérico unas, y latinas otras.

La más importante dice así: «A Publio Scipión, cónsul y emperador, por la restauración de Sagunto en la segunda guerra púnica, según decreto del Senado.»

Los demás restos del Sagunto romano yacen sepultados en la inmensa planicie que ocupaba la ciudad, y surgen aún, para evocar su grandeza perdida, pavimentos deshechos, estatuas mutiladas, vasijas, armas, monedas, cuando la piqueta abre cimientos, la azada y el arado trabajan campos y la ingeniería crea caminos y canales.

Del gran circo romano sólo perdura un muro del hemiciclo junto al río Palancia.



Vista parcial del anfiteatro romano

FOTS. GÓMEZ DURAN

J. JORGE VINAIXA

DE LA ESPAÑA HISTÓRICA



Un detalle de las ruinas del anfiteatro romano de Sagunto

FOT. GÓMEZ DURÁN



Gómez Durán

LA ESFERA

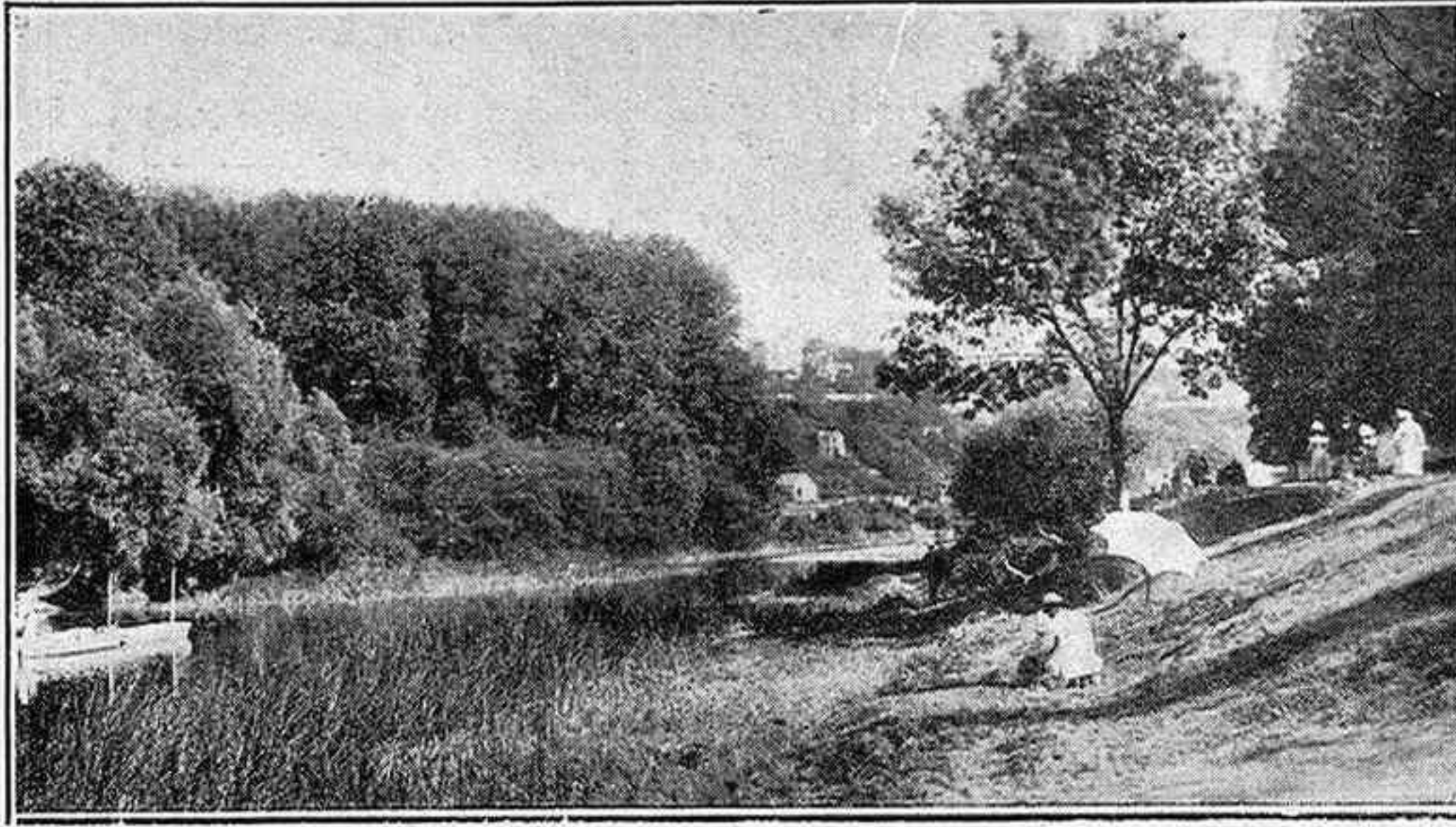
DE LA VIDA VERANIEGA



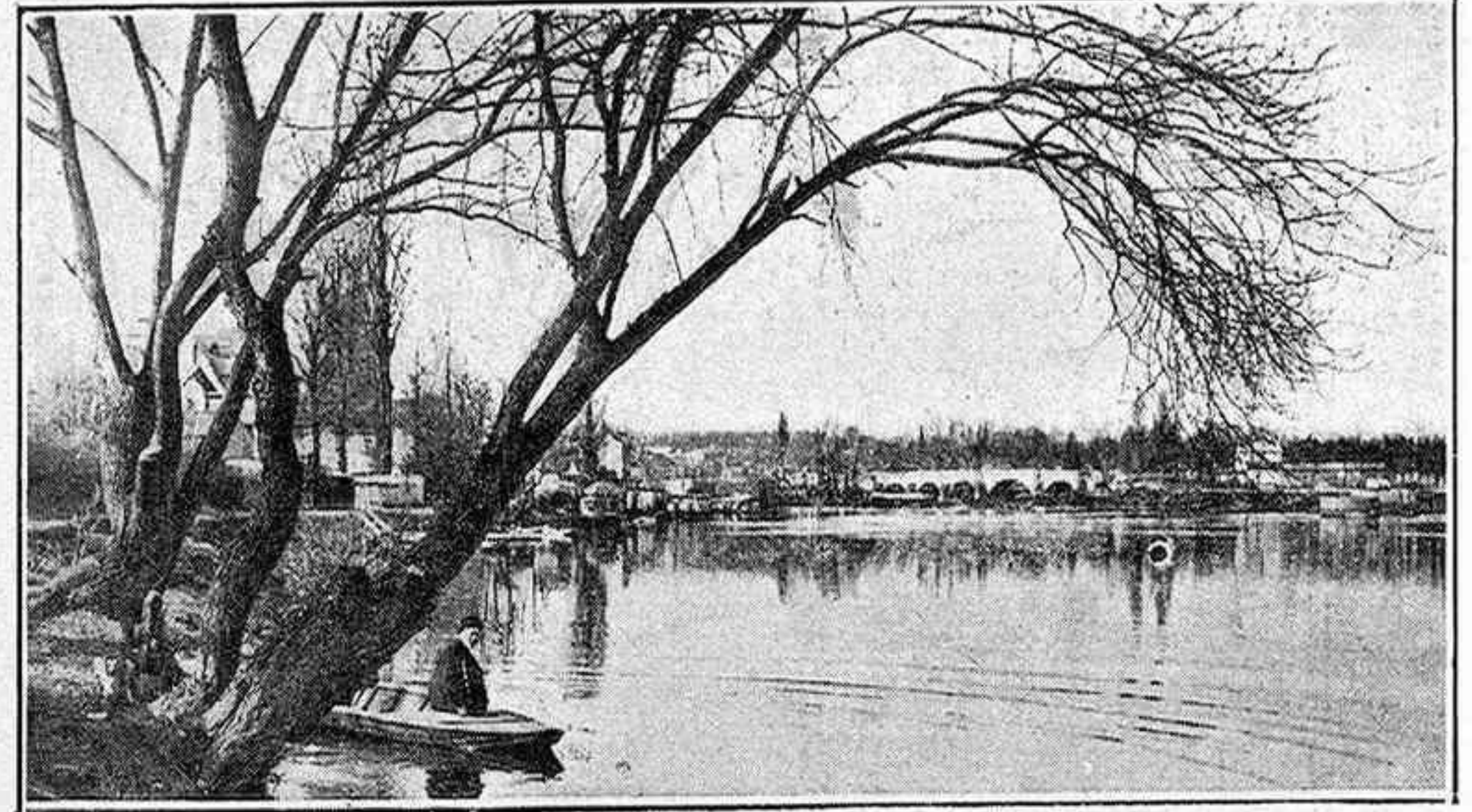
ENCUENTRO INESPERADO, por J. Medina Vera



UN RÍO GLORIOSO
LAS BELLEZAS DEL MARNE



Ribera derecha del Marne, de Champigny á La Varenne

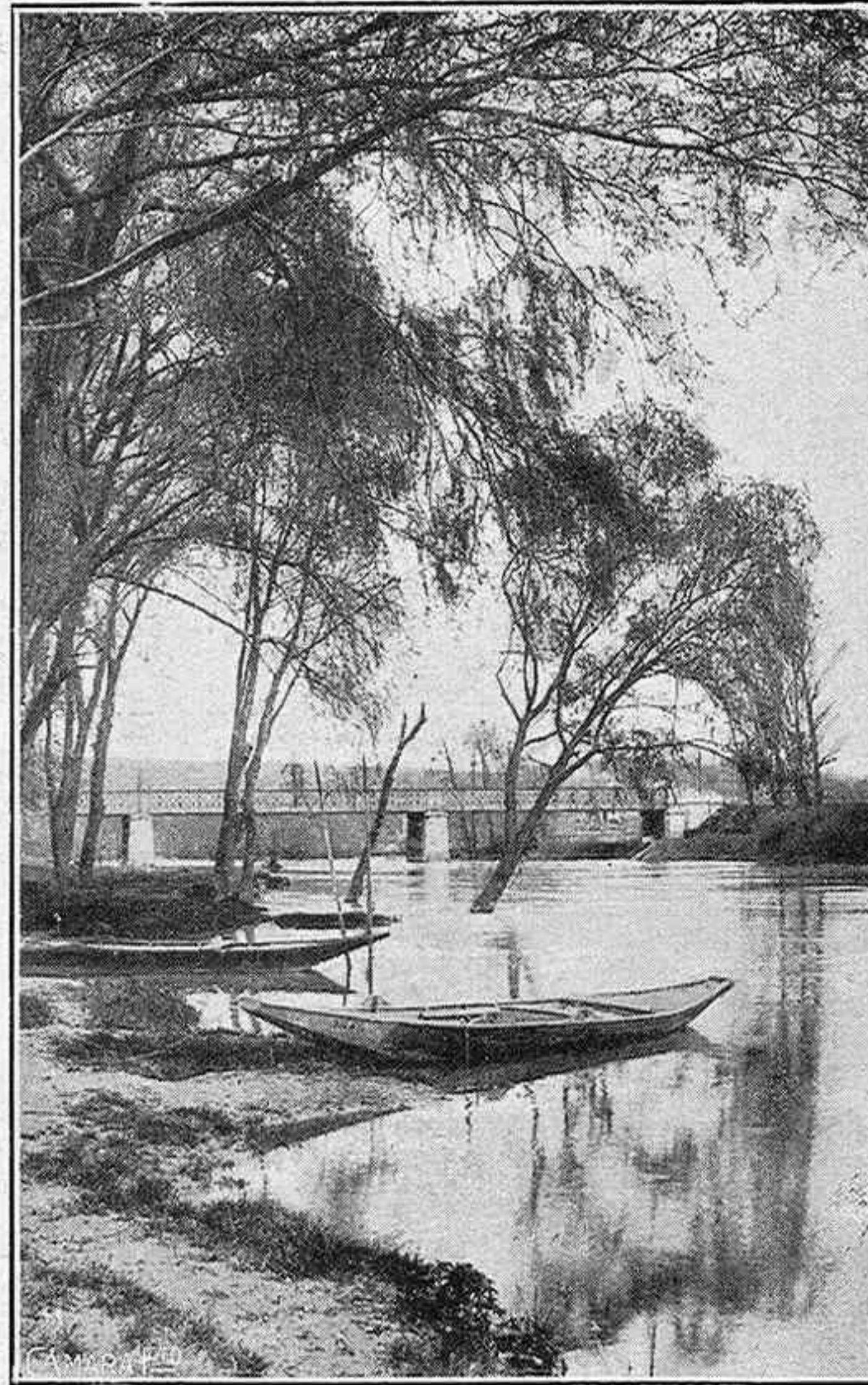


Vista del Marne, entre Joinville y Champigny

FUERA de Francia, salvo los geógrafos, salvo los estudiantes de bachillerato que tenían que aprobar aquel año la Geografía, salvo algún que otro lector de novelas bucólicas francesas, eran muy pocas, muy contadas las personas que tenían noticias de la existencia del Marne. Es un río modesto, de segundo ó tercer orden, que, además, no tenía el honor de cruzar ninguna gran capital... Epernay, Meaux, Vitry, Langres, etc., etc., encantadores pueblos, de vida placentera y apacible, verdaderos nervios y músculos de la Francia, pero que no sonaban en los oídos extranjeros.

Otros ríos de más relumbrón, el Sena, el Ródano, el Garona, con sus amplios cauces, con sus muelles en las grandes ciudades que atraviesan, con sus soberbias repercusiones en la literatura, se llevaban toda la fama y todo el prestigio del régimen hidráulico francés.

El Marne, sin embargo, tenía en Francia adoradores, como si su mansa corriente fuese un dios mitológico; tenía aficionados, entre la múltiple burguesía parisién, que esperaban ansiosos la llegada del día de fiesta para huir de la urbe populosa y refugiarse en las frondas poéticas de aquellas orillas y sestar en ellas, escuchando el rumoroso deslizarse de sus aguas; tenía partidarios fanáticos entre los pescadores de caña, que conocían bien los remansos donde las truchas y los barbos se guarecían en bandadas... Finalmente, los enamorados románticos é idealistas de París, de la *banlieu* y de cincuenta pueblos hacia Suiza, creían que no había escenario en todo el mundo para dejarse acometer por Cupido alevoso, como aquellos bosquecillos que en una y otra orilla van festoneando el Marne de sombra y de misterio... Ni Venecia en una noche de luna... Una humilde canoa, con honores de piragua civilizada ó de góndola primitiva, dejada al azar leve de la corriente, era un templo de amor que hubiese envidiado Cleopatra cuando avanzaba con sus naves en busca de Antonio... En las orillas se escuchaba *el rumor de besos y batir de alas*, que adivinara mágicamente el poeta español, y en cada bosquejo, en cada umbría, se creía entrever á Dafne y Cloe balbuceando torpemente las



Un aspecto del río entre Joinville y Champigny

primeras palabras amorosas y escondiéndose, avergonzados de las miradas profanas.

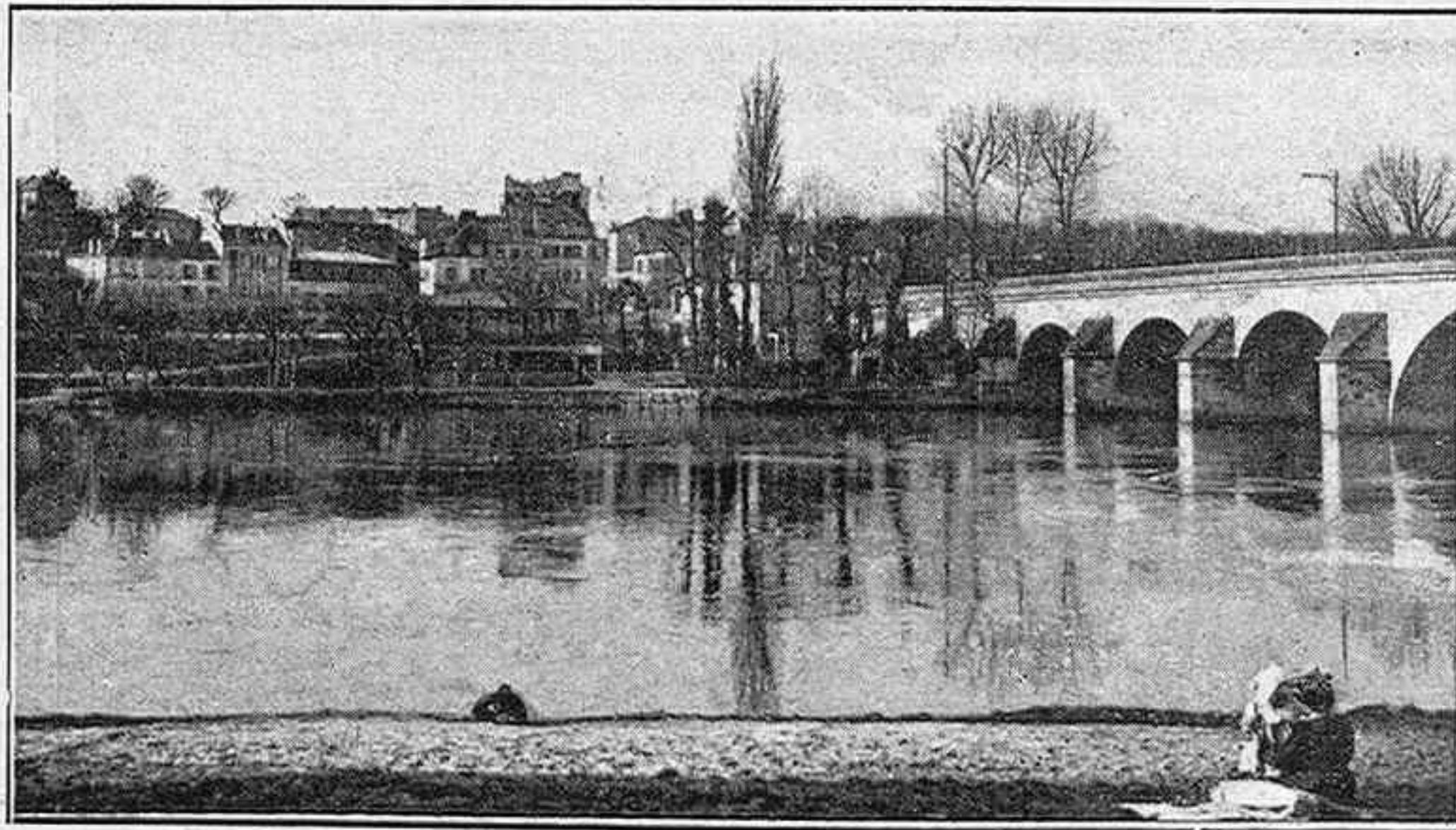
Entre tantos amadores del Marne, ninguno creía que aquel río, todo poesía, todo dulcumbre, fuese una formidable posición estratégica; nadie había adivinado su valor militar. Se creía posible dedicarlo á Venus y á Ceres; nadie había imaginado que eran Marte y Vulcano y Hércules los dioses que habitaban sus frondas.

Veinte veces, cien veces ó más aún, los literatos regionales y locales lo habían comparado á Leteo, el río del olvido, y habían dicho que en sus márgenes resucitaba la Arcadia helena. Nadie se atrevió á predecir que aquellas eran las Termópilas de estos tiempos.

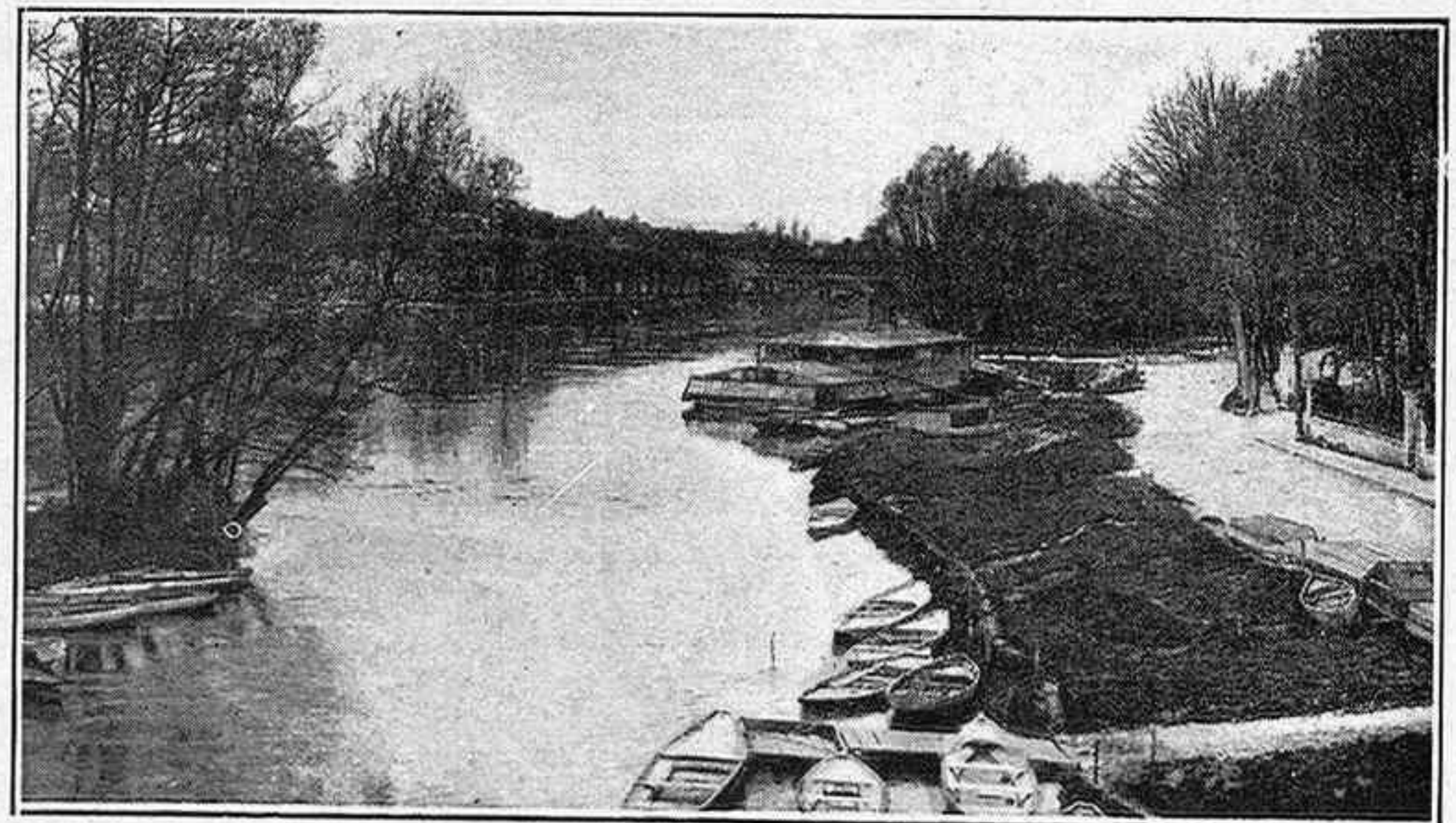
Y así fué. En un momento de tremenda angustia, cuando el invasor avanzaba como las olas de una inundación, el río humilde y poético fué un valladar. Parecía que Hércules formidable había clavado allí su poderosa estaca: «Non plus ultra...» Parecía que la poesía de los bosquecillos, de donde huían asombrados sus habituales poseedores, los sátiros, sabedores viejos del amor, las ninfas incautas, los gnomos, las sílfides, las golondrinas y las mariposas, los personajes misteriosos de los cuentos de Cátulo Méndes, había encantado y paralizado á los invasores, que temieron destruir aquellas bellezas admirables.

Y desde aquel día en que el enemigo, apenas abrevó su sed, retrocedió, el Sena, el Garona y el Ródano, con sus corrientes caudalosas, con las grandes urbes que se contemplan en sus aguas, miran con envidia al río humilde y modesto que salvó la vida á Francia. Es el Marne un río glorioso; en estos últimos tiempos su nombre ha sido pronunciado, escrito é impreso millones de millones de veces.

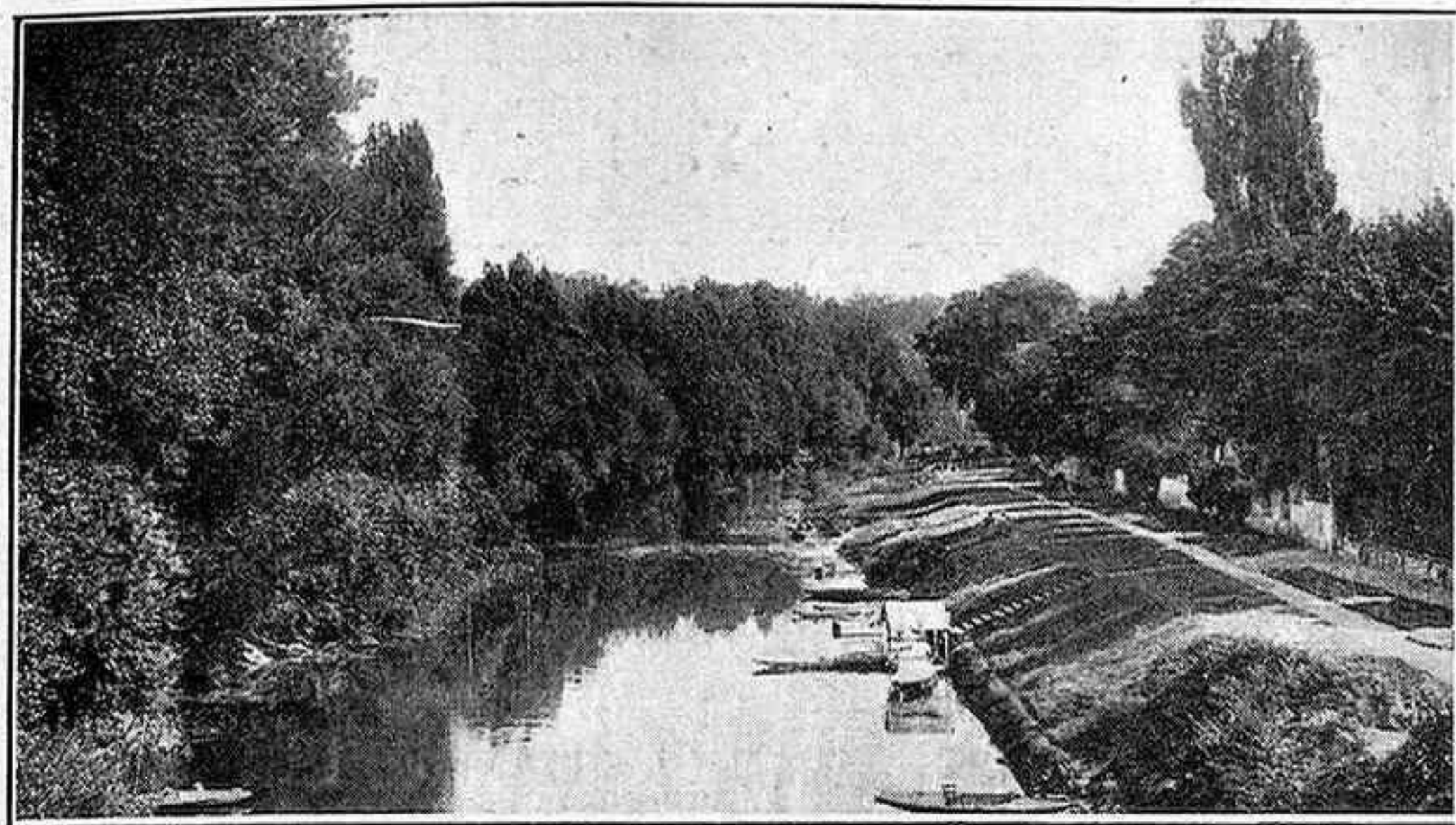
De Joinville á Champigny, de Champigny á Chennevières, de Chennevières á Nogent, de Nogent á La Varenne, de La Varenne á Bry volverá á verse en las carreteras cercanas las caravanas de enamorados, de pescadores, de burgueses domingueros, que acuden á encantar sus espíritus en las orillas del río. Podrá resonar el estruendo de la guerra allá en la lejanía, pero en los bosquejos del Marne no



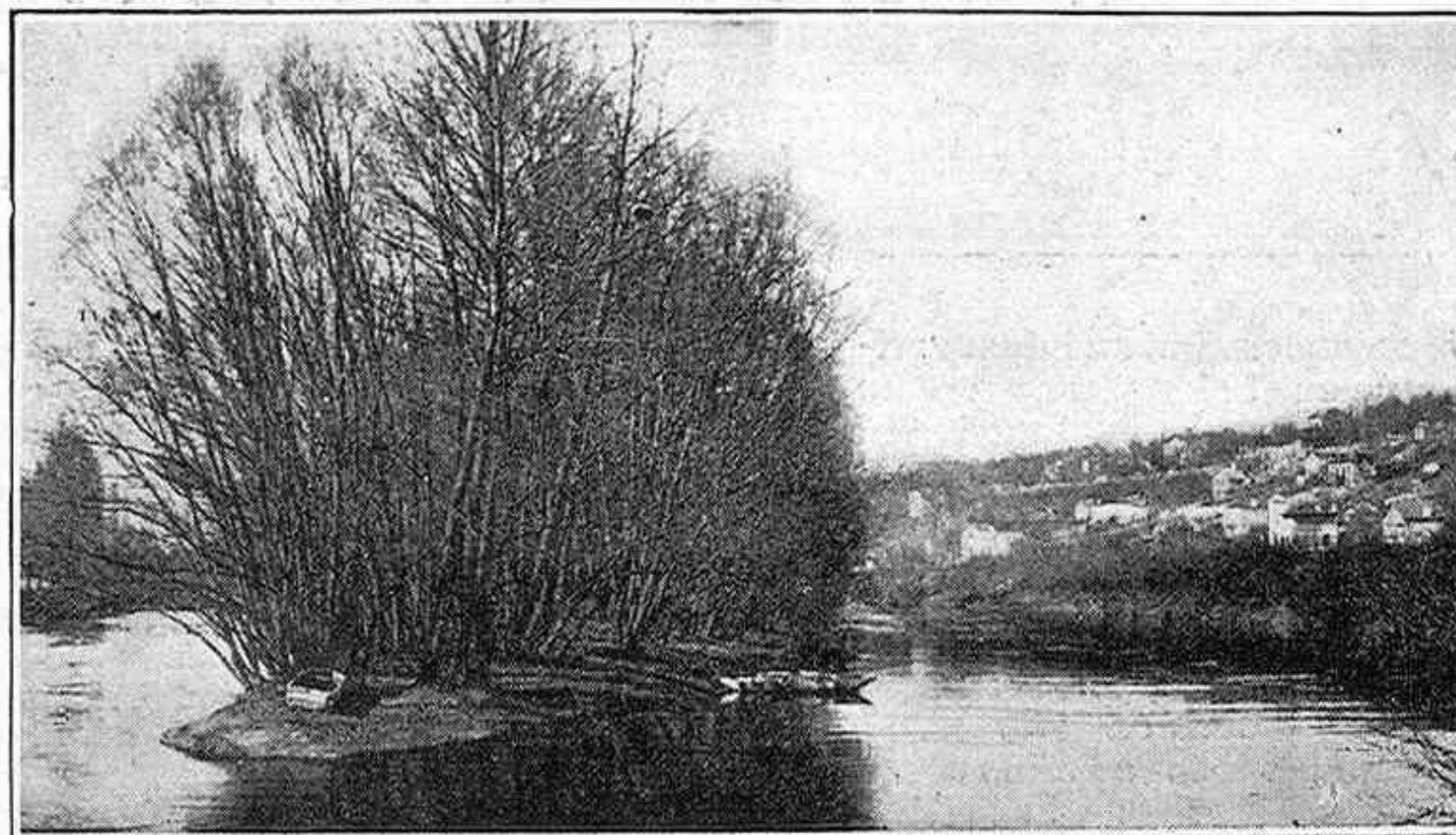
Vista de Joinville, á la orilla del Marne



Vista del Marne desde el puente de Champigny



Vista del Marne, desde el puente de Champigny



El Marne, en el trayecto de Champigny á Chennevieres

se oirán más que los besos y los suspiros de Dafne y Cloe, que no acaban de aprender á amar.

Pero el Marne no sólo es gloria y no sólo es amor, sino que, modesto y humilde, constituye, como los demás ríos franceses, la gran fuente de la riqueza nacional. A flor de tierra van sus aguas, por cauces amplios y poco profundos, sin hondonadas de barranqueras ni despeñaderos de piedra, como los fieros ríos españoles. Una pequeña desviación basta para poder construir esclusas y canalillos, por donde las aguas van á regar los campos cercanos. La diosa de la Fecundidad bendice ambas orillas y las cubre de perenne verdor. En las regiones citadas y en las de Chamont, Toul, Bar le Duc, Chalons y Esbly vive una intensa población rural, que, enamorada de la tierra fecunda que la sustenta, la cuida con ternuras infinitas. Es allí donde las huertas son como jardines y allí donde el trigo se produce en una intensidad tal por hectárea que dobla la proporción de las demás naciones. No hay absentismo en estas orillas del Marne, porque no hay en el resto de la tierra palacios que puedan compararse á estas casas labriegas, escondidas entre copudos árboles y rodeadas de flores. Así, acaso, al llegar aquí el Dios de la guerra se espantó de la profanación que iba á cometer y retrocedió á lugares donde la Naturaleza misma se muestra más árida y bravía. ¡Una vez más la Poesía ha sabido salvar á un pueblo

ooo

En esta evocación de las bellezas del Marne, al celebrarse el aniversario de la batalla que hizo retroceder á los invasores, los franceses no pueden olvidar que este río es á la prosperidad económica de Francia, lo que la sangre, circulando por las venas, á todo cuerpo vivo. Decir que es un río de oro es poco decir. Es un río de vida. Si los alemanes se hubiesen apoderado de sus orillas, hubieran podido empobrecer rápidamente la Champaña, el Remois, el Perthois y el Vallage, una octava parte del territorio francés. Porque les hubiera bastado cerrar las esclusas de los canales que la laboriosidad gala ha trazado, utilizando las aguas de este río, para que por los cauces secos no circulara el riego de los espléndidos viñedos de Epernay y de Reims, y de los bosques del Argona. Los estanques de San Menehould se hubiesen agotado y la región fecunda hubiera conocido los horrores de la sequía. Porque en toda esta cuenca, por donde el

Marne y sus afluentes murmuran, apenas llueve. Como en Andalucía, el cielo inclemente muestra constantemente en esta región su belleza implacable de azul, que no empaña ni una sola nube.

Y, sin embargo, en esta región, donde se mantiene una temperatura media de diez grados, donde sobre la feráz campiña de Reims no caen más que 450 milímetros de agua al cabo del año, se mantienen 572.000 hectáreas de tierra ara-

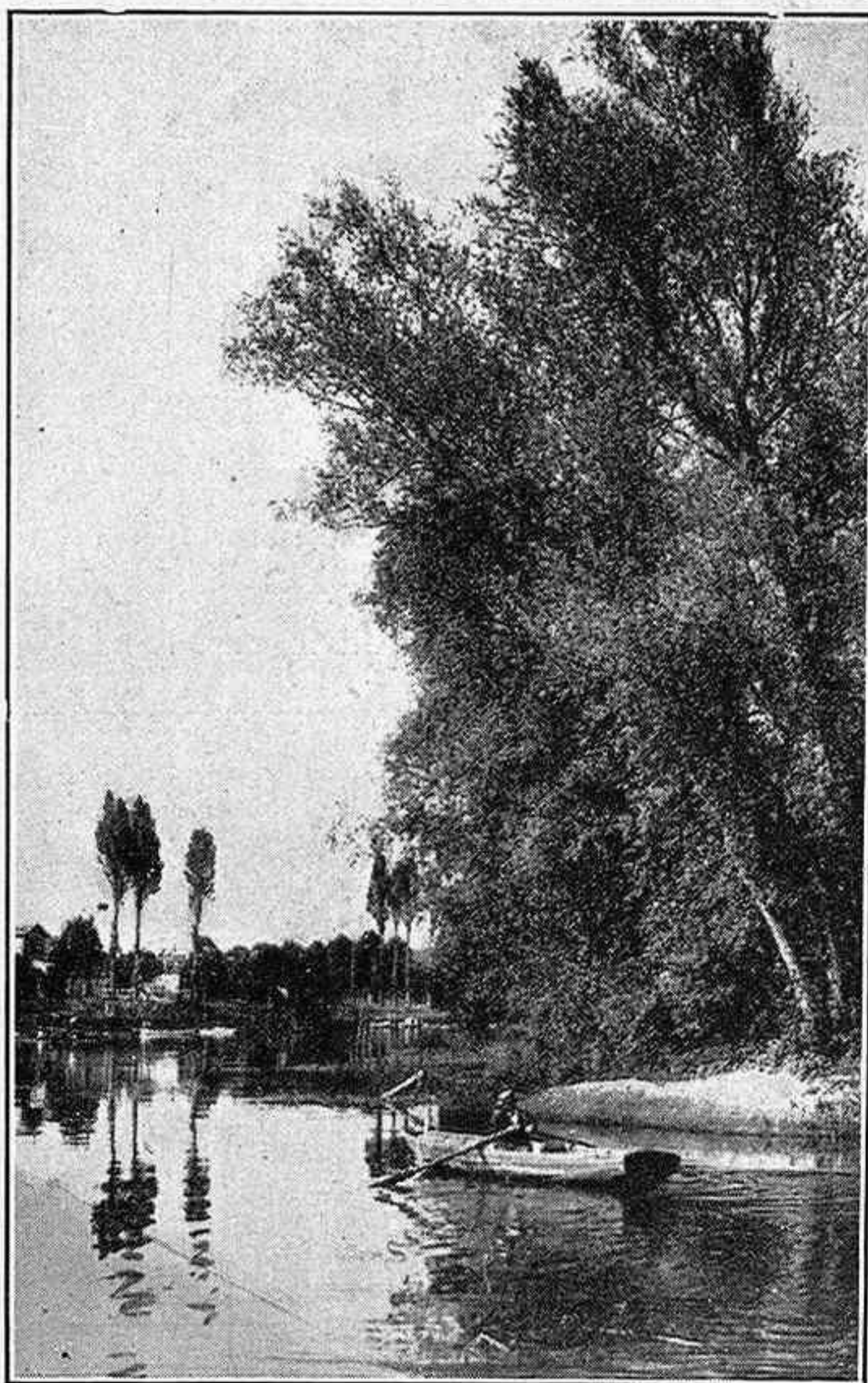
bles, 39.000 de prados, 14.000 de viñedo, 140.000 de bosque, 6.500 de landas y pastos y 3.000 de huertas. Sólo una décima parte forma en explotaciones mayores de 100 hectáreas. El resto está parcelado, dividido en pequeñas propiedades, cuyo conjunto vale más de 1.000 millones de francos.

Y toda esta riqueza la crean tres grandes canales. El lateral del Marne, que empieza cerca de Vitry y termina junto á Epernay, recorriendo 63 kilómetros. Tiene este canal más de metro y medio de profundidad y permite la navegación con barcos hasta de 100 toneladas. El canal del Alto Marne comienza en Donjeux y mide 77 kilómetros, terminando cerca de Vitry. Y, finalmente, el Gran Canal, que va del Marne al Rin, que tiene 315 kilómetros, de ellos 207 en territorio francés y el resto en territorio alemán. Su recorrido es una maravilla de ingeniería. Comienza en Vitry y pasa de los primeros valles que recorre al del Mosa, por un túnel que tiene cerca de una legua; adelanta aprovechando las vertientes de otros afluentes, y allá en los Vosgos, atraviesa otra vez por dos grandes subterráneos hasta llegar al Rin, cerca de Estrasburgo. Era este trozo uno de los dolores de la Francia. Lo habían construido brazos franceses, para fecundar la querida Patria, y en la pasada guerra aquel trozo de canal con sus bosques, con sus prados, con sus huertos, había pasado á poder del odiado enemigo.

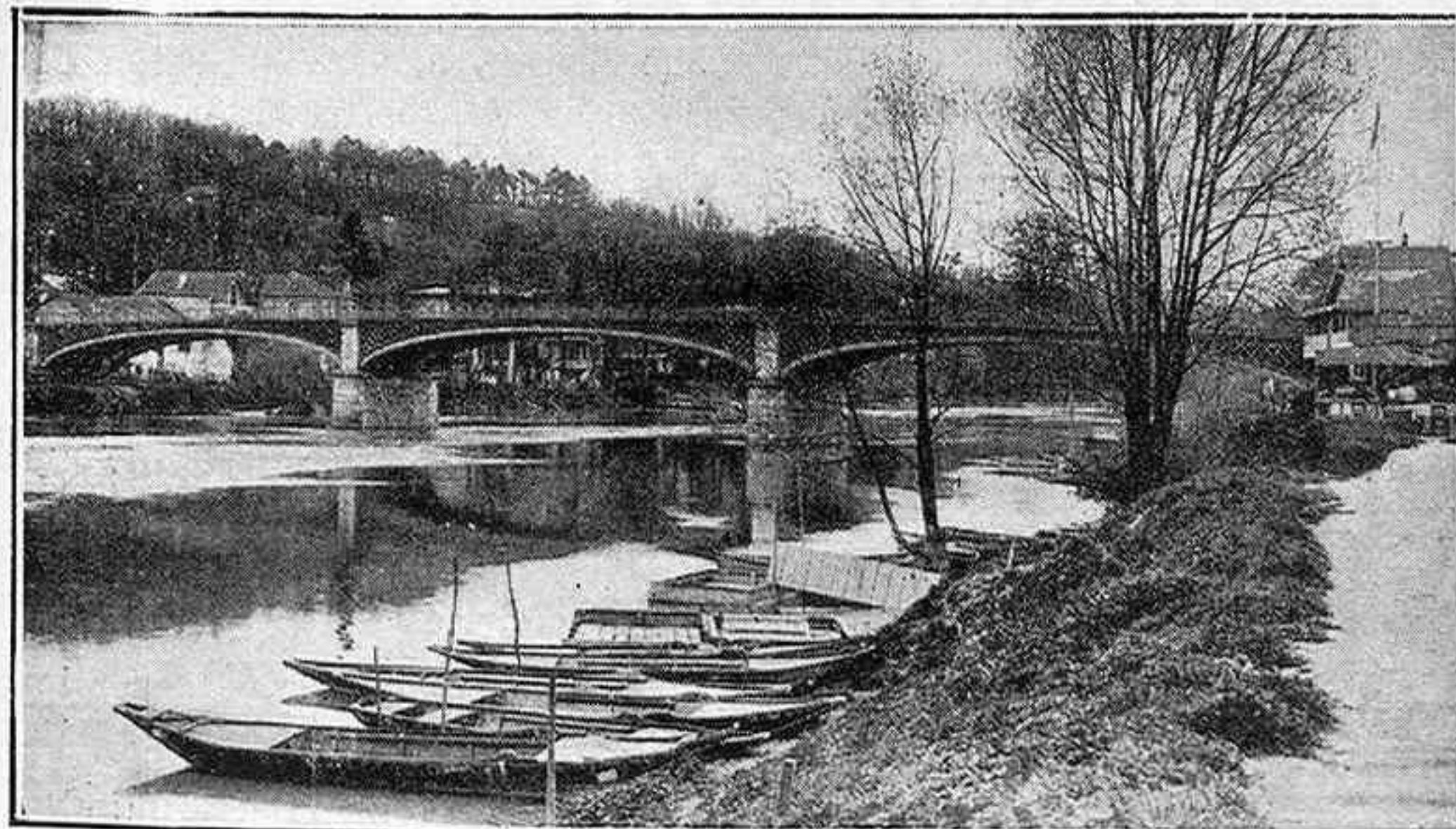
No se tiene idea de lo que representa en monedas, en dinero, esta fecundidad. En estos valles del Marne hay más de 40.000 colmenas, que producen 200 toneladas de miel y vive cerca de un millón de caballos, vacas, carneros y cerdos. En las colinas de Epernay, Avire y Ay se extienden los grandes viñedos que producen el *champagne*, una de las más positivas glorias y riquezas de Francia, y, además, en Bonzy, Dizy, Cumieres, Hantrillers y otros pueblos, se elaboran hasta 500.000 hectolitros de vinos tintos, que van á suplir las deficiencias de las cosechas en los viñedos de Burdeos. Y luego, id contando: millón y medio de hectolitros de trigo, 1 millón de centeno, 500.000 de cebada, 2 millones de avena, 2 millones de quintales de remolacha, 3 millones de forrajes, 1 millón de patatas...

¡La diosa de la Abundancia y de la Fecundidad anida entre estos boscajes que buscan los enamorados de París!

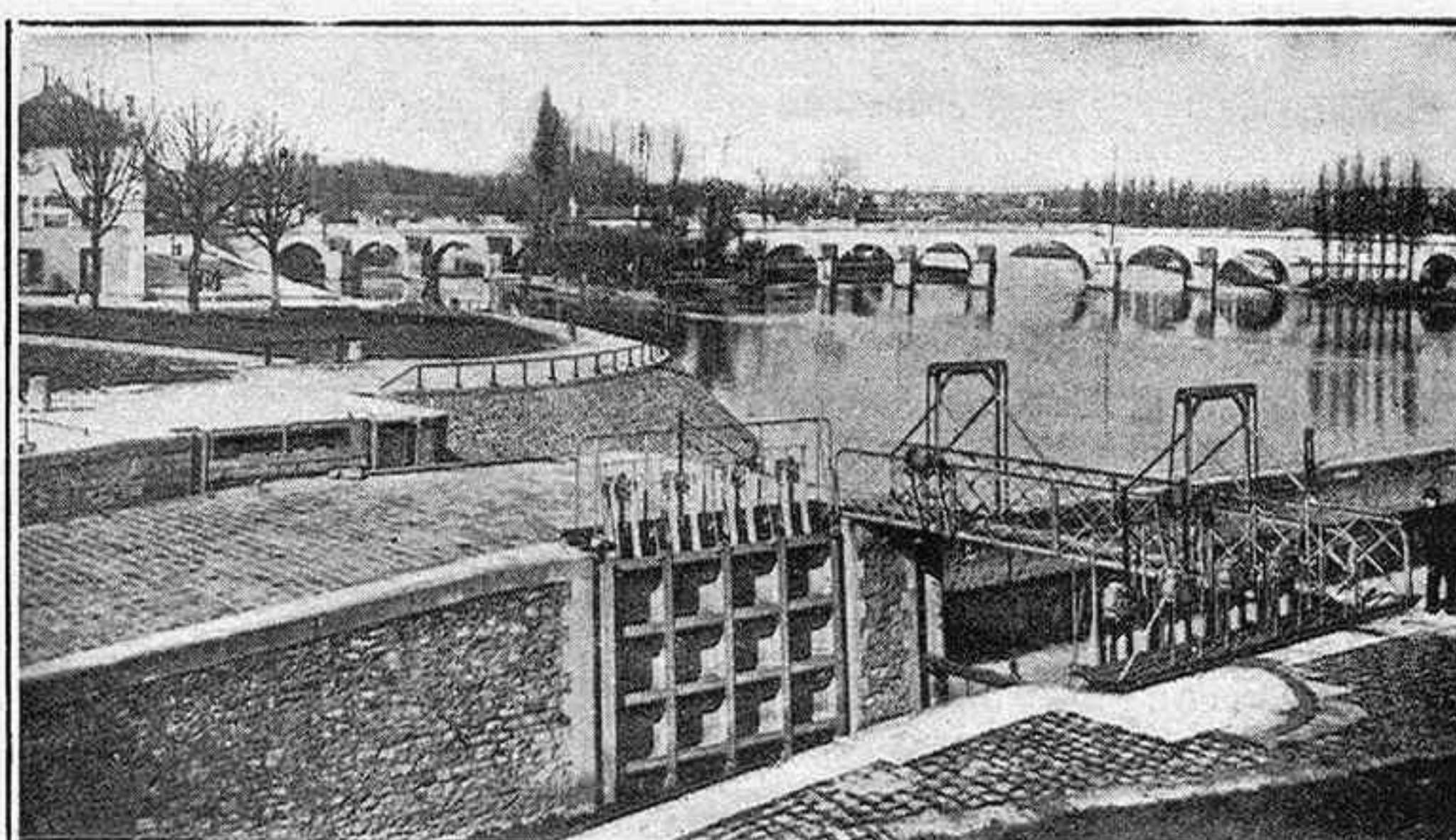
AMADEO DE CASTRO



Un aspecto del río, entre Champigny y Varenne



El puente de Chennevieres, sobre el Marne



La esclusa y el puente de Joinville

LA POSTRERA SÁTIRA DE QUEVEDO

A sí como terminó su injusta prisión en el Monasterio de San Marcos, de la hidalga ciudad leonesa, trasladose á la corte el señor D. Francisco.

No se piense que viniese henchido de contento, con esa alegría febril, que se entiende que ha de dar el cobrar la libertad perdida luego de un largo y duro cautiverio.

No tanto los luengos años como los crueles rigores de la prisión traíanle melancólico y enfermo.

Su faz estaba demacrada y seca, como la de un anacoreta del yermo, el pelo era ya todo blanco, como plata hilada. Los espejuelos, que auxiliábanle los cansados ojos, acusábanle más el sarmentoso contorno de la cara.

Cuando se apeó de la posta en la puerta de Guadalajara, hubo amigo que no le reconoció en un buen espacio.

La vestimenta era asaz pobre y raída, para tan ilustre y grande señor del pensamiento. Traía por sí mismo en la diestra un hatillo de ropa y en la otra un pequeño paquete que le dieron los frailes, que, durante los últimos meses de su prisión, más que sus guardianes fueron sus hermanos.

Espada no traía, pero en el pecho aún triunfaba, aunque también un poco descolorida, la cruz de Santiago.

Aquella cruz porque cuenta la leyenda que conoció la justicia ser él quien castigó con la muerte la descorresía y sacrilegio de cierto mal nacido, en la Parroquia de San Martín, la tarde de un Jueves Santo...

Don Francisco de Oviedo, fué el único amigo que acudió á recibirle, y cierto que le costó trabajo reconocerle al través de las penas y la miseria. Así de como se vieron se abrazaron y encamináronse á la casa de Oviedo.

—No parece, en verdad, que venga vuesa-merced del reino de la abundancia, pero ya dió en Madrid donde tiene, tal y como lo dejástedes, todo lo vuestro. ¡Dios sea loado! Cuanto me dejó vuesa-merced al partir, tiene pronto á su disposición.

—Todos, cuando me prendieron —dijo Quevedo—, luego me juzgaron por muerto y así ya nadie se volvió á recordar de mí, sólo en vuesa-merced duró la fe de que podía vivir y así hallo intacta la hacienda que puse en su mano.

Dijole Oviedo que fuera lo primero vestirse de limpio, así como descansase, y acudir á darle las gracias al Conde Duque, que habíale dado la libertad.

Un gesto de repugnancia dibujose en la noble faz del viejo poeta, el cual desvaneció Oviedo con decirle que mejor le estaba ponerse bien con el tirano que no enfrente, pues ya sabía como para desgracia de España era dueño de la voluntad del Rey y amo de la nación, y podía siempre que le viniese en gana hacerle sentir su tiranía.

Prometió escribirle una carta, mostrándose agradecido, pero dijo que no se encontraba con fuerza de voluntad ni resignación cristiana para humillarse en persona.

ooo

Lo escaso de su hacienda no le permitían asistir en la corte con el rango á que él tenía por costumbre antes de su prisión, y así determinó retirarse á sus soledades de la Torre de Juan Abad.

Con mucho pesar despidióle su fiel camarada, que al darle el abrazo de despedida temblóle la voz con hipos de lágrimas.

—Ya será bien, dijole Quevedo, que sea esta nuestra eterna despedida, pues yo no volveré á la corte; esta tos y estas postemas que me laceran el pecho no me quieren dejar. La Torre está muy lejos y vuesa-merced no podrá ir á ella, no por falta de voluntad sino por el rigor de sus quehaceres, de mo-



D. FRANCISCO DE QUEVEDO
(De una estampa de la época)

do, querido tocayo, que digámonos: «Hasta la otra vida».

Aquella misma tarde se partió para la Torre.

ooo

Pensó que los aires sanos del campo y la quietud de la aldea daríanle algún alivio, pero lo mis-



Retrato de Quevedo, por D. Jesús Moreno, publicado en la portada de una vieja edición de las obras del gran satírico

mo fué pisar la tierra amiga que exacerbárasele los achaques.

Vió cuán rápidamente hacía la jornada su mal.

Como en la Torre, por ser pueblo pequeño, carecíase de lo más preciso y la enfermedad parecía traer prisa muy notable, determinó trasladarse á Villanueva de los Infantes.

Pero ya la muerte habíale elegido para sus estados y desde que llegó se le puso á los piés de la cama.

Cruelles eran los sufrimientos que tenía; habíásele recrudecido las llagas y postemas, que le causaran la humedad de aquel calabozo de San Marcos, de León, en el que estaba con el agua hasta los tobillos, y aquella tos bronca y pertinaz amenazaba rajarle el pecho, cada vez que le acudía.

—¡Ay, Pedro—decía á su sobrino—, esto se va, por mucho que queramos hacer por detenerlo. Y en verdad que ya es hora. Hartas mercedes me ha hecho el Señor con tenerme hasta ahora en el mundo. Avisa al escribano para mañana, que no quiero marcharme del mundo sin dejar en orden mis cosas.

Inútil que su pariente, que le quería bien, intentara disuadirle que no estaba de tanto cuidado, y al día siguiente, que era 23 de Abril de 1645, hizo testamento.

Su hacienda, que era bien corta, pero era alguna, dejóla con el mayorazgo á su sobrino D. Pedro de Aldrete y Carrillo, con calidad de que se llamase también Quevedo.

Dejó algunas mandas y nombró por testamentarios y ejecutores de su postrera voluntad al Duque de Medinaceli (su verdadero Mecenaz), al Marqués de Villanueva del Río y Duque de Huesca, á D. Francisco de Oviedo y á D. Florencio de la Vera y Chacón, religioso de la Orden de Santiago y Vicario de Villanueva de los Infantes, el cual se halló presente.

Y aquí es donde viene la postrera sátira del señor D. Francisco.

Viendo el escribano que todo lo iba disponiendo conforme á su grande capacidad, le advirtió que se acordase de la solemnidad de su entierro y honras y que dejase alguna cantidad para los músicos que habrían de asistir.

Volvió D. Francisco la cabeza hacia el leguleyo y haciendo un picaresco mohín, que diz que era muy peculiar en él y daba un corte muy truhan á su rostro, respondió:

—Señor licenciado, la música páguela quien la oyere, que yo no pienso estar para esas niñerías ni perder el paso en la procesión, si me falta el compás.

ooo

Alargóse trabajosamente su vida hasta el 8 de Septiembre de aquel mismo año de 1645.

Durante sus últimos días, á imitación de San Agustín, pidió que nadie más que los médicos entrasen en su aposento, porque no le ahuyentasen las devociones.

Tres días antes de morir, llevóle el licenciado Juan López algunas cartas para que las firmara, y al poner muy trabajosamente la pluma sobre el papel, anunció que aquellas firmas serían las últimas.

El mismo día de su muerte preguntó al médico que le asistía, cuánto podría vivir; rehusaba decirselo el doctor, porque conocía que era poco, instóle apretadamente el enfermo y entonces respondió que unos tres días.

A lo que dijo D. Francisco:

—Pues haced que ahora mismo traigan la Santa Unción, porque no habré de tardar ni tres horas.

Y antes de cumplirse, fuese del mundo aquella gloria, una de las más grandes que tuvo España en todos los tiempos.

DIEGO SAN JOSÉ

RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



TRONO EPISCOPAL EN EL CORO DE LA CATEDRAL DE MÁLAGA

FOT. OSUNA



DEL SOLAR MONTAÑÉS
LA VILLA DE SANTILLANA



Vista panorámica de Santillana, de la que destaca, en segundo término, la famosa Colegiata

PARA el arqueólogo aficionado á buscar entre las ruinas de los viejos edificios, bajo la tierra que sepultó ciudades, los vestigios delatores de otra civilización, de otra vida, que sólo se conoce por las referencias de la Historia, como para el artista que se enamora de un bello paisaje, de un derruido caserón en que la rancia nobleza de otros días dejó estampados los emblemas de sus blasones, que acreditaban su poderío, Santillana, la villa montañesa, ofrece un extenso campo de estudio, de investigaciones y de contemplación.

En el panorama riente, de una feracidad espléndida, del poético tono de las aldeas de la Montaña, encontrará el artista los encantos más

sugestivos con que la Naturaleza puede deleitar nuestros ojos, y en las callejas de la villa, empinadas y tortuosas, despertará á cada paso su admiración y su curiosidad el sorprendente contraste que ofrecen, junto á las casitas aldeanas de humilde aspecto, los ruinosos palacios señoriales, en cuyos recios portones claveteados se conservan aún los herrajes enmohecidos de afiligranadas labores, que atestiguan su hidalga y artística antigüedad, como los labrados de piedra que enmarcan los balcones y los escudos que ostentan las ennegrecidas fachadas, en cuyas resquebrajaduras encontró la yedra cómodo asilo en que satisfacer sus ansias trepadoras, descubren á la mirada menos experta el alto lina-

je de los que moraron en aquellas mansiones. Quizá el rebuscador de añejos episodios que atestiguan el carácter guerrero de la villa y el empleo de su nobleza en gloriosos lances, que le proporcionarán fama histórica, no será tan afortunado si acude á Santillana movido por este afán, porque, no obstante encontrarse muy próximo su caserío al de otras aldeas que fueron teatro de importantes hechos de armas, que tuvieron influencia decisiva en la posterior existencia de la región cantábrica, vióse ella libre, fuera de las revueltas y luchas entre señorios y jurisdicciones, propias de aquellas edades, de una directa intervención en su propio suelo, aunque algunos de sus nobles moradores tomaron parte

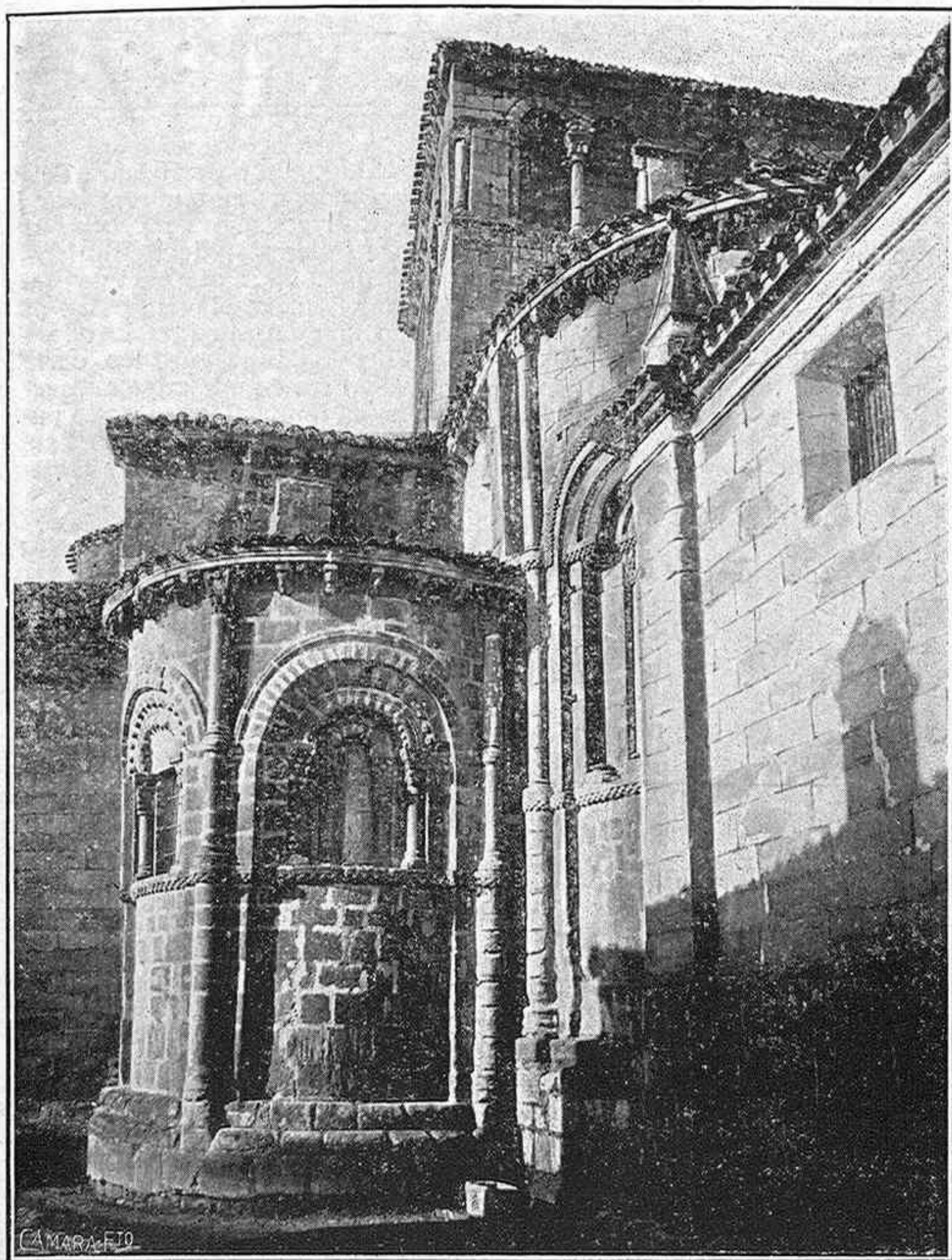


Casas solariegas de la villa de Santillana

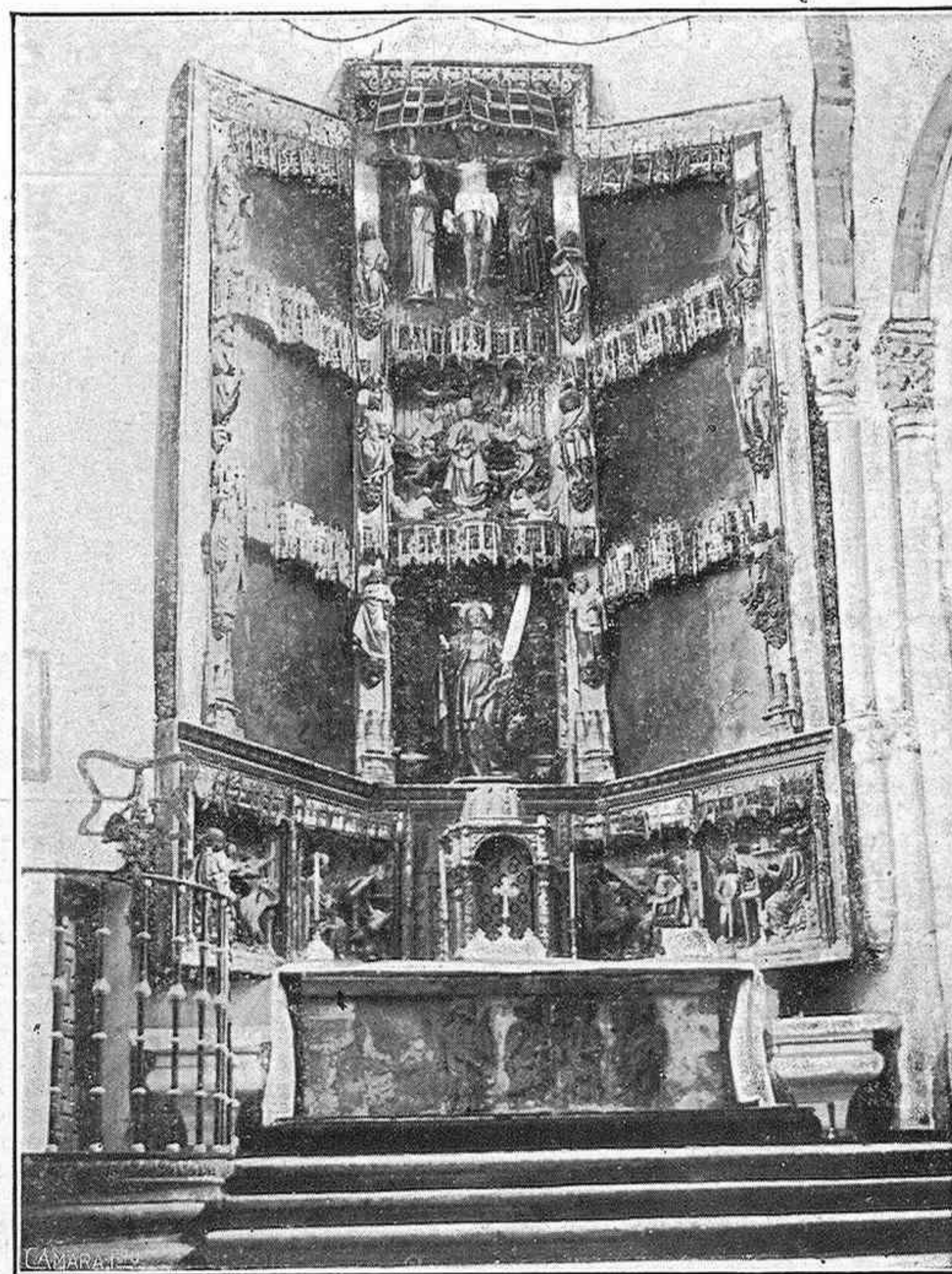


Torres de Borja y de Gil Blas, en Santillana

CRISTÓBAL
 MADRID



Abside y fachada lateral de la Colegiata románica, de Santillana



Retablo y altar mayor de la Colegiata, labrado en piedra

activa en sucesos que pasaron á las páginas de la Historia, ya acaecidos en la región, ya en lejanas tierras.

Asegúrase, para probar su origen antiquísimo, que algunos autores atribuyen á la primitiva época romana, que habiendo encontrado la villa deshabitada el Rey Alfonso *el Católico*, allá por el año 750, la repobló pacíficamente, hecho plausible del que no puede sacarse partido alguno para escribir en el gran libro de la humanidad una extensa y brillante página.

Cerca del sitio en que hoy se encuentra la famosa Colegiata, existía en el siglo xi un santuario, en el que se guardaba el cuerpo de Santa Juliana; y era tanta la devoción que inspiraba la mártir en el contorno, que muchos vecinos de las inmediatas aldeas, y especialmente de la de Planes, trasladáronse á las inmediaciones del oratorio, en torno del cual edificaron sus viviendas. A medida que fué extendiéndose la devoción fué ensanchándose el pueblo y aumentando su caserío, y ya en el siglo xii, reinando Alfonso VII, convertido el santuario en Monasterio, gozaba éste de grandes privilegios y exenciones, que respetaron y aún aumentaron sus sucesores.

Del siglo xiii data la construcción de la Colegiata, que aún existe, hermosa obra del estilo románico, que está considerada como uno de los ejemplares más bellos que de este ca-

rácter arquitectónico consérvanse en España. Mucho tiempo después, en tiempos de Juan II, adquirió la villa de Santillana rápido crecimiento, por virtud de la concesión que del marquésado de este nombre hizo el Rey á D. Iñigo López de Mendoza, varón ilustre que enaltecíó las letras y las ciencias y ejerció una influencia decisiva en los negocios del Estado.

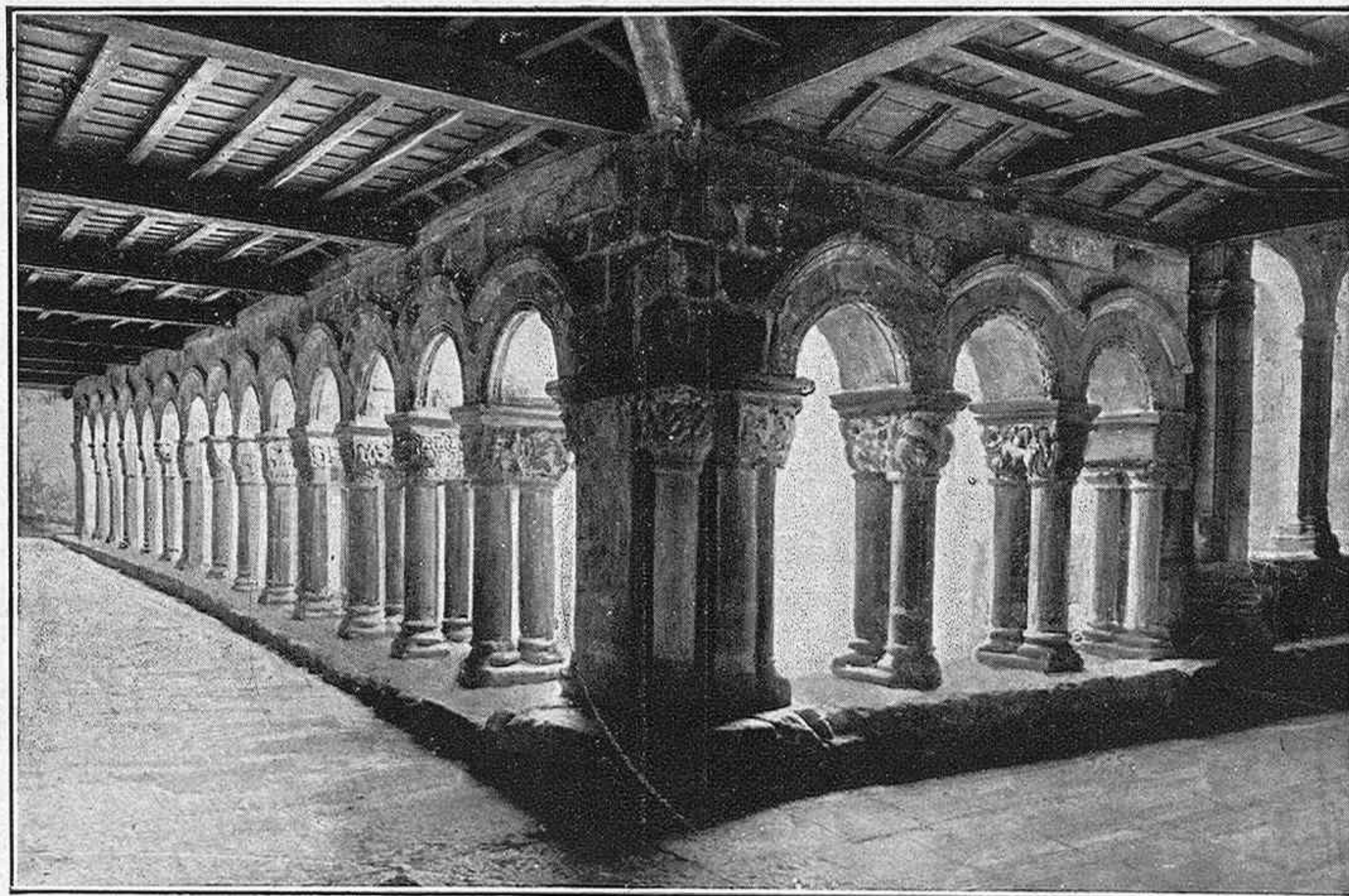
Muchos otros nobles caballeros levantaron hermosas edificaciones en torno de la Colegiata, de las que aún existen algunas, tan interesantes, como la propia de los Mendozas, el palacio de Borja y la casa torre del Merino, cuyos sillares

enmohecidos tienen ese color negruzco que dan á la piedra los vientos del Norte, impotentes, no obstante, para borrar los escudos blasonados de sus fachadas. Como los arcos ojivos de estas señoriales mansiones, es interesante el ventanal ajimezado de otra torre, que se denomina de Gil Blas, porque hay quien asegura que en ella vivió el personaje que bajo este nombre escondía la personalidad profana del insigne autor de *La vida es sueño*.

Posteriormente, un interesante descubrimiento arqueológico ha contribuído á popularizar el nombre de la villa, atrayendo la atención de

cuantos se interesan por todo aquello que confirma la existencia del mundo prehistórico. Cerca del lugar de Vispieres, hallóse una gruta que fué denominada de Altamira, en cuyos varios recintos, que se comunicaban entre sí, encontráronse numerosos utensilios de piedra tallada y objetos varios de pedernal, así como raras pinturas en sus muros, que representan animales de distintas índoles y que, aunque ofrecen bastante perfección en el trazo, atribúyense al hombre primitivo.

Este importante descubrimiento, ha merecido serios estudios de muchos y muy eminentes arqueólogos nacionales y extranjeros, entre ellos el Príncipe de Mónaco, quien publicó una obra monumental sobre este interesante asunto.



Claustro de la Colegiata

FOTS. ARAUNA

JUAN BALAGUER

DE NORTE A SUR

Castillos de cartón

Cuando las destrucciones terribles é indisculpables de las ciudades belgas, se atribuyó á un general invasor la siguiente frase:

—¡Bah! Ya volveremos á levantar esos edificios, *tan antiguos*, como antes.

Era demasiado angustioso el momento para sonreír de la inconsciente ironía de esta frase.

Siglos han transcurrido y aún hay en Flandes el eco de las espadas fanfarronas de los famosos tercios españoles. Renovadas, reconstruídas las ciudades belgas, todavía el dolor de esta guerra se abrirá como llagas incurables cada vez que un nombre alemán suene bajo su cielo.

Mientras tanto, en espera de esos días futuros, en que podrán reconstruírse los templos, las Universidades, los palacios, que hoy son montones de escombros ó—lo que es todavía de más desoladora elocuencia—enormes esqueletos de piedras, hierros y maderas, los soldados alemanes levantan castillos.

Es en el Sanatorio de Laon. Los convalecientes encuentran sus almas niñas de otro tiempo y con las mismas manos que ennegreció el pólvora ó que empuñaron la espada, juegan á pasatiempos infantiles.

Ponen en esta labor que les engaña el lento curso de las tardes plácidas, lejos del fragor carnívoros de la guerra, una atención serena y tranquila. Sus castillos de cartón no son los «castillos en el aire» que fuera de España se llaman «en España», por ser nosotros el pueblo más soñador. Los construyen con la misma inconsciencia que destruyeron los otros edificios ennoblecidos por el tiempo.

Y, sin embargo, tan ajenos ahora como entonces de que sus actos prolonguen á transcendencias futuras. Poco á poco, en la serie de las tardes plácidas que activan su convalecencia, estos soldados alemanes seguirán edificando castillos, templos, casas, y luego con ellos forman ciudades y acaso recorten de esas hojas policromadas siluetas de gentes pacíficas y de militares que vistan uniformes contemporáneos. Este juego reproduce capítulos de la historia de la humanidad. Pero un día cualquiera ó porque están cansados de ser niños ó porque se les exacerba el dolor de sus heridas, no cerradas aún, sienten la necesidad de destruir y con varios puñetazos deshacen los castillos y los templos y tumban patas arriba los hombres y los militares de cartón recortado...

Y allá, muy alto, tan lejos de las pobres verdades humanas y de sus parodias, *Sirio*, el *Sirio* de Renán y de France, parpadea irónico en las noches azules, serenas, de Septiembre...



La popular artista de variedades Miss Violet Lorraine pronunciando un discurso, en favor del reclutamiento voluntario para la guerra, en Trafalgar Square (Londres)

El cuplé de la patria

Cuando en un escenario de variedades, abierto sobre la sala encalienturada de salacidades, vemos que una mujer con maillot blanco recibe en su cuerpo la proyección de la bandera española y el público aplaude, siempre sentimos una crispación de amargura y de cólera.

No. En tal momento el recuerdo de la patria es improcedente. No nos ruboriza el cálido sentimiento de lo que esa bandera significa, sino la bochornosa sensación de una bofetada de ignominia. Tanto como al ver la bandera flameando sobre las plazas de toros ó adornando los sombreros de paja de cuatro jovencitos, en quienes la cabeza es sólo eso: un rival de la percha.

Hay ideas y episodios tan absolutamente incompatibles, que significa una absurda pretensión el intento de fundirlos y relacionarlos.

Así, por ejemplo, Inglaterra, que parecía haber agotado todos los recursos para el reclutamiento militar, todavía encontró uno inesperado.

Los artistas de music-hall arregan á la multitud y buscan con sus voces, que excitaron sentimientos hartos diferentes, la fibra del patriotismo.

Ved en el propio Trafalgar Square una linda muchacha, dirigiendo la palabra á la multitud. En esa multitud abundan los viejos y los jovencitos y escasean las mujeres. Exactamente que en los music-hall. La artista, incluso reconozca rostros que supo arrebolarse el deseo con sus danzas y con sus cuplés picarescos. ¿Imagináis cómo pueden autosugestionarse los oyentes hasta el punto de creer que es la patria, y no una gentil artista de variedades, quien les excita hacia la muerte, con la misma voz que antes—y acaso la misma noche—les excitó al placer?

mente y salir hacia los campos de batalla, cantando:

It's long way to Tipperary
It's á long way to go...

El primer submarino alemán

He aquí el antepasado de estos audaces y ocultos enemigos de todos los barcos del mundo; lo mismo lo de naciones beligerantes que los de naciones neutrales; igual los de guerra que los pacíficos buques mercantes. Es el más antiguo de todos los submarinos alemanes que ahora circulan por los mares, substituída la bandera negra por el periscopio.

Lo construyó el subteniente bávaro Guillermo Bauer, hace sesenta y seis años.

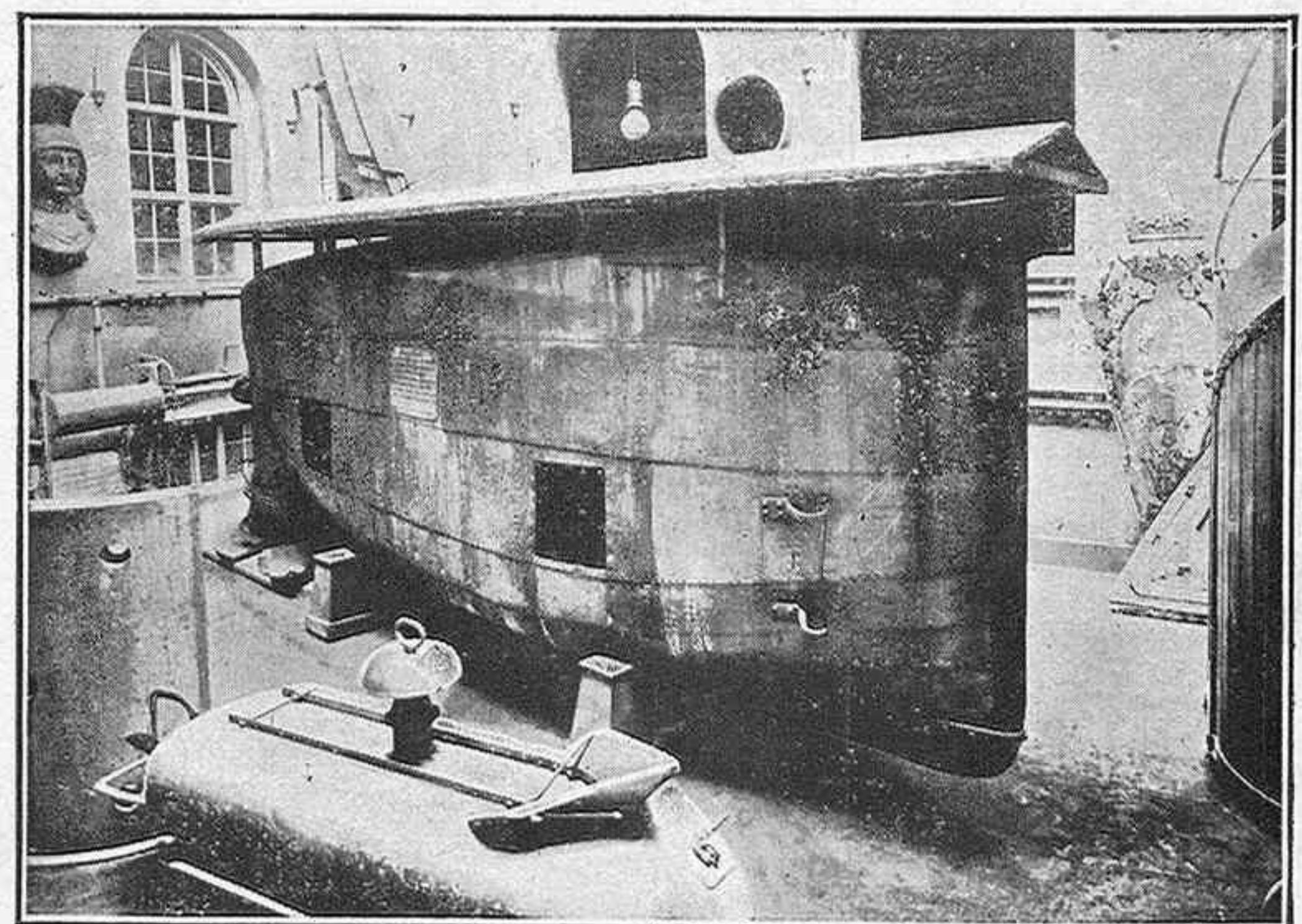
Se intentó con él volar la flota dinamarquesa, anclada en la bahía de Kiel. Pero en el viaje de prueba se demostró su ineficacia y el subteniente Bauer se salvó milagrosamente. Treinta y seis años permaneció sumergido el submarino en el puerto de Kiel, hasta que el gobierno dispuso que se pusiera á flote y se trasladara al Museo Naval de Berlín, donde se conserva.

Este respeto á las reliquias históricas es una de las características admirables del pueblo alemán, que nosotros desconocemos. Aún tratándose de un aborto científico, Alemania conserva este submarino, que pudo fracasar, pero que marcó, señaló los inconvenientes y las ventajas á los constructores futuros... Inevitablemente nos abochorna el recuerdo de nuestro *Isaac Peral*, abandonado, anunciado en pública subasta, como la fragata *Numancia*, á pesar de que también tenemos el correspondiente Museo Naval.

José FRANCÉS



Soldados convalecientes entreteniéndose en hacer fortalezas de cartón y papel en un Sanatorio alemán



El primer barco submarino que se construyó en Alemania
POTS. PARRONDO

BIblioteca MADRID

CEMENTO PORTLAND ARTIFICIAL

“CANGREJO”

DE LA

SOCIEDAD CEMENTOS PORTLAND
PAMPLONA

El Cemento Portland “Cangrejo” es el
más resistente de los conocidos y admi-
te grandes proporciones de arena en la
confección de los morteros. Por esto
resulta el más económico

DIRECCIÓN:

“Cementos Portland”, Pamplona

CULTIVO DE LA BELLEZA
No. 4 de la Serie



Hágase el
masaje con
“Nieve
‘Hazeline’”
para borrar
las “patas
de gallo” al
derredor de
los ojos.

La Belleza Juvenil

se restaura y conserva por
medio del uso diario de la

“Nieve (“HAZELINE” SNOW” TRADE
MARK)

(Marca de Fábrica)

“Hazeline”

Vigorizador y estimulante para la piel relajada y
floja. Exquisitamente refrescante después de un
paseo en automóvil en el sol, viento y polvo.

La “Nieve ‘Hazeline’” no es grasosa.

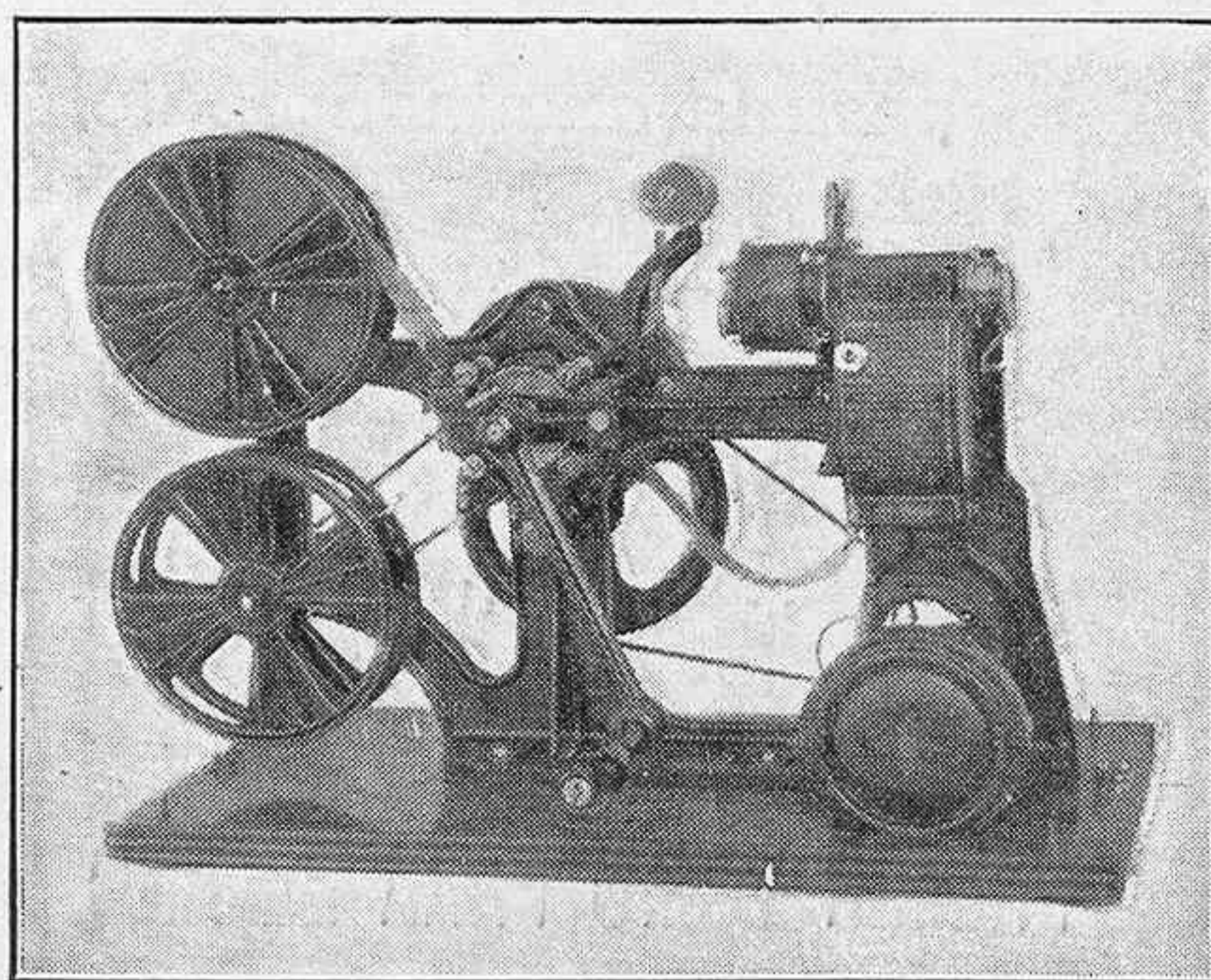
En todas las Farmacias

Burroughs Wellcome y Cía.
Londres

Sp. P. 1007

Las señoras que profieran una pre-
paración grasosa deberán obtener
la Crema ‘Hazeline’

All Rights Reserved



CINEMATÓGRAFO
K O K

No necesita instalación es-
pecial; no exige operador: un
niño puede manejarlo sin el
menor peligro :: Las pelícu-
las son incombustibles :: Puede enchufarse á la instalación
de una bombilla eléctrica corriente y puede manejarse á mano.

Agentes exclusivos para España y Portugal: VILASECA Y LEDESMA MAYOR, 18
entresuelo

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

Del Amor,
Del Dolor
y
Del Misterio

LIBRO DE POESÍAS

originales de

EMILIO CARRÉRE

4 PESETAS

Pídase á "Prensa Gráfica" Hermosilla, 57, Madrid

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la
LIBRERÍA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6 MADRID

COMPañY

FOTÓGRAFO

29, FUENCARRAL, 29

BIEDMA
FOTÓGRAFO

23, ALCALÁ, 23

Casa de primer orden Hay ascensor

Lea Ud. los sábados

"NUEVO MUNDO"

30 céntimos número

TAPAS

para la encuadernación de

"La Esfera"

confeccionadas con gran

lujo

PRIMER TOMO PARA EL AÑO DE 1915
A 4 pesetas el juego de tapas para un semestre

SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE **Prensa Gráfica (S. A.)**

--: HERMOSILLA, 57 --: MADRID --:

Para envíos á provincias añádanse 0,40 de correo y certificado